



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
CAMPUS ARAGÓN

México, Distrito Federal: La crónica y los cronistas
a fin de milenio

T E S I S
Que para obtener el título de
LICENCIADA EN COMUNICACIÓN
Y PERIODISMO
PRESENTA:
Estela García Galindo

Asesora: Lic. Martha Patricia Chávez Sosa

México

2002

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, Alicia y José, por su comprensión, amor y sabiduría que sin límites me han prodigado en estos años y al entusiasmo mostrado en mis proyectos.

A Juan, Martha, Andrés y Miguel por haberme enseñando a valorar la vida en todas sus dimensiones y darme ese cúmulo de experiencias y opiniones de los cuales tanto aprendí; al resto de la familia por su respeto y cariño.

A los maestros que guiaron mi trayecto profesional, en especial a los de la ENEP, quienes me dieron grandes lecciones de honestidad, solidaridad y esfuerzo.

A la profesora Martha Patricia Chávez, mi asesora, por emprender junto conmigo esta aventura y otorgarme su valioso consejo.

A todos esos amigos (ellos saben quienes son) que han estado conmigo en los momentos afortunados y difíciles de la vida, siempre con palabras reconfortantes.

Ilustraciones: Franco Ponce Velázquez

Índice

Todo tiene un comienzo (Introducción)	8
Capítulo 1. Y se hizo la crónica	14
1.1 El inicio de un género.....	14
1.2 La crónica: sus definiciones.....	20
1.3 Entre periodismo y literatura.....	27
1.4 De clasificaciones y elementos.....	31
1.5 Los recursos narrativos.....	41
1.6 La urbana cronización de la vida.....	46
1.7 Primeras crónicas de la capital.....	53
1.8 Los maestros de antaño.....	57
1.9 Cronistas de principio de siglo.....	65
Capítulo 2. Lo común y cotidiano (Historia reciente de la crónica urbana y sus peculiaridades)	72
2.1 De lo frívolo a lo real.....	72
2.2 Las virtudes del barrio.....	78
2.3 El espectáculo y la opulencia hechas crónica.....	83
2.4 El 68, un parteaguas.....	89
2.5 La importancia de lo cotidiano.....	96
2.6 Después del temblor.....	101
2.7 La multitud en las calles.....	107
2.8 Sitios y personajes de la ciudad de México.....	114

Capítulo 3. De crónicas y cronistas

(Retrospectiva y visión finisecular)	124
3.1 Romper el silencio.....	124
3.2 Las voces de la experiencia.....	130
3.3 Poniatowska, la cronista de ciudad.....	140
3.4 Monsiváis y los rincones del D. F.....	148
3.5 Los nombres que el tiempo olvido.....	155
3.6 El <i>Defe</i> de Martínez Rentería.....	163
3.7 Gabriela Granados y la crónica femenina.....	169
3.8 Las obsesiones de Jorge Luis Sáenz.....	175
3.9 Jaime Lorenzo y la megalópolis de fin de siglo.....	181
3.10 Jorge Caballero: el ácido lenguaje urbano.....	187

Capítulo 4 Invenciones del D.F.

(Ejercicios propios de crónica citadina)	194
4.1 La ciudad, una protagonista.....	194
4.2 Los festines de la urbe.....	199
4.3 Mares humanos (Escenas de multitudes).....	204
4.4 Imágenes de barrio.....	210
4.5 Los viajes cotidianos.....	216
4.6 De tianguis, mercados y ambulantes.....	220
4.7 Zapatero, a tus zapatos.....	227
4.8 El brindis del bohemio.....	233
4.9 La vida es un condominio.....	240

Nuevo milenio, nuevas crónicas de la capital (Conclusiones).....244

Fuentes de consulta.....249



TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Todo tiene un comienzo (Introducción)

Para quienes nos hemos interesado en el periodismo escrito, desarrollar sus distintos géneros resulta una labor estimulante y enriquecedora, aparte de un requisito en la escuela y en la práctica profesional; aunque de seguro de aquel vasto horizonte que representan estas formas de expresión periodística existirá alguna que sea de mayor agrado e interés.

Ese es mi caso personal respecto a la crónica, aquel relato –según la definición– pormenorizado que narra cómo ocurrió un suceso y cuya máxima cualidad es que le restituye un sitio primigenio a los seres humanos, lejos de la frialdad de las cifras y de la contundencia de la noticia.

Ese placentero interés por el género inició cuando cursé la asignatura de Nota informativa y crónica noticiosa, en el segundo semestre de carrera, y descubrí la riqueza y la variedad de historias que se pueden contar al escribir crónicas. Claro que de acuerdo con el plan de estudios el principal objetivo de esa materia es saber manejar los elementos que conforman una nota y tener un panorama general de las características, tipos y estructura de la crónica.

Y como es de suponerse, cuando un semestre está dedicado a dos grandes temas resulta complicado profundizar en clases particulares como son las derivaciones de la crónica; aún así en ese periodo leímos algunas narraciones periodísticas urbanas de principios del siglo XX, que avivaron mi gusto por el estilo y los recursos literarios ocupados en esos relatos. Pero no fue hasta años después, una vez concluida la carrera, que encontré fortuitamente en una librería *Ciudad en el Alba*, una recopilación

de crónicas ciudadanas del fallecido Manuel Blanco, un veterano periodista cultural, en donde las breves narraciones de situaciones cotidianas, personajes, festejos, música popular e incluso hábitos gastronómicos reanimaron mi interés por la crónica urbana y, en especial, por aquella que se desarrolla en la ciudad de México.

Ese encuentro facilitó en gran medida poder elegir el eje de mi tesis, pues si antes había considerado otras temáticas, aquellas lecturas y la falta de textos del periodismo mexicano con mínimas referencias sobre la crónica ciudadana despejaron cualquier duda sobre la elección del tema de este documento recepcional.

De ese amplio espectro de la crónica de ciudad, mi interés se ha centrado en conocer la función que tiene aquella y el cronista con respecto de la realidad, así como los rasgos, elementos, perspectivas y desafíos de los relatos periodísticos en el inicio de un nuevo milenio, y un naciente siglo, en la capital de la República.

Es verdad que en otros estados se desarrollan narraciones sobre la vida en las localidades, las cuales han sido materia inexplorada; sin embargo, el Distrito Federal es una metrópoli cuya multiplicidad de rostros, historias y contrastes es tan distinta al de otras ciudades del país que se convierte en única, además no debe olvidarse que se trata del centro de las actividades políticas, comerciales y sociales de toda una nación.

En el ámbito personal, la delimitación de la tesis a la ciudad de México obedeció a la familiaridad del sitio, pues en buena parte de mi vida universitaria he logrado conocer la riqueza de las costumbres, los lugares, los ambientes de esta metrópoli y los personajes pintorescos que habitan sus calles.

Una vez comentadas las motivaciones de este trabajo es conveniente dar un esbozo de su contenido. Como todo capítulo inicial *Y se hizo la crónica* trata sobre los antecedentes, los elementos conceptuales y las características del género.

En este último punto se proporciona una reseña histórica, las temáticas que abordan las crónicas de ciudad, así como un panorama de los cronistas literarios del siglo XIX y de principios del XX que escribían sobre la ciudad de México.

El segundo capítulo lleva por título *Lo común y cotidiano*, en él se efectúa una reconstrucción de la historia reciente de las narraciones periodísticas urbanas tras la época revolucionaria y hasta la década de los noventa.

En siete apartados, agrupados de acuerdo a momentos claves de la historia de la ciudad, se relatan las distintas etapas de la crónica citadina: el encumbramiento de la realidad popular, el barrio como forma de organización social, el deslumbramiento por los espectáculos, el movimiento de 1968, lo precario de la existencia cotidiana, el sismo de 1985 y las condiciones caóticas de una ciudad finisecular como el D. F.

Como es de suponerse, al carecer de una bibliografía base sobre el tema debieron de consultarse documentos acerca de las costumbres, los modos de vida y las características de los habitantes de la ciudad de México, además de recurrir a fuentes como las crónicas de cada una de las épocas tratadas. También en *Lo común y cotidiano* se incluye un pasaje sobre los sitios y personajes típicos de los relatos urbanos.

Mientras que en *De crónicas y cronistas*, se realiza de principio una reflexión sobre el significado de ser cronista, luego una breve retrospectiva de algunos periodistas especializados en la materia —desde Renato Leduc hasta Jaime Avilés—, para después tratar sucintamente la obra, el estilo y aportes de Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis (los representantes indiscutibles de este género).

También se aborda el trabajo de Manuel Blanco, Alberto Barranco Chavarría, David Siller, Arturo Trejo Villfuerte e Ignacio Trejo Fuentes, un grupo de cronistas que

no han gozado de la fama y la popularidad de los antes mencionados, pero que han contribuido con sus escritos a enriquecer las narraciones de la ciudad.

En otro punto del citado capítulo, de acuerdo al objetivo de la investigación (que detallo al principio de este texto), se recogen –por medio de entrevistas– las opiniones, reflexiones y planteamientos que los cronistas finiseculares (Carlos Martínez Rentería, Gabriela Granados, Jaime Lorenzo, Jorge Luis Sáenz y Jorge Caballero) tienen respecto del género y de su propio quehacer periodístico, justo cuando recién ha concluido un milenio e inicia otro.

Por otra parte, los entrevistados establecen los retos, obstáculos y perspectivas que los narradores-periodistas de la ciudad de México deberán afrontar en los años venideros, así como algunos cambios que habrán de presentar las crónicas para seguir siendo de interés público.

Cada uno de los jóvenes periodistas incluidos en el tercer capítulo representa a la generación de cronistas capitalinos de fin de milenio; nombres más, nombres menos, ellos cinco han sido los más consistentes de un nutrido grupo que empezó a escribir entre principios y mediados de los noventa y aunque no son plenamente reconocidos, tal vez porque los medios donde escriben son más pequeños o están dedicados a sectores muy específicos, sí tienen una amplia experiencia en el género y suficiente autoridad en la materia para expresar sus puntos de vista.

El capítulo final, *Inventiones del D. F.*, está integrado por una serie de crónicas propias que buscan convertirse en un repertorio de las actividades de los habitantes del Distrito Federal. Los tópicos electos buscan ser los más representativos a fin de milenio al hacer referencia a situaciones comunes de la ciudad y están integrados de acuerdo a un eje temático, aunque la mayoría de los sitios y los momentos a los cuales se hace

referencia son asuntos poco tratados por los cronistas, ello porque existen tantos aspectos para escribir como lugares en la capital.

Los nueve subcapítulos giran en torno a sucesos y personajes cotidianos: en *La ciudad, una protagonista* se relatan distintos instantes en el Centro Histórico; en *Los festines de la urbe* se recrean distintas celebraciones de los capitalinos; mientras que *Mares humanos* consigna episodios donde los conglomerados son el hilo conductor.

En *Imágenes de barrio* se narran las vivencias y los sucedidos en las colonias tradicionales de esta metrópoli; *Los viajes cotidianos* son el relato de la travesía en varios transportes para llegar a un punto determinado; y *De Tianguis, mercados y ambulantes* muestra los hábitos de consumo y las relaciones comerciales populares.

Por su parte, *Zapatero, a tus zapatos* se encarga de recordar los antiguos y los nuevos oficios; *El brindis del bohemio* hurga entre los lugares del disfrute étílico y *La vida es un condominio* pretende acercar el ambiente de la convivencia comunitaria y los conflictos de una unidad habitacional.

En cada uno de los apartados referidos se incorporan una o varias narraciones con el propósito de mostrar la diversidad de costumbres y hábitos de los capitalinos, algunos de épocas muy recientes (*Los viajes cotidianos*, *Mares Humanos* y *La vida es un condominio*) y otros de añeja tradición como *Imágenes de barrio* y *De Tianguis, mercados y ambulantes*.

Después de estos ejercicios periodísticos, se presentan las conclusiones del trabajo y las fuentes de consulta utilizadas.

Una vez expuesto el contenido y las características de *México, Distrito Federal: La crónica y los cronistas a fin de milenio*, sólo queda iniciar la lectura de cada capítulo y adentrarse en el mundo de las narraciones periodísticas de la ciudad de México.



TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

1. Y se hizo la crónica

*Si las historias no fueran contadas...
el hombre viviría, como los animales:
sin pasado ni futuro, en un presente ciego.*

Isaac Bashevis Singer

1.1 El inicio de un género

Desde que el ser humano empleó la escritura para plasmar sus ideas y tradiciones, que anteriormente se transmitían de manera oral de una generación a otra, uno de los primeros asuntos que abordó fue el desarrollo de su vida cotidiana: sus rituales, festividades religiosas, las batallas que libraba, los ciclos productivos y el sistema social al cual pertenecía.

Aquellas civilizaciones antiguas presentaron tales acontecimientos en forma de relatos sucesivos, los cuales constituían una forma de preservar la historia de un pueblo. Éste fue el origen de la crónica.

Así, recibieron este nombre las obras históricas del Medievo, escritas en latín y en los monasterios, donde los autores contaban superficialmente, sin explicación previa, los hechos tal y como eran observados o vividos por ellos mismos.

Y es en el siglo XII cuando el lenguaje vulgar es utilizado en estos relatos con el fin de que el poco pueblo letrado conociera las historias plagadas de lecciones moralizadoras y descubriera el pasado tribal del lugar donde habitaba.

Esta actividad creció sobre todo en los países europeos del Mediterráneo, los cuales conservaron los resabios del esplendor antiguo y el gusto por la literatura épica,

aunado al empeño renovador y humanista experimentado por el hombre en todas las disciplinas del conocimiento y las artes durante el Renacimiento.

Aunque ya a principios del siglo XIV, el viajero veneciano Marco Polo, dio cuenta detallada de la vida y geografía de Asia Oriental (China) en un compendio de relatos, fue a finales del siglo XV, cuando gracias a la invención de la imprenta (con la cual se aceleró el proceso de producción de los libros) y el comienzo de los recorridos para encontrar nuevos mundos, en España, Italia y Francia se escribieron algunas de las narraciones más sorprendentes sobre aquellos lugares desconocidos para el grueso de la población.

Dichas historias plagadas de costumbres calificadas de "bárbaras" ante la mirada asombrada del explorador "civilizado" eran tratadas como bitácora cronológica de sucesos, además se registraban las características de suelo, orografía, vegetación y fauna; la fisonomía de los lugareños, el tipo de vestimenta, vivienda y armas con que contaban, y los dioses a quienes adoraban.

Esta relación de hechos se consignó en numerosas hojas con un estilo redundante y monótono, situación lógica por tratarse de autores concedores de navegación y otros oficios, pero carentes de formación en el ramo de las letras. La nula capacidad literaria no impidió que los pormenores fueran tratados con sumo cuidado para que se tuviera una visión precisa de las tierras recién localizadas.

Todos los escritos donde la crónica hace su aparición hacían referencia a lugares de América, Asia y África y fue hasta avanzado el siglo XVI, con la llegada de los conquistadores españoles, que existió una referencia del México Prehispánico visto por los representantes de la idiosincrasia eurocentrista, quienes inauguraron la tradición de la crónica como épica histórica y forma de consolidación.

La idea de esos hombres fue hacer habitable el Nuevo Mundo al mostrar que la rareza y majestuosidad de estas tierras no distaba demasiado de las costumbres españolas; buscaron destacar las semejanzas en las acciones cotidianas para que el peninsular decidiera poblar los sitios representados en la narración:

Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón y cosas de hilo torcido; y cacahuateros que vendían cacao, y de esta manera estaban cuanto género de mercaderías hay en la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías, por sí; así estaban en esta gran plaza, y los que vendían mantas de henequén y sogas...y raíces muy dulces cocidas, y otras rebusterías, que sacan del mismo árbol, todo estaba en una parte de la plaza en su lugar señalado...(sic)¹

También en estas crónicas los conquistadores escribieron con horror acerca de los cultos sanguinarios y profanos de los pueblos precolombinos, lo cual les permitió erigirse como salvadores de un pueblo incivilizado, y justificar la ocupación del territorio y la evangelización de los indios.

Por medio del registro del nuevo mundo, los españoles, sin proponérselo en algunos casos, lograron preservar las tradiciones y las creencias prehispánicas, así como proporcionar una descripción del esplendor mexicana, de los templos, edificios y esculturas que luego serían destruidos para imponer su cultura. Además, escribieron acerca del proceso de conversión de los antiguos mexicanos, de los actos de resistencia indígena y del establecimiento de los peninsulares en la Nueva España.

En las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, *La Historia de la conquista de la Nueva España*, escrita por Bernal Díaz del Castillo y los relatos de los frailes Toribio de

¹ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, pág. 278.

Benavente "Motolinía", Bernardino de Sahagún, Diego Durán, Alonso de Molina y Bartolomé de las Casas, la crónica se utilizó con múltiples objetivos: convertirla en recurso contra el olvido; proporcionar la versión de los vencedores e implantar una historia; ser la memoria de la evangelización, así como el homenaje involuntario a la cultura sojuzgada.²

Como se ha dicho, al tener la crónica raíces latinas su desarrollo ocurrió sobre todo en España e Italia, y en el caso de México una vez que el Virreinato se estableció los escritos de este tipo estaban destinados a alabar la naciente vida de la Nueva España; en especial su capital apareció como centro de los relatos que señalaban su brillante porvenir y las costumbres de la clase poderosa.

Las incipientes narraciones se referían sobre todo a cuestiones religiosas, comerciales, sociales y marítimas, desde un punto de vista complaciente respecto de la actuación de los gobernantes y otros miembros de la esfera política nacional.

Estas crónicas plagadas de un gusto descriptivo y enfocadas hacia la intimidación —ya que estaban dirigidas a exaltar la protección de la Corona Española— engrandecieron los hechos cotidianos para convertirlos en hazañas portentosas y en actos heroicos, los cuales dirigirían el curso de la historia y vislumbrarían el futuro de la nación.

Esta tendencia siguió vigente hasta después de la Guerra de Independencia, cuando José Joaquín Fernández de Lizardi inauguró formalmente el periodismo en México al proporcionarle un sentido orientador y transformar este quehacer en una tribuna para exponer los asuntos, aunque sólo los de una minoría aristócrata.

² Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*, pág.17.

A esta situación se sumó el aumento del tiraje de los diarios de la época, lo cual logró difundir, con mayor eficacia, los sucesos expuestos por el cronista (título para designar a quien ejerciera el oficio periodístico) y darle al género mayor movilidad y posibilidad de crecimiento.

A finales del siglo XIX y principios del XX, la crónica tuvo repercusión en el desarrollo de México, ya que sentó las bases del nacionalismo y propició el interés de los lectores por descubrir las particularidades del mexicano y su entorno, envueltas en un halo de excentricidad, buen gusto y desprecio por la miseria.

Hasta principios de siglo XX todos los escritores de la prensa diaria, así como sus creaciones recibían el título de cronistas y crónicas, respectivamente; una vez que en las universidades europeas, en las españolas para ser exactos, se comenzaron a dividir y caracterizar los textos integrantes de un periódico, también se designó genéricamente como periodista al encargado de informar sobre asuntos actuales y nombrar como cronista a la persona especializada en contar cómo ocurrió un evento.

Es justamente en la década de los veinte que se forman las primeras concepciones con respecto al periodismo moderno, las definiciones proporcionadas por los teóricos españoles acerca de la crónica le confirieron al género un carácter principalmente informativo, que resultaba impersonal, abocado a resaltar el modo en que ocurrieron los acontecimientos; sin descartar de su tratamiento la opinión.

A la par que en la teoría española se fijaban las propiedades de la crónica, en el ejercicio cotidiano los relatos eran estructurados de forma empírica.

En el caso de los cronistas nacionales, ellos se ocuparon de escribir sobre temas antes desdeñados y enmarcados en una realidad social, como las tradiciones

populares, la pobreza, las variedades del habla, los oficios del pueblo y todo aquello que remitiera a las raíces de la condición mexicana.

Luego de ese período posrevolucionario, las narraciones tendrían su fuente de inspiración en los ídolos y estrellas cinematográficas, además de un especial interés por los eventos de la clase política y empresarial del país, sin olvidar el sitio preponderante que los asuntos policiacos cobrarían en el terreno de la crónica.

Ya en la década de los sesenta la aparición del llamado Nuevo Periodismo, invención estadounidense, dotó a la crónica mexicana de mayores recursos narrativos. Hasta ese momento fue permitido, no sin cierta oposición, que el autor apareciera como protagonista dentro de la narración.

Asimismo, existió mayor libertad para ocupar el lenguaje literario a conveniencia propia y el rigor establecido para este género fue modificado por un estilo innovador que captó la atención de un público aburrido de las formas clásicas y recurrentes.

Desde entonces, la crónica ha seguido en constante cambio, los elementos representativos de épocas pasadas fueron rescatados en los relatos de los últimos tiempos; nuevas temáticas han surgido; diversos componentes inherentes al género se han fusionado con otros propios de la entrevista, el testimonial, el ensayo y la biografía y el cronista ha sido clave para conseguir este progreso.

1.2 La crónica: sus definiciones

Son innumerables los conceptos existentes acerca del término crónica, sin embargo las referencias ocupadas a lo largo de este apartado se limitan únicamente a los libros en lengua española, pues si bien es cierto que en el periodismo anglosajón cuentan con las denominadas "Historias de vida", las características de este quehacer difieren de los temas, tratamientos y prácticas típicas de la crónica de confección hispana.

Una primera aproximación a la palabra crónica, la define como "un estilo situado a medio camino entre la noticia, la opinión y el reportaje"³; no obstante, tal acepción resulta poco clara para quien no esté familiarizado con los géneros periodísticos.

En busca de una noción más específica puede indicarse que toda "narración directa e inmediata de una noticia con ciertos elementos valorativos, que deben ser secundarios respecto...del hecho en sí"⁴ es una crónica. Es decir, en este texto a manera de relato se informa principalmente sobre el desarrollo del suceso, con una ligera carga de comentarios sobre las observaciones del cronista.

Tal percepción es compartida por otro autor, también español, quien asegura que dicho escrito es una información interpretativa de asuntos noticiosos, donde a la vez se narra y juzga lo ocurrido.⁵ En este punto existe cierta polémica, pues en tanto algunos teóricos defienden la inclusión de algunas reflexiones del autor dentro de una crónica, otros consideran inadecuada su utilización, ya que el uso excesivo de

³ *Libro de estilo de El País*, pág. 49.

⁴ Martínez Albertos, José Luis, *Curso general de redacción periodística*, pág. 360.

⁵ Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos*, pág. 128.

comentarios podría confundir este género con los manuscritos de opinión como la columna y la reseña.

Ambas posiciones no son del todo excluyentes, ya que en toda crónica es casi imposible mencionar el modo en que ocurrió el asunto sin que se introduzcan juicios de valor, lo primordial es que estas opiniones tengan una relación directa con los sucesos y no sean únicamente interpretaciones a la ligera y sin orden contextual, del autor.

Una forma para lograr un texto equilibrado, tanto en la información como en el comentario, es reproducir la voz de los protagonistas de la narración, mediante sus reflexiones y críticas ante diversas circunstancias de repercusión social, sean indignantes o conmovedoras.

Lo cual significa que al incluir expresiones de los personajes centrales de un acontecimiento, el escrito obtiene mayor veracidad, pues, a diferencia del reportaje, donde para profundizar en el tema se lleva a cabo una exhaustiva investigación tanto documental como de campo, la crónica no requiere elementos tan contundentes, por ello para dar un acercamiento directo con la realidad ocupa las frases de algunos de los seres que habitan la ciudad.

Sin lugar a dudas, un punto que no hay que perder de vista, es que el interés público del escrito se basa en la valoración que se efectúa del suceso al tiempo que se va narrando, ya que el cronista al incluir en el relato unos cuantos adjetivos, unas comillas intencionales o una oportuna frase admirativa brinda su versión del evento.

Es indispensable señalar que el género, al mostrar cómo ocurrieron las situaciones, debe ir más allá de su tratamiento escueto y describir el contexto en el cual se produjeron los acontecimientos referidos, con el fin de que no se generen lagunas al momento de la lectura.

Ahora bien, de acuerdo con la raíz etimológica, crónica proviene del vocablo *chronos* que significa tiempo; así, en este género la sucesión temporal de los incidentes de un hecho tiene un sitio importante, aunque no requiere necesariamente de un relato en estricto orden cronológico de los personajes, ambientes y lugares del asunto en sí.⁶

Lo trascendente de este escrito es que trate acontecimientos de interés colectivo de forma minuciosa y oportuna, de tal modo "más que retratar la realidad [noticiosa]... se emplea para recrear la atmósfera en que se produce un determinado suceso".⁷

Si bien es cierto que este género periodístico se ocupa del modo en que sucedieron las situaciones, no se olvida de responder a las clásicas interrogantes de la nota informativa, sólo que estos datos se introducen informalmente como complemento de la historia contada.

Al tener una naturaleza detallista y explicativa, la crónica muestra los asuntos con una visión personal, por lo cual también se le conoce como "nota de color", aunque no ocupa la técnica de pirámide invertida; pues, mientras el hecho da lugar a la nota informativa, la crónica es generada por su autor, quien le otorga un puesto esencial al recuento de los sucesos (en estricto orden cronológico o con sus excepciones) y al testimonio como parte en la narración.

La denominación de "nota de color" permite entender las características de la crónica de forma más simple, ya que se asocia el término con un estilo animado, vivo, pintoresco y de interés humano⁸; aspecto fundamental para el género, pues la vida del hombre está plagada de situaciones familiares, económicas, políticas y sociales que

⁶ Campbell, Federico, *Periodismo escrito*, pág. 42.

⁷ Leñero, Vicente y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, pág. 43.

⁸ Martín Vivaldi, Gonzalo, *op. cit.*, pág. 331.

influyen en la convivencia colectiva, también acumula vivencias felices o dramáticas; fuente inspiradora del periodista.

Así, al concederle un importante espacio a los rasgos singulares y curiosos de un acontecimiento, cada autor podrá elegir aquellos que le resulten más interesantes y adecuados para su escrito, y gracias a esas expresiones otorgará un sello particular, irrepetible, a sus relatos.

La crónica apunta las anécdotas y curiosidades de un acontecimiento para contrarrestar la frialdad de la noticia y crear un texto ameno que "explica las expresiones...refleja las sorpresas y describe el ambiente"⁹; estas cualidades hacen posible que el autor ocupe un repertorio de frases coloquiales y recursos narrativos que logren atraer, de principio a fin, la atención del lector

Y es precisamente el matiz personal, logrado a través de la visión de ese testigo de la historia (el cronista), una de las causas por la cual se ha conformado un género que "avanza en múltiples direcciones desde el cuadro de costumbres hasta la descarnada descripción de instantes dramáticos, trágicos o curiosos."¹⁰

Para que este escrito tenga un valor periodístico requiere tratar un hecho real, pero sólo abundará en aquellos momentos y características, que de acuerdo al parecer del cronista, proporcionen un panorama de la forma como ocurrieron los sucesos.

De igual modo, la crónica pretende captar el interés de los lectores mediante la utilización de un lenguaje comprensible y sencillo, en franca competencia con la novedad de la información la profundidad del artículo y la indagación del reportaje.

⁹ *Libro de estilo de El País*, pág. 50.

¹⁰ *Prol. Bianco, Bruno, Amor de la calle*, pág. 6.

Asimismo, incorpora elementos que encuentren relevancia en la vida del público, y le brinden la oportunidad de conocer realidades ajenas o hasta ese momento ignoradas, así como resalta ciertas minucias descartadas por los géneros más formales.

Este texto debe tener agilidad en su estructura y eliminar cualquier idea rebuscada, así como de preferencia una extensión pequeña que alcance a ofrecer un mensaje llano y un panorama completo del evento aludido.

En cuanto a la supuesta fugacidad que parecería representar la crónica dentro del rango de valores del mundo actual, se puede considerar que no es efímera, ya que "se convierte en un testimonio vivo y permanente de las distintas etapas sociopolíticas por las que atraviesan los pueblos y los hombres".¹¹

La inmediatez del periodismo le ha restado mérito a la crónica, pues al tomar en cuenta que en los periódicos aparecen estos escritos de forma diaria, en una sección determinada, o junto con la nota informativa del hecho, se considera menor la calidad del texto, precisamente, por la confección rápida del mismo, las estructuras anquilosadas que se han practicado por años o la idea errónea de la crónica como material de relleno para completar la publicación.

Esta descalificación, lejos de desanimar al cronista lo motiva a probar, día con día, que su trabajo "...conjuga el arte de ver, sentir y transformar, a través de un obligado arte de narrar"¹², además la existencia de la crónica es fundamental, ya que sin ella no se podría completar al detalle y con un lenguaje matizado, la información.

¹¹ Gutiérrez Vega, Hugo, *apud*, Federico Campbell, *op. cit.*, pág. 48.

¹² Liñán, Édgar, "Una crónica del Siglo XIX: Francisco Zarco", *Revista UNAM Aragón*, pág. 8

Precisamente, estas características han permitido al antiguo valuarte de la prensa sobrevivir ante el embate indagatorio y objetivo del reportaje.

Aunado a esto, la crónica cómo ningún otro género desarrolla un carácter de movilidad, toda vez que se ocupa de narrar la forma en que ocurren los eventos en un periodo determinado; esa secuencia en el relato implica una estructura dinámica, la cual estará sostenida por diversos elementos del lenguaje. Después de estas precisiones, es deseable mencionar uno de los conceptos más completos que consigue formar una idea general acerca de la crónica, al considerarla:

Reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas. Esto implica la no muy clara ni segura diferencia entre objetividad y subjetividad, lo que suele traducirse...[en que mientras] el reportaje..., requerido de un tono objetivo, desecha por conveniencia la individualidad de sus autores...en la crónica, el juego literario usa a discreción la primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos o vividos desde la interioridad ajena. Tradicionalmente...en la crónica ha privado la recreación de atmósferas y personajes sobre la transmisión de noticias y denuncias.¹³

Esta definición explica y justifica la vigencia del género, ya que si todos los asuntos se presentaran de modo parco existiría una carencia en la diversidad del lenguaje, no habría un registro del contexto de los acontecimientos, ni de los detalles que brindan una visión específica y ayudan a interpretar el desarrollo de los hechos.

Por ello, Vicente Leñero escribió en la introducción del libro *México en cien crónicas*, recopilación sobre la materia (editada por PIPSA), que "es sin duda la voz fundamental del periodismo moderno, pero su trascendencia misma la rebasa. Es un género enorme, variadísimo, sin fronteras precisas, ni esquemas. Con él nace la

¹³ Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*, pág. 13.

historia... pero también se entiende y se conoce como expresión de gran literatura para comunicar una visión presente, impostergable".¹⁴

Además, al ser el más literario de los géneros periodísticos –pues permite escribir con un estilo personal–, la crónica ha logrado ser un medio de equilibrio con respecto a la avasalladora gama de noticias, así como al desarrollo de las computadoras, la comunicación vía satélite y la Internet, que agilizan el proceso de transmisión de datos y las cuales exigen de la presentación de los acontecimientos tal y como ocurrieron, en unas cuantas frases escuetas y en cuestión de minutos.

En resumen, se puede señalar que la crónica posee amplios significados, algunos de ellos contradictorios y múltiples variaciones estructurales; sin embargo, todas las definiciones coinciden en un aspecto básico, este género tiene como función primigenia relatar un suceso.

El punto siguiente busca definir si la crónica es periodismo o literatura. Aunque pareciera ociosa la controversia, es indispensable conocer cuál es el área imperante dentro de este género y así saber los elementos que tienen lugar en él.

¹⁴ Leñero, Vicente, *México en cien crónicas*, apud, Federico Campbell, *Periodismo escrito*, pág. 48.

1.3 Entre periodismo y literatura

Desde hace varios años, tanto en las aulas como en los diarios, donde los periodistas hechos al fragor de su oficio dominan aún la escena, han existido una serie de discusiones para determinar si la crónica es periodismo o literatura, pues como es sabido lo periodístico da a conocer y analiza los acontecimientos de la vida social, y de acuerdo con sus cánones (objetividad, sencillez y accesibilidad del lenguaje) evita adjetivaciones, frases retóricas y palabras rebuscadas y muchas crónicas, publicadas en la prensa nacional, utilizan estos y otros elementos relacionados directamente con lo literario.

No obstante que para algunos especialistas esta polémica está superada, es conveniente dejar en claro cuál es el carácter de este género y sus alcances para no mermar su desarrollo y el de los interesados en el quehacer de la crónica.

De acuerdo con algunos teóricos conservadores, desdeñosos del periodismo, los requisitos de oportunidad y prontitud que debe cumplir la crónica la alejaban considerablemente de la literatura, ya que su creación rápida y poco minuciosa le impedía recibir cualquier consideración estética.

Es decir, para estos especialistas, el trabajo del escritor podría recibir el calificativo de artístico, ya que dedicaba semanas y hasta meses para crear una obra narrativa con las condiciones adecuadas para deleitar al público interesado, mientras que el cronista era tratado como un orfebre de la información.

Estas ideas, imperantes hasta la década de los sesenta, fueron desechadas cuando hizo su aparición en los Estados Unidos el llamado *Nuevo Periodismo*, un

movimiento que amplía la idea de la objetividad periodística, crea un estilo más personalizado y desarrolla una sensibilidad propia, además de modificar la falsa creencia de que los escritos sobre la realidad carecían de creatividad, imaginación y recursos.

Sobre este último punto, el *Nuevo Periodismo* agrega al relato sin ficción una variedad de voces y situaciones, las cuales son expuestas por medio de descripciones, reflexiones tipo ensayo, monólogos internos, diálogos, caracterización los personajes, manejo de la temporalidad y expresiones narrativas, entre otras del bastión literario del novelista.

Sin embargo, en el *Nuevo periodismo* el periodista nunca pierde de vista que si bien: "De los géneros periodísticos, la crónica es el más cercano al relato literario. Difiere de él, porque mientras la literatura es ficticia y verosímil (parecida a la realidad), la crónica es real, verdadera".¹⁵

Por otra parte, esa corriente participa de las técnicas de la historia, de la antropología social, de la sociología y de la psicología e incluye referencias de la cinematografía o de la televisión, que en ese momento muestran la sociedad de consumo y el mundo del espectáculo.

Con este novedoso tratamiento, los artistas, atletas, magnates y personalidades públicas son tratados como personas comunes y corrientes; es decir, a pesar de la frivolidad de su profesión, el periodista busca exponer los ideales y objetivos de la figura pública, su vida que se deslinda del asedio de medios de comunicación y admiradores, así como sus posiciones políticas y sociales.

¹⁵ Galindo, Carmen *et. al*, *Manual de redacción e investigación*, pág. 102.

El *Nuevo Periodismo* "reacciona contra el trabajo de los reporteros tradicionales (pasivo, grisáceo, informe) y desea impregnar de apremio estilístico (estético) las fortalezas habituales donde se empobrece, se burocratiza o se degrada el lenguaje. Interpretar...es en lo primordial cuestión de forma".¹⁶

Cierto es que este movimiento tuvo mayor repercusión en el reportaje, al modificar por entero la percepción que sobre él se tenía; no obstante, la crónica obtuvo notorios beneficios de esta propuesta, pues con la inclusión de los elementos señalados, el cronista pudo encontrar nuevas formas estilísticas, definir una escritura propia y proferirle mayor variedad al género.

También influyó en el modo como el cronista se veía respecto al asunto en sí, pudo ocupar el sitio de protagonista y consignarlo así en el escrito, incorporarse dentro del relato y ser una de las distintas voces o plasmarlo con un sentido impersonal como mero observador de los acontecimientos.

En esta corriente la presencia del reportero no pasa inadvertida o desaparece como en la noticia convencional que cubre el espectro de las preguntas indispensables (qué, quién, dónde, cuándo, cómo y porqué) para responder expectativas informativas del lector, por el contrario, "se involucra como protagonista en la historia que reporta y redacta sin desdeñar ninguno de los recursos...de que dispone un novelista en su arsenal literario".¹⁷

También cambió la perspectiva del periodista en relación con la gente y los sucesos, ya que a partir de esa época el cronista mostró valores y actitudes novedosas

¹⁶ Monsiváis, Carlos, *apud*, Federico Campbell, *Periodismo escrito*, pág. 123.

¹⁷ Campbell, Federico, *op. cit.*, pág. 124.

al instante de pormenorizar los hechos y a los protagonistas de los mismos, consiguió modificar sustancialmente el asunto noticioso por medio de mecanismos novelísticos como el punto de vista, la manipulación del tiempo y el retrato psicológico.

Con los cambios generados por el *Nuevo Periodismo*, el cronista utiliza las herramientas de la narrativa para elaborar un cuadro, escena por escena, de un contexto vivo, en lugar de un resumen de los sucesos y las acciones o una simple cronología. Por tal motivo, en citas y paráfrasis registra completos los diálogos a fin de identificar en lo posible los procesos mentales que ocurren detrás de los discursos.

Y cuando se trata de caracterizar a los personajes todo está permitido desde referirse a la clase de vestidos, modos de comer, desplantes, sitios de residencia, en fin aquellos factores que muestran la condición humana y social de los protagonistas. Desde luego todos esos detalles deberán estar lo más apegados a la realidad, ya que de nada sirve un relato donde las aptitudes del personaje no correspondan al entorno donde transcurre su vida.

Los trabajos de Tom Wolfe, Norman Mailer y Truman Capote, entre otros, abrieron para los cronistas una amplia gama de novedosas técnicas, aún no ocupadas dentro del relato secuencial, "agregándole...la feroz intromisión del YO...el culto por la 'pequeña historia', el afán por documentar narrativamente los estilos de vida, la persecución de los personajes y las figuras arquetípicas".¹⁸

Es posible señalar que en la práctica, esa tajante división entre el periodismo y la literatura resulta inoperable. Prueba de ello es que en la prensa diaria llegan a aparecer

¹⁸ Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*, pág. 75.

crónicas que constituyen obras de notorio valor artístico, pues el cronista escribe con total libertad, emplea figuras retóricas y elementos narrativos para enriquecer su texto, y es tan diestro en el uso del lenguaje que logra entusiasmar al lector, quien disfruta de ese escrito con la misma intensidad que le proporcionaría cualquier creación literaria.

El único requisito inamovible del género es la narración de hechos reales, lo cual no ha impedido que en su construcción, el ingenio y astucia del autor consigan un escrito con una unidad de palabras armoniosa y estética.

1.4 De clasificaciones y elementos

Diversos autores han considerado adecuado dividir la crónica en varias categorías, para tener una idea precisa de los temas, las características y las intenciones al interior del género. Existen varios criterios para clasificarlo, algunos teóricos toman en cuenta la materia específica del escrito, mientras que otros consideran el grado de intervención de las opiniones del autor.

Para Martínez Albertos, la crónica tiene dos clases: aquella que presenta como hilo conductor el lugar donde ocurre la noticia (ese es el caso de las crónicas viajeras, de corresponsal y de enviado especial) y la que se desarrolla a partir de un tema específico, trátase de asuntos parlamentarios, deportivos, policíacos, taurinos, de sociedad o de carácter local (escrito conocido en nuestro país con el nombre de urbano).¹⁹

¹⁹ Martínez Albertos, José Luis, *Curso general de redacción periodística*, pág. 366.

Las anteriores divisiones son muy importantes, pues conducen al cronista hacia la especialización, ante todo porque algunos de esos escritos requieren para su elaboración del dominio de lenguajes, conocimientos y habilidades, referentes a las temáticas tratadas, que otorguen una mayor calidad al contenido.

Es necesario presentar las particularidades de estos géneros para conocer cuál es la labor del cronista en cada uno de ellos. En primer término, la crónica conocida como de corresponsal fijo (al interior del país o en el extranjero) comenta acerca de los sucesos relevantes o pintorescos de la localidad donde está apostado el periodista; es una obra colateral a la nota informativa (recuérdese la prioridad de la noticia sobre el resto de los géneros periodísticos) que desarrolla un sentido orientador por la continuidad de los textos y la presencia familiar del cronista en la mente del público.

En tanto, los relatos de enviado especial implican narrar eventos ocasionales como reuniones mundiales de comercio, firmas de acuerdos internacionales, festivales y exposiciones culturales, así como enfrentamientos civiles, revoluciones, atentados y guerras, donde el periodista da a conocer sus percepciones sobre los hechos sangrientos, conmovedores y hasta cotidianos que tienen verificativo en un sitio en conflicto armado.

También en este apartado sobresalen las denominadas crónicas de viaje que proporcionan al lector un panorama de las ciudades y regiones desconocidas, curiosas o excéntricas del mundo, visitadas por el cronista. Pese a que algunos teóricos desprecian su relevancia periodística y las consideran una especie de turismo informativo, este tipo de relatos recrean con amenidad culturas tan diferentes a la nuestra.

Ahora, en relación con la segunda división del género, la crónica parlamentaria es la serie de relatos informativos con una importante dosis de juicios que valoran las sesiones en las cortes o cámaras legislativas, el trabajo de las comisiones, las respuestas partidistas ante ciertos acontecimientos nacionales y el comportamiento de los responsables de ejercer este poder.

Por su parte, la crónica policiaca se refiere a los hechos de sangre ocurridos en cierta comunidad, incluye el testimonio de los actores y testigos, quienes explican el modo en que se suscitaron los acontecimientos; además, la narración ocupa un tono neutro para evitar caer en las prácticas sensacionalistas, frecuentes en el género.

Este es uno de los géneros del periodismo escrito menos reconocido, tanto por los periodistas especializados en otras áreas, como por los lectores, debido sobre todo a las publicaciones "amarillistas", donde se privilegian los encabezados alarmantes y las fotos sangrientas en vez del relato puntual, alejado de calificativos exagerados, que impiden la elegancia del lenguaje.

La crónica deportiva muestra los acontecimientos y las impresiones generadas por las disciplinas atléticas, en estas narraciones abunda la jerga lingüística de cada deporte y los juicios de valor; sobresalen los resultados y la síntesis de la jornada al inicio del relato. Aquí tienen cabida entrevistas y datos estadísticos para complementar el escrito.

En tanto, la taurina describe las distintas etapas de la llamada "fiesta brava", destaca los aspectos de la corrida, el escenario, el público, las dotes del matador, los rasgos de la ganadería, del toro y critica el estilo para torear.

Se entiende por crónica de espectáculos la que trata sobre el acontecer de la industria del entretenimiento y la vida de las figuras famosas relacionadas con ese

ambiente. Mientras, la de sociales presenta el relato pormenorizado de los festejos propios de un sector económicamente influyente de una región, en el cual se destaca la atmósfera, el vestuario de los participantes, el menú, la música, la decoración del lugar y la clase de personas que asistieron al evento.

Los anteriores tipos de crónicas también son menospreciados, pues la mayoría de las revistas sobre la materia se dedican a exponer aspectos banales de la vida íntima de esos personajes públicos, los capítulos sórdidos de su personalidad y a crear rumores infundados que se convierten en chismes, con la única finalidad de vender más ejemplares. Sin embargo, las narraciones periodísticas sobre este mundo pueden presentar propuestas novedosas y eliminar los estereotipos preestablecidos.

Ahora bien, cuando Leñero y Marín identifican tres tipos de crónica: informativa, de opinión e interpretativa²⁰, lo que pretenden es clasificarla conforme al nivel en el que interviene la visión del cronista.

Por tanto, la crónica informativa se limita a proporcionar información respecto del hecho –tal y como ocurrió–, sin emitir comentario alguno. La de opinión es el relato presenciado o reconstruido por el periodista, donde tienen cabida juicios de valor e impresiones cargadas de ironía y sagacidad.

Y en la interpretativa, el cronista aborda la realidad para descifrar y esclarecer los fenómenos de la sociedad; al mismo tiempo, genera opiniones respecto del asunto en su conjunto o sobre sus partes esenciales. Tanto en los relatos de opinión como interpretativos continúan presentes las informaciones, sólo que en menor grado en proporción con los comentarios y argumentos.

²⁰ Leñero, Vicente y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, pág. 156.

En el caso de la crónica informativa existen ciertos elementos que deben ser considerados dentro de la narración como la hora y las circunstancias en las cuales ocurrió el hecho; el comportamiento de los protagonistas; las características del sitio; la arquitectura y decoración; el número y las actitudes del auditorio.

También es importante registrar las reacciones mímicas y orales de los participantes; las frases representativas y pintorescas, así como las cifras y datos indispensables. Tales factores son recogidos en los párrafos de este relato aparecido en *El Financiero*:

...Casi a las tres de la tarde, en un callejón al lado de la Prepa, cuatro huelguistas fueron sorprendidos y llevados al Ministerio Público por una de las tres patrullas que en un principio se encontraban en el lugar, dando cuenta de los acontecimientos.

Pese a ese primer percance, inició la gresca entre paristas y trabajadores, y durante más de dos horas transcurrió el intercambio de insultos, pedradas, cohetones y más de diez petardos que lanzó el CGH hacia dentro del plantel. Los paristas lograron romper a tubazos las cadenas de las rejas, y aunque previamente sus propias barricadas habían sido obstáculos para que entraran, una vez dentro del inmueble golpearon con tubos y palos afilados como lanzas, y otros con clavos, a los elementos de Auxilio UNAM.²¹

A su vez, la crónica opinativa puede variar el orden en que se desarrollan los acontecimientos, a fin de conseguir una mejor exposición de lo sucedido, y desarrolla un estilo literario propio, aunque limitado en el uso de metáforas, pues no todos los asuntos permiten la utilización de estos recursos, como se muestra enseguida:

La nutrida jornada priista tuvo mil incidencias políticas y otras tantas confesiones ideológicas en todas las materias de gobierno, pero su mayor impacto estuvo en el agarrón entre Labastida y Madrazo, teniendo como árbitro central imaginario al ex presidente Carlos Salinas, hecho en el que se evidencia cuánto está costando al PRI exorcizar a éste.

²¹ Jiménez, Eva, "Intentan desalojar al CGH de la Prepa 3", *El Financiero*, 3 de febrero 2000, pág. 38.

El fantasma de Salinas y, con él, el del neoliberalismo –junto con sus efectos en pobreza, corrupción, inseguridad pública, oligarquización de la economía, tecnocracia- fue de entrada el punto de partida de un minidebate específico en materia política económica. Lo inició Madrazo con la frase inaugural de su primera participación en el debate: México entra al siglo XXI con la mitad de su población viviendo como en el siglo XIX...²²

La crónica interpretativa tiene mayor libertad, en cuanto a la utilización de figuras retóricas y giros sintácticos, ya que la presentación de los argumentos puede escribirse de distintas formas, sin afectar la eficacia del mensaje. Como lo presenta la siguiente narración, cuya belleza literaria, no evita conocer la devastación provocada en la ciudad de México por el sismo de 1985:

Día 19. Hora: 7:19. El miedo. La realidad cotidiana se desmenuza en oscilaciones, ruidos categóricos o minúsculos, estallido de cristales, desplome de objetos o de revestimientos, gritos, llantos, el intenso crujido que anuncia la siguiente impredecible metamorfosis de la habitación, del departamento, de la casa, del edificio...El miedo, la fascinación inevitable del abismo contenida y nulificada por la preocupación de la familia, por el rigor del instinto de sobrevivencia. Los segundos premiosos, plenos de una energía que azora, corroe, intimida, se convierte en la debilidad de quien la sufre...El 19 de septiembre, en la capital, muchos carecieron de la oportunidad de profundizar en su miedo.²³

Las crónicas en los diarios pueden combinar los tipos de temáticas y el nivel de intervención del periodista: las policiacas, de espectáculos y sociales se dedican únicamente a informar; las deportivas, taurinas y parlamentarias, además de tener un carácter noticioso, emiten juicios de valor, mientras que las viajeras, de corresponsal y enviado especial, buscan aclarar las circunstancias en que se presentan los eventos.

²² Trejo, Ángel, "Las propuestas del gobierno se escurrieron en choques personales", *El Día*, 9 de septiembre de 1999, pág. 3.

²³ Monsiváis, Carlos, "El día del temblor", *Entrada Libre*, pág. 17.

Cabe señalar que en los periódicos mexicanos aparecen en mayor cantidad crónicas informativas que resultan complementarias a las notas que sobre algún acontecimiento se efectúan y en donde aunque interesa la manera como ocurrieron dichos hechos, importa más el suceso en concreto.

Son conocidas como notas de color, cuya estructura incluye expresiones valorativas que matizan la información para que el lector tenga una idea más cercana de cómo sucedieron los hechos, en este tipo de crónica se sigue conservando la estructura cronológica de la narración, en especial cuando se escribe sobre actividades con un desarrollo lineal.

Si en la nota, el reportero no se detiene a explicar los detalles de una situación que genera un impacto o interés, el cronista, por el contrario, hace de lo minucioso un terreno fértil para realizar su quehacer, se preocupa por brindar al lector el mayor número de descripciones sobre el sitio, las circunstancias y la atmósfera donde sucedió un evento, claro sin que medien en su relato juicios personales.

Aunque no existe una certeza sobre la extensión que tiene este género noticioso, hay autores y periodistas que aseguran que ocupa mayor espacio que la nota informativa. Al analizar la prensa nacional puede considerarse que tal idea sólo se cumple a cuenta cabal en el caso de las publicaciones periódicas como las revistas y suplementos, pues en el diarismo no existe ninguna regla escrita que le otorgue a la crónica una determinada cantidad de caracteres tipográficos.

En cuanto a los asuntos de que se ocupa la crónica informativa en nuestro país, pueden ubicarse en esta categoría la mayoría de los actos públicos previamente programados, ya sean políticos como un informe de gobierno, una jornada electoral, una sesión en la cámara de diputados, una ceremonia conmemorativa, una asamblea

de un partido, por citar algunos, o bien otros de índole deportiva, como competencias y partidos. (Aquí, vale la pena hacer un paréntesis para explicar que de acuerdo a las divisiones temáticas de estudiosos españoles tanto las actividades parlamentarias como los deportes y el mundo taurino se apegan más a la definición de crónica de opinión, sin embargo, en los periódicos mexicanos de la actualidad se ha optado por otorgar un tratamiento informativo a estos tópicos).

A su vez, cualquier evento no previsto, que sea espectacular o sorpresivo, debe tomarse como objeto de estos relatos, tal como un accidente aéreo, un incendio, un enfrentamiento, un linchamiento, una manifestación o un asalto (sin embargo, por lo cotidiano que son estos acontecimientos podría modificarse esta clasificación para que dichos incidentes aparecieran en el párrafo anterior).

De vuelta a los asuntos programados, donde se sabe la fecha y el sitio en que ocurrirán, el periodista debe tomar en cuenta ciertos aspectos que deberá integrar en su crónica y que una vez transcrita podrán ser valorados para que los conserve o los deseche. En este apartado hay que conocer los antecedentes del evento, el contexto en el cual ocurre, los motivos por los cuales se efectúa, quien hizo la convocatoria, saber de emisiones anteriores o de actos similares, las personalidades que asistirán y tener indicios de si habrá algún tipo de protesta.

Respecto a la sede donde se llevará a cabo el acto, debe tomarse en cuenta el cupo del auditorio, de la plaza o del recinto, algunas características arquitectónicas, el tipo de decoración, la disposición de los muebles y de los accesos, así como la ubicación de algunos participantes.

Como el tiempo tiene un papel preponderante en la crónica noticiosa es necesario que el reportero constate con toda precisión, el minuto exacto en que se

desarrolla cada etapa crucial para la narración; asimismo, se requiere consignar el nombre, cargos, las actitudes, ademanes, vestimenta, reacciones y elementos no verbales de las personas que integran el presidium, de los oradores y de los líderes y de otros personajes destacados.

También es importante el número de asistentes, la hora en que comenzó el acto, en que circunstancias ingresó la gente y los dirigentes, el ánimo, los rostros, la respuesta y los gestos corporales de la concurrencia, si hay interpelaciones, gritos, rechifla, pancartas o intentos de agresión hacia algún funcionario o miembro de un partido. En este punto, es indispensable saber lo que opinan las personas sobre ese evento y registrar frases sueltas y contundentes, groserías, reclamos, consignas y porras. Además, debe prestarse atención a las cifras, nombres y declaraciones sintéticas de lo que representa tal acto.

Parecería que es demasiada la carga de información, sin embargo el cronista es quien debe decidir cuáles datos son relevantes y significativos y con base en ello estructurar el texto sobre el evento encargado por el jefe de información del periódico o la revista.

Así como la crónica informativa se centra en contar cómo sucedió un acontecimiento específico, sin que existan valoraciones ni puntos de vista del reportero, en la de opinión se equilibran los comentarios con la información, de manera simultánea, entendido esto como una clase de escrito donde se vierten toda una serie de ideas a la par que se narra cómo se desarrolla un hecho.

Quien se dedica a realizar crónicas de este tipo no es un reportero común, pues debe ser alguien especializado en el tema que se trate, a fin de que tenga la suficiente autoridad moral para proporcionar al lector sus opiniones.

Los temas que abarca esta categoría varían, pues puede tratarse de deportes, toros, asuntos políticos, culturales y sociales (entendidos como aspectos de repercusión social), en fin, cuya principal característica es que son presenciados por el periodista o reconstruidos a través de entrevistas con los protagonistas o los testigos y de investigación documental.

En esta narración, el cronista se encuentra en total libertad de variar la ordenación del relato, la cronología es un factor más para la estructura del texto que la mayoría de las veces se deja de lado para experimentar otras formas alternativas y de vanguardia para la crónica opinativa. También, puede establecer un estilo en la escritura que se acerque más a lo literario, con la inclusión de metáforas y elementos líricos, siempre y cuando el hecho que se va a contar se preste para ello.²⁴

La crónica interpretativa dista aún más de la noticiosa, pues en ella no se localiza una necesaria intención de informar, si acaso incorpora algún dato como referente para el público. Se dedica a enjuiciar hechos a la par que los describe al detalle para orientar al lector sobre un determinado evento.

Aunque no es un requisito la narración de forma lineal, si existe un orden en el esquema del desarrollo de la interpretación, pues la reflexión se efectúa por partes y sólo hasta que se agotó cierto punto es cuando puede comenzarse el siguiente análisis.

²⁴ Leñero, Vicente y Carlos Marín, *Manual de Periodismo*, pág. 168.

1.5 Los recursos narrativos

Una vez concluida la exposición de las categorías en que se divide la crónica, es necesario señalar los factores literarios involucrados en la construcción de un relato, los cuales sirven de guía para que el periodista tenga varias alternativas al momento de enfrentarse a la hoja en blanco, ya que en las figuras verbales y la manera de contar la historia reside uno de los principales requisitos de este género: la originalidad y la riqueza del lenguaje.

Antes que nada, es conveniente para el cronista tomar en cuenta que "al escribir una crónica se debe tratar de imitar de manera deliberada lo más posible la lengua viva, o sea la de todos los días, sin caer en la mera calca, pues el proceso de selección es indispensable en toda construcción estética".²⁵

Lo anterior, desmiente cualquier idea acerca de que para conseguir ritmo y elegancia, este relato requiere ocupar palabras exageradas y rimbombantes, que resultan ajenas al estilo y personalidad del autor.

Y es que ante todo al ser la crónica un género, en la actualidad, eminentemente expresionista que "presta un intenso matiz subjetivo a la impresión que nos causan las cosas o sucesos externos... [y el cual] es proyectado hacia fuera tras íntima maduración personal"²⁶, al momento de crear estos relatos se requiere ocupar elementos propios de la literatura, desde construcciones retóricas hasta elementos narrativos.

²⁵ Galindo, Carmen *et. al*, *Manual de redacción e investigación*, pág. 103.

²⁶ Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos*, pág. 347.

Como se ha mencionado, estas narraciones abordan el acontecer de la realidad, situación que no le impiden ocupar toda una serie de recursos tales como la descripción de personajes y atmósferas; utiliza varias clases de narradores; maneja suspenso; en el relato, se altera la sucesión temporal de los acontecimientos; ocupa diálogos a manera de testimonios y desarrolla un clímax o momento más intenso en la trama.

No se debe olvidar que para lograr escritos con un contenido relevante y un elevado nivel estético que "la crónica suele contener, junto a la historia principal, otras secundarias que sirven para darle verosimilitud e interés...Así, por lo general existen varios hilos, que a partir de un cierto momento es necesario entrelazar".²⁷

Para este género existen dos aspectos primordiales: los asuntos que se manejan y la forma en que el cronista los muestra, es decir la historia y el discurso. Al respecto, parecería que existe una contradicción, pues mientras que los hechos de una realidad determinada ocurren al mismo tiempo (visión pluridimensional), la forma de presentarlos por escrito es por medio de la narración de un suceso tras otro (tiempo lineal).

Estas características en vez de excluirse mutuamente se complementan, ya que el cronista decide, de acuerdo con el propósito de su texto, qué circunstancia describirá primero y cuál después, sin tomar en cuenta la sucesión histórica, lo cual permite experimentar distintos procedimientos de creación para este género con el fin de proporcionarle riqueza y variedad.

Al definir a la crónica como una narración o relato de sucesos reales se ha señalado uno de sus principales componentes: la forma de contar una o varias acciones que explican el comportamiento de los personajes; es decir, hablar de la vida interior del

²⁷ Galindo, Carmen *et. al*, *op. cit.*, pág. 110.

hombre o donde se ve involucrado éste. Por otra parte, es necesario incluir algunos de los elementos que permiten proveerle a los relatos periodísticos una mayor gama de posibilidades para estructurar la narración de los acontecimientos, tal es el caso de las variaciones en el orden del tiempo, las cuales son esenciales para proporcionarle agilidad e interés al género.

Se puede relatar la historia de manera encadenada, en estricta presentación cronológica, donde lo que primero sucedió aparece al principio y lo último, al final. También, el periodista puede contar un hecho menor dentro de otro más relevante, mediante la historia de uno o más personajes. En todo caso, está permitido que escriba escenas simultáneas de un mismo asunto, aunque en el texto se muestren en el mismo grado de importancia, colocados uno después del otro.

Otra opción es recurrir a la técnica de suspenso, la cual permite narrar sucesivamente dos o más tramas, con la peculiaridad de que se abandona cada idea, sin terminarla, para después retornar a ellas hasta concluir el relato.

Incluso, se puede enviar al lector del pasado al presente con suma frecuencia para comparar una situación determinada en dos momentos cronológicamente diferentes, más semejantes en la coyuntura social; así esta forma es un viaje en el tiempo que le imprime dinamismo, libertad e ingenio al relato.

En otro punto, es necesario indicar que se pueden utilizar los recursos narrativos del correlato o la distensión. El primero, consiste en otorgarle una consecuencia a todo aquel elemento destacado en el argumento. Mientras que la distensión permite introducir en la trama una serie de detalles enriquecedores, los cuales les proporcionan consistencia a la narración.

Además de estos factores la inclusión de diálogos, ficticios o reales, acordes con el contexto y la temática, consiguen familiarizar a los lectores con la atmósfera.

En toda crónica existe una unión indispensable entre los acontecimientos noticiosos y el cronista observador de los mismos al narrar el autor los hechos y a la vez proporcionar en el manuscrito su esencia, sea social, filosófica o humana, desde su particular punto de vista.

Para realizar esta actividad, el periodista, a diferencia de otros géneros donde se maneja un estilo impersonal para el tratamiento informativo o de opinión, se apropia de las diversas figuras del narrador, pues como todo escritor "es dueño de utilizar la forma...verbal que mejor le parezca para expresar sus pensamientos o sentimientos".²⁸

Entonces, el cronista puede ocupar, ya sea la primera persona del singular donde el propio autor se convierte en participante del hecho para exponer el asunto; o el plural (nosotros), para desarrollar aquella narración en la cual él, junto con otras personas, efectúa una acción determinada.

También, hay escritos en los cuales el periodista observa y se limita a escribir en tercera persona, sin inmiscuirse en el relato, en el desarrollo del evento; en tanto existen otras donde el "yo", es decir el periodista, puede ocupar de manera temporal la personalidad de alguno de los protagonistas que muestra su visión de la historia.

La representación que la crónica hace de objetos, personas y ambientes, conocida como descripción, tiene como función recrear los ambientes en que ocurren los sucesos. El autor puede optar por detallar los escenarios y las decoraciones del sitio

²⁸ Martín Vivaldi, Gonzalo, *op. cit.*, pág. 57.

donde transcurren los acontecimientos, así como el estado anímico de los protagonistas, lo cual le permite precisar la personalidad de los personajes como las características de su entorno, o ubicar al relato en la realidad al incluir datos verdaderos que le proporcionen ese sello de exactitud periodística a la crónica.

Cuando al inicio de este punto se mencionó que los escritos actuales de este género periodístico exteriorizan las visiones particulares, no se pretendió relegar a segundo plano a otro de los elementos indispensables para elaborar una crónica: la descripción, que no es más que la expresión del aspecto visual de las cosas.

Podría pensarse que este mecanismo involucra una mención exhaustiva de todas las características del sujeto u objeto de la descripción, cuando es el criterio del autor el que determina los aspectos que deberán ser destacados

La crónica se encarga de destacar los rasgos dinámicos de un aspecto, lo cual no implica que dentro de ella no tengan cabida las representaciones de monumentos y objetos suntuosos, todo depende de la forma en que el periodista las describa para atribuirles animación y esencia.

Dentro de la descripción se localiza la caracterización de personajes que puede ser de dos tipos: el retrato de los rasgos físicos o psicológicos de una gente, a través de la utilización de adjetivos, y la revelación de su personalidad mediante los actos de la misma, aspecto que permite al lector crearse una idea más exacta de la citada persona. Todo depende del interés del cronista por darle un matiz estático o dinámico al manuscrito.

Conforme lo señala Martín Vivaldi, formalmente el estilo de la crónica debe cumplir con las características del lenguaje de todo escrito periodístico: claridad,

sencillez y concisión²⁹; de forma tal que sea revelador su mensaje y el contenido resulte accesible para el lector común (aquí no se admiten imprecisiones, rebuscamientos estilísticos ni repeticiones inútiles).

Estas consideraciones no excluyen la adecuada utilización de figuras retóricas, las cuales hay que distinguirlas del adjetivo retórico "que por lo general se aplica cuando se quiere significar un exceso de la forma sobre el contenido... en este caso se alude a un virtuosismo inútil en el uso de la lengua en general, a una exageración con propósitos de engañar".³⁰

En tanto, los mecanismos de la retórica (la ironía, la metáfora, la comparación y la paradoja, entre otras figuras) enriquecen el lenguaje, utilizan la expresión precisa a la idea que se desea transmitir, le proveen elegancia al relato y mejoran la comunicación al conseguir el efecto deseado.

1.6 La urbana cronización de la vida

Después de abundar en las características tanto estructurales como de contenido de este género periodístico en lo general, conviene encaminar las reflexiones hacia el asunto central de esta investigación: la crónica urbana. Cabe destacar que las ideas referidas en este apartado corresponden únicamente al caso de México, pues en otros países de Latinoamérica y en España las condiciones de este género varían en función del desenvolvimiento del periodismo que se ejerce en aquellas latitudes.

²⁹ *Ibidem*, pág. 133.

³⁰ *Idem*.

Martínez Albertos menciona, dentro de su tipología sobre las clases de crónica, que la urbana (designada por él como local) es un género sobre el tema particular de la ciudad³¹, lugar donde habitan gran número de personas que requieren de infraestructura en servicios y transportes; con ritmos de trabajo y esparcimiento acelerados, se desarrollan complejas formas de organización social, económica y política, que distan por completo de la vida en las comunidades rurales.

Luego de esta explicación, se puede decir, a título personal, que la crónica urbana retrata la vida cotidiana en la metrópoli —el orbe totalizador—, de modo que en esos relatos brotan y desaparecen los personajes más inesperados, al igual que las tragedias colectivas, los oficios de la calle, el habla popular, las diferencias socioeconómicas y los problemas de la modernización, los hábitos de la sociedad, así como las historias pintorescas y peculiares de una comunidad.

Para algunos, "la crónica [urbana]...tiene dos definiciones: una que depende de la valorización de los hechos inmediatos y que está asociada al periodismo y otra, que se refiere a lo histórico; en que se observa el orden de los tiempos como una visión de conjunto".³²

Este concepto se relaciona con las dos presencias insistentes de cronistas en nuestro país: aquellos que publican cotidianamente sus narraciones sobre la existencia y los conflictos en las grandes ciudades, y quienes tienen un amplio conocimiento, transmitido por la tradición oral, de las costumbres, los sucesos y los datos históricos sobre el devenir de las capitales del país. Claro que la función del cronista urbano, en

³¹ Martínez Albertos, José Luis, *Curso General de Redacción Periodística*, pág. 369.

³² Tovar y de Teresa, Guillermo, apud, David Siller, *Aquí, allá y en todas partes*, pág. 135.

cualquiera de sus modalidades, es la de "recoger testimonios de todos los tiempos y de diversos sectores, para que la gente conozca distintos aspectos de la vida de su ciudad".³³

La gran diferencia entre estos dos representantes de la crónica urbana radica en el ejercicio diario y preciso que los periodistas, al esgrimirse en cronistas, realizan; sus escritos se refieren a lo inmediato; eligen las versiones históricas más apegadas a su criterio y las renuevan, diluyendo en el texto las exageraciones e inexactitudes que abundan en los documentos fidedignos; convierten en memoria colectiva los asuntos cotidianos de la vida metropolitana, y cuestionan el desempeño de quienes detentan el poder político y económico en esas localidades.

A pesar de que el cronista historiador urbano realiza un trabajo primordial para la conservación del pasado y de las tradiciones comunitarias, esa labor difiere por completo de la del periodista de la ciudad, pues este último vierte una serie de comentarios y puntos de vistas en sus relatos. (Esta actividad permite identificar formalmente a ese tipo de crónica como opinativa o de interpretación, todo depende de si en el escrito predominan los juicios o el esclarecimiento de las situaciones).

Cabe aclarar que aunque imperan las opiniones, el narrador no elimina las referencias informativas de la crónica de ciudad. En este punto los practicantes asiduos de estas narraciones comentan que la crónica citadina es tanto una indagadora en los archivos, bibliotecas y hemerotecas como una "investigadora de campo en las calles, plazas, mercados, vecindades, cantinas y pulquerías"³⁴, ya que aún cuando los relatos

³³ *Ibidem*, pág. 134.

³⁴ Jiménez, Armando, *apud*. José Luis Hernández, "La crónica según Armando Jiménez", *Humanidades*, 23 de febrero de 2000, UNAM, pág. 20.

periodísticos de la urbe presentan los acontecimientos sin el rigor científico de la historia, no excluyen una serie de datos, nombres, así como los antecedentes relacionados con el tema tratado.

Conforme, a las observaciones e intereses del autor "la crónica [de la ciudad] succiona el conocimiento y las anécdotas de ancianos y jóvenes, que lo mismo escucha consejos de sabios que de castos y de pecadores, de indigentes y de ricos...no echa en saco roto chismes y habladerías, piropos y cuchúfletas, ni dibujos y letreros en barbas y excusados...al albur, signo distintivo del mexicano, sabe instalarlo en el preminente lugar que le corresponde".³⁵

Un escrito de este género detenta una amplia gama de estilos, temas, estructuras y propósitos, tantos como cronistas hay; por ello, esta forma periodística que recrea situaciones actuales o actualizadas de la vida en la ciudad representa (para quien intente unificarla) un problema de proporción, perspectiva y tamaño –una urbe en constante crecimiento y tan grande no es un asunto fácil de tratar–. Amén de que el Distrito Federal cuenta con una variedad de sitios divergentes y contradictorios, de los cuales se nutre el cronista para construir sus relatos.

La crónica urbana que se publica en los diarios debe girar, de preferencia, sobre un eje temático: un barrio, los oficios, la vida nocturna, los sitios de interés, las historias costumbristas o por el contrario los aspectos desconocidos; en fin, debe rescatar aquellos asuntos propios de una metrópoli. Aparte de que esa unidad brinda la posibilidad de escribir por entregas para que el cronista pueda desarrollar de forma amplia algún asunto de su interés.

³⁵ *Ibidem*, pág. 21.

El escrito, también, debe tener un título de identidad, publicarse en la misma página de manera diaria o semanal, proporcionar cierta continuidad tanto en el ambiente narrado como en el estilo del escrito y realizarse por un cronista apasionado por los aspectos ciudadanos (con amplio conocimiento sobre este ámbito), o por un reportero capaz de manejar los requisitos del género y practicarlo con fortuna.

En este punto, se requiere señalar que al acercarse las crónicas urbanas a las de tipo opinativo existen notorias diferencias respecto de las de carácter noticioso: en principio, las últimas son efímeras (tratan sobre actos públicos o incidentes que al tiempo se olvidan); carecen de variaciones en el orden narrativo (la estricta cronología es el elemento principal de su estructura) y existen límites en la libre utilización del lenguaje literario en el texto (hay que escribir de modo coloquial, pero sin abusar de la retórica).

Amén de que las crónicas de ciudad no destacan el evento en sí, sino el ambiente, los sitios y los personajes, tampoco requieren registrar datos precisos, ni consignar puntualmente las declaraciones, menos aún incorporar discursos, reportes y versiones oficiales sobre el asunto narrado.

En otro sentido, los relatos de la urbe pueden agruparse, conforme a un teórico español, en tres grupos: las crónicas exhaustivas pretenden incluir todos los sucesos relevantes de la localidad; las de pincelada, tratan ampliamente de un solo asunto como la vida en una colonia o los personajes reunidos en una calle típica, y las llamadas desenfadadas, que reúnen temas relacionados con los divertimentos, datos curiosos, frivolidades y vida nocturna.³⁶

³⁶ Martínez Albertos, José Luis, *op. cit.*, pág. 370.

Como se ha señalado esta clasificación pertenece al periodismo ibérico y aunque muchas de esas ideas tendrían cabida, gracias a una adaptación previa, en el modelo mexicano, es preferible plantear una tipología propia para nuestro país. A continuación, en un intento por señalar los asuntos a los que hace referencia la crónica urbana mexicana, la autora de esta tesis agrupa en ocho apartados los temas del género:

a) Crónicas de sitios característicos en la metrópoli. Esta denominación abarca los escritos sobre edificios arquitectónicos famosos, monumentos, ruinas arqueológicas, parques y jardines legendarios, museos, así como otros lugares de interés histórico, artístico y religioso donde confluyen multitudes.

b) De personajes y oficios. Relatos acerca de algunas personas que reflejan estilos de vida y ejemplos particulares que permiten lograr una caracterización de la realidad social imperante en una comunidad. Aquí se incluye la narración de oficios diversos y antiguos que aún se conservan en la actualidad.

c) De colonias tradicionales. Recuento de actividades, formas de vida y modismos comunes en una localidad añeja, donde se conservan ciertos usos y costumbres que han influido en el desarrollo de una ciudad.

d) Celebraciones populares. Aquí se destacan los festejos religiosos, civiles o sociales de una urbe, apropiados por las familias y comunidades, los cuales han tenido notoria influencia en la idiosincrasia nacional y cuya realización data de tiempos memoriales.

f) Espectáculos y divertimentos. Narraciones donde sobresalen las maneras de distracción de una comunidad, trátase de conciertos, bailes y exhibiciones

populares, así como de lugares de convivencia familiar y pública como parques de diversiones, balnearios, plazas, cines y canchas deportivas, entre otros.

g) Vida social y nocturna. En este punto se narran las reuniones en cafeterías, bares y cantinas, así como las actividades desarrolladas en centros nocturnos, fiestas, y otros sitios donde el ambiente es generado por los ánimos y entusiasmo de los asistentes.

h) Actividades políticas y de comercio. Apartado donde se narra la participación política (manifestaciones, marchas, reuniones vecinales, votaciones) y los tratos comerciales –desde hábitos de consumo hasta las actividades en bancos, tiendas y almacenes– de los habitantes de una urbe.

i) Conflictos que afectan el devenir de la ciudad. Este rubro, uno de los menos vistosos para el lector, relata con rigor la realidad social de una zona, ya que se muestran los problemas de una urbe: explosión demográfica, hacinamiento, pobreza, delincuencia, corrupción, problemas viales y de polución, escenarios marginales y desastres naturales.

Cabe aclarar, que se colocaron estos temas de forma indiscriminada, pues ninguno es más relevante que los demás, todo depende del ánimo y las preocupaciones sociales de los cronistas. Habrá quienes estén más comprometidos con las causas populares, otros que pretendan consignar los hábitos nocturnos de los ciudadanos y algunos que escriban sobre monumentos y construcciones arqueológicas.

Es importante comentar que esta tipología es flexible a las inquietudes e imaginación del cronista, ya que en algunos escritos podrán encontrarse elementos que pertenecen a otras categorías o bien, el periodista inventará sus propios tipos de crónica de acuerdo con su creatividad e intención.

1.7 Primeras crónicas de la capital

Aunque ya se realizó una breve reseña histórica, en el primer punto de este capítulo, es necesario precisar en qué momento la ciudad de México es incluida formalmente como materia de la crónica y, de igual manera, mencionar algunas de las particularidades de este género.

A la llegada de los españoles, la antigua México Tenochtitlan se convirtió en una fuente de inspiración para los conquistadores –en sus manuscritos dieron cuenta de las bellezas y “horrores” del nuevo mundo–; esta ciudad para Hernán Cortés y otros cronistas era el Templo Mayor, los mercados con toda clase de mercancías, las calles limpias, las grandes calzadas y los adoratorios para divinidades profanas, junto con los sacrificios ceremoniales inconcebibles para su mente “civilizada”.

Y tanto en el Virreinato como en el México Independiente se narraban sucesos sobre esta metrópoli, poco atractivos por la solemnidad de su tratamiento, fue hasta después de la Reforma que los acontecimientos de la capital se retrataron en escritos que respondían a necesidades de una comunidad. Así, aparecieron las primeras crónicas de nuestra ciudad, que permitieron establecer posteriormente un género periodístico, al que se han adherido muchas voces: las de los cronistas cotidianos.

Como lo señala Emmanuel Carballo, “la crónica es, en el siglo XIX, un nuevo género en el que participan la historia y la narrativa, es decir, es de carácter social y una manera de contar las cosas dinámicas, desenfadadas y, de ser posible, original”.³⁷

³⁷ Carballo, Emmanuel, Ponencia “El desarrollo de la crónica desde el siglo XIX hasta hoy”, 10 de febrero de 2000.

De este modo, los relatos del siglo XIX eran eminentemente literarios, pues su prioridad la constituían las formas de escritura, la sofisticación del lenguaje y las figuras narrativas rebuscadas en vez del carácter informativo de los textos.

Razón lógica, ya que el público al que estaban dirigidas las crónicas era la clase aristocrática del país, la cual conjuntaba extrañamente un gusto por las buenas maneras y una incultura generalizada, que pretendía ocultar con la lectura de reconocidos autores de la época.

En otro sentido, esas narraciones han sido consideradas históricas, porque se referían a las costumbres, al devenir de un país, aunque también registraban —desde la percepción propia y cotidiana del escritor— la pequeña historia: la de los seres humanos de una época, así como sus ideas y sus reacciones ante los sucesos de una realidad temporal.

Con ese interés (voluntario o fortuito) los autores del XIX pudieron demostrar que "la historia...no es ese paisaje neutro de acontecimientos que son valorados en la pesa de la objetividad, sino el descubrimiento apasionado, melancólico o indignado de aquello que no es sino lo de todos los días".³⁸

Fueron múltiples los temas de los relatos del siglo XIX; lo mismo se plasmaron las costumbres, los espectáculos recreativos, los sucesos de la vida cotidiana, se evocó a los tiempos pasados y las artes celebratorias. Todo tenía cabida en la crónica.

Por ello, los conocedores del tema consideran que "los cronistas literarios inventan en el siglo XIX la ciudad de México, tipo de ciudad en donde vemos la cultura urbana, el sistema de creencias que habilitan la red cotidiana, el conjunto de

³⁸ Liñán, Édgar, "Una crónica del Siglo XIX: Francisco Zarco", *Revista UNAM Aragón*, pág. 8

escenarios, el habla popular –prácticamente inexistente–, los personajes tomados de la solemnidad y el relaxo, los vínculos entre autoridad y gobernados”.³⁹

Los relatos mostraron, según los deseos personales del autor, una especie de catálogo de sitios que valía la pena mencionar. En estos textos se decide qué es lo importante y lo verdaderamente tradicional de la capital, para separarlo de la fastidiosa miseria y de los eventos intrascendentes para la clase dominante; así, el cronista dota al centro del país de historias, ambientes, comportamientos y psicologías animosas para la aristocracia.

Además, los escritores daban a sus lectores pequeñas lecciones, relataban diversos asuntos, producto de la observación social y presentaban una visión de las buenas y malas costumbres, las cuales llevaban a esa sociedad a generar impresiones y puntos de vista ajenos, pero que al tiempo se convirtieron en adecuadas y ventajosas para el estrato social poderoso.

Conforme al pensamiento de los escritores del XIX, la crónica “representa a las minorías de vanguardia; protege, compadeciéndolas, a las mayorías...así [éstas] desvanezcan y oscurezcan los paisajes urbanos...el pueblo no tiene nombre, tiene reacciones levantiscas y ánimos devotos que, si acaso, se aquietan o se sublevan en los arquetipos”.⁴⁰

Los autores del XIX recurrían a todos los recursos narrativos conocidos e inventaron otros, a fin de satisfacer sus deseos e inquietudes estilísticas; por ello hacían uso de una variedad de formas: sus manuscritos podrían ser descriptivos (característica

³⁹ Monsiváis, Carlos, Conferencia “La ciudad a través de la crónica”, 5 de julio de 1998.

⁴⁰ Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*, pág. 25.

esencial de aquellos años), líricos, solemnes, humorísticos, sarcásticos, dramáticos, triviales o trascendentes, aunque pocas veces combinaron distintas expresiones narrativas en un solo texto, parte por el respeto a los cánones y la mayoría de las ocasiones por temor a que su selecto público desaprobara tal escritura.

El género urbano del siglo XIX acudió a la repetición de conductas y a la promoción de estilos de vida para afianzar el amor a la nación, ya sea porque buscaba el fulgor de una parte de la sociedad (la que detenta el poder) o un sello de identidad, mediante la evocación de tradiciones, recién consolidadas.

Ese deseo de pertenencia y formación de un espíritu patriótico, condujo a relatar aspectos cotidianos con un detallismo exhaustivo para lograr que los paseos, festividades, crímenes célebres, personajes famosos e invenciones de la moda tuvieran un arraigo tal que pudieran ser parte de la historia de la ciudad de México y trascender en el tiempo.

Por ello, se puede afirmar que para reforzar la nacionalidad, la crónica del XIX fue del turismo interno (con sus paseos y viajes por la urbe y la exhibición de los hábitos de seres de barriada y clase humilde, casi desconocidos por la aristocracia) hasta una especie de filosofía nacional que exaltaba los orgullos locales y regionales, asimismo buscaba recrear las prácticas y modas mexicanas.

Este género mostró, conjuntamente, visiones nacionalistas y cosmopolitas, las cuales no eran excluyentes una de otra, pues la idea de patriotismo se convirtió en un reconocimiento al sitio donde se vive, sin vergüenza hacia lo mexicano; pero siempre con el propósito de igualar los modismos, las artes, las formas de vida y todo aquello que se practicaba al otro lado del Atlántico, aunque adaptándolo al ambiente de nuestro país. Ambos aspectos, resaltados en las narraciones de la época, desdibujaron, como

se apuntó, los intereses del pueblo, sólo se trataron superficialmente los males comunes al progreso como la indigencia y el hurto.

Pese a ello, los cronistas introdujeron en sus escritos tradiciones populares y penurias de la pobreza, con el objetivo de exhibir, ante los ojos extranjeros, el orgullo hacia las raíces, así como los deseos de la aristocracia porque los miserables de la calle fueran restituidos a la vida en sociedad y recibieran apoyo del gobierno.

Tanto la grandilocuencia de los modismos característicos de fines del siglo XIX, como la mirada paternalista hacia el menesteroso lograron cumplir la misión encomendada a la crónica urbana por el Porfiriato: ser un reflejo de la concordia y la paz social que, aunque parcialmente, existía en la nación y luchar contra lo efímero para exhibir a las generaciones futuras la tranquilidad en vida de la ciudad de México a fines del siglo XIX y principios del XX.

1.8 Los maestros de antaño

Nombres como Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano o Francisco Zarco son reconocidos como los fundadores de la crónica de la ciudad de México en el siglo XIX. Por ello, a manera de antecedente de un género periodístico como la crónica urbana actual es importante saber cuáles fueron sus aportaciones, invenciones y recursos que sentaron las bases para los nuevos observadores de la realidad metropolitana.

Como se ha indicado el cronista del XIX, más que informar, conformó la historia, trató diversos asuntos cotidianos y mostró al escaso público letrado una particular visión de la ciudad, siempre con la voluntad de educar al lector.

Varios estilos e intenciones tenían los autores de esa época, pero todos contribuyeron a crear la crónica de la ciudad de México. En el caso de Guillermo Prieto (1818-1897) sus relatos de la capital mostraban una predilección por la hazaña grande o pequeña, pero plagada de costumbrismo, mismo que permitió descubrir la identidad nacional. De esas preferencias sobresalió la admiración por Benito Juárez, visible en la mayoría de sus escritos, la cual transformó en un símbolo de la defensa de la Patria, como lo demuestra este fragmento escrito en 1869 en el *Diario del Hogar*.

Ya comenzaban a arder con basuras, astillas y palos viejos, unas cuantas luminarias que soplaban algunos soldados en el suelo, enrojeciendo las llamas ojos y carrillos: Yo corrí a ver a Juárez, quien se impresionó profundamente diciéndome: –Coge todo el dinero que tenemos (ese todo, cabía en el bolsillo de su chaleco) y, dáselos para que celebren su grito los muchachos–. Porque Juárez que tenía algo de marmóreo en su fisonomía, que era como glacial en los más grandes conflictos, sentía profundamente, se apasionaba en lo más recóndito de sus entrañas, mejor dicho era pasión sin estrépito, era como el sello de su conciencia y el que lo conocía a fondo podía distinguir algo de rudo y agreste en ciertos momentos, iluminado por su suprema bondad.⁴¹

Así para Prieto todo asunto era épico en pos del nacionalismo, lo mismo un paseo citadino, una celebración familiar o la defensa de la Patria y sus símbolos, tal fue el caso de la narración de un episodio de la intervención norteamericana, donde el autor de *Viajes de orden suprema* relató con fervor e inusitado entusiasmo la protección del pueblo por la Nación.

En ese texto, detalló como un puñado de hombres y mujeres –contagiados por el fervor al estandarte de la Virgen de Guadalupe– lucharon con palos, piedras y rudimentarios rifles, en las calles cercanas al Zócalo, en contra los estadounidenses e incluso prefirieron morir antes de ver sojuzgado al país en manos extranjeras: "El

⁴¹ Prieto, Guillermo, "El grito", *Memorias de mis tiempos*, pág. 234

pueblo había estado como fiera y como llama, como mar y como aire fuerte que vuela bramando".⁴²

Al tomar como eje conductor las costumbres, Prieto reiteró que para sentir amor por el país y dejar de idolatrar los modelos y prototipos de Francia, era indispensable conocer el lenguaje, la vestimenta, los hábitos, las aficiones, la gastronomía y los bailes que poblaban la vida del capitalino, ya que esos detalles daban consistencia a la idiosincrasia de los hombres y las mujeres que habitaban la ciudad de México.

En tanto, a diferencia de otros cronistas de la época, Francisco Zarco no dedicaba sus escritos a retratar entornos, personajes y costumbres que identificaran a los mexicanos dentro y fuera del país; más bien, utilizó el juicio y la crítica hacia las acciones de los gobernantes y todo el sistema que representan, con el fin de encontrar los vicios, manías y excentricidades de los poderosos.

Una visión realista que contrastaba con las ideas ensañadoras y suntuosas de Altamirano o Gutiérrez Nájera, pues el entonces director del periódico *El Siglo XIX* consideraba necesario que el pueblo conociera la negligencia e intolerancia de un régimen supuesto proveedor de armonía y paz. Con líneas como las posteriores, Zarco ejemplificó las contradicciones del sistema y el despilfarro de la clase dominante:

Entretanto llegan esos señores, el presidente puede recorrer su habitación, puede mirar sus cuadros (las campañas de Napoleón) y admirarse a sí mismo. La habitación toda está amueblada de cuenta de la nación, cosa justa una vez que el presidente es su hijo más querido, y a veces la nación cuida tanto y con tanto amor del presidente, que en la tesorería se pagan las cuentas de la tina en que se baña, del carbón que sirve para calentar el agua, y le paga hasta paja y cebada, para sus caballos, se entiende. Los dos primeros salones son puramente de tránsito, en el tercero ya hay una mesa con papeles y tintero: allí suele reunirse el ministerio...⁴³

⁴² Prieto, Guillermo, "La invasión yankee", *op.cit.*, pág. 240

⁴³ Zarco, Francisco, "El presidente, la presidencia", *Escritos literarios*, pág. 137.

En este fragmento –perteneciente a uno de los textos más críticos y agudos– el cronista develó algunas de las costumbres de la figura presidencial con una expresión irónica, colmada de adjetivos y descripciones excesivas, mismas que permitieron, conocer las conductas y hábitos mediocres de los personajes cuestionados.

Por medio de ese relato sobre Palacio Nacional, publicado en el diario *La Ilustración Mexicana* (1855), Zarco describió minuciosamente los pasillos, los salones, las escaleras y las oficinas de la residencia oficial con el propósito de adentrar al lector en la vida íntima del mandatario de la nación; de este modo pudo reforzar sus acres comentarios y justificar la irreverencia con la que calificó al “hombre de palacio”, como aparece a continuación:

Suponed que es la hora que gustéis; el presidente por supuesto ha dormido, ha almorzado con tranquilidad, se ha vestido y se ha resignado a sufrir un nuevo día de su gobierno. A palacio nadie va temprano, excepto uno que otro ministro que quiere adquirir reputación de actividad. El presidente puede, pues, por la mañana tomar el aire del jardín, puede pasearse por sus habitaciones, puede recostarse sobre un sofá y hojear los periódicos buscando impaciente los elogios que se ha mandado hacer desde la víspera, o irritarse o mirar con desdén los gritos de la oposición. Pocos presidentes aman la lectura; los más de ellos, sólo tienen tiempo para dar un vistazo a los avisos: ¿para qué es más?

Un hombre que gobierna a una nación entera ha de emplear su tiempo leyendo, ¡qué desatino!

Por las mañanas es cuando los presidentes suelen concebir sus grandes medidas, como quitar los asientos del patio, o plantar un árbol en un rincón, o que haya tres centinelas en vez de dos, o que la guardia nacional añada a su vestuario una o dos tiras coloradas, y que las mochilas de la tropa se llenen de paja en una procesión, o que se les haga guantes con brin o con calcetines...⁴⁴

De tal forma, Francisco Zarco se distanció de sus compañeros de generación, pues de manera antiolemne –sin rebuscamientos ni sofisticación en el lenguaje–, reveló ante el pueblo la dilapidación, los abusos y las mentiras que en nombre de la

⁴⁴ *Ibidem*, pág. 138

nación practicaban los gobernantes, en este caso el Presidente de la República. Es decir, mediante la consignación de los rituales del primer mandatario el escritor mostró los lujos y los caprichos de la clase en el poder y la contrastó con los pésimos niveles de vida de gran parte de la población (no hace falta explicar que tales críticas le valieron la animadversión del gobierno).

Por su parte, Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) proporcionó narraciones costumbristas plagadas de moralejas y lecciones para alertar a la sociedad de todos los vicios y malas costumbres de la clase humilde; ser pobre no era un pecado, pero sí mendigar, vivir en la insalubridad y afeard el panorama de la capital. De esa percepción dan cuenta algunos textos como el inspirado en el barrio de la Candelaria:

Desde que se atraviesa el puente de la Soledad de Santa Cruz y se pierde uno en aquel laberinto de callejuelas sucias e infectas, todo anuncia que se ha entrado en la región de la fiebre y del hambre. Las grandes casas de vecindad son antiguas y destartaladas: en sus numerosas, oscuras y estrechas viviendas, yacen hacinadas generaciones enteras de miserables, las calles no sólo son desaseadas sino inmundas, la atmósfera es asfixiante, los grandes hoyancos que hay en aquellos empedrados del tiempo de los virreyes están llenos una agua cenagosa y negra que exhala miasmas mortíferos, y en suma por allí circulan centenares de hombres, mujeres y niños envueltos en harapos, y en cuyos semblantes enflaquecidos se revelan, con sus lastimosos caracteres, la necesidad y, la agonía.
...el horror se aumenta, porque el aspecto de casas, calles y gentes llega al último extremo a que pueden alcanzar la miseria y la enfermedad.⁴⁵

La visión de Altamirano fue de espanto, compasión y cierto desdén hacia los "desheredados". Incluso en varios de sus textos mostró un desprecio por las tradiciones del pasado prehispánico, mientras que enalteció la fulgurante civilización española, incorporada a la condición mexicana por medio del mestizaje.

⁴⁵ Altamirano, Ignacio Manuel, "Una visita a la Candelaria de los Patos", *apud*, Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta*, pág. 105.

Como en la obra de otros cronistas, en la de esta figura cultural de la época se hicieron presentes las descripciones detalladas, esta vez de las vecindades, plazuelas y basureros de los barrios paupérrimos. Con los pormenores de estas escenas, Altamirano pudo con toda libertad compadecer la miseria "De lástima, en efecto, son dignos los infelices que viven en aquellos lugares cenagosos, aspirando las miasmas mortales que inficionan allí el aire, y mezclándose entre los reptiles, que por asquerosos que sean les sirven casi siempre de alimento".⁴⁶

Desde su posición de observador refinado todas las acciones de esta gente fueron tratadas con repulsión, aunque con gran elegancia estilística; además, para corroborar ante los lectores la autenticidad de los asuntos planteados y que estos no fueran considerados un producto de su imaginación, el cronista, en reiteradas ocasiones, mencionaba a algún acompañante que podría dar fe de la veracidad de las situaciones.

También, en estas narraciones se comentaba el conformismo y apatía de estos seres, quienes tenían actitudes de total resignación ante las miserables condiciones de supervivencia, en lugar de protestar, exigir la ayuda de las autoridades o maldecir a los hombres acaudalados. Luego de estas minucias, el escritor Altamirano utilizaba su prestigio para pedir el apoyo del gobierno, de las asociaciones filantrópicas y de aquellas personas que tuvieran los recursos y el interés por salvar de la calle a niños, ancianos, mujeres y hombres.

Asimismo, llamaba a modificar el entorno de los barrios pobres y volverlo más saludable, pues la carencia de vegetación y limpieza resultaban insoportables para los

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 104.

opulentos de la zona céntrica (como él) acostumbrados a los aromas de finas fragancias y delicadas flores.

En tanto, Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), el último de los cronistas del XIX, contagiado por el esplendor del Porfiriato, y a pesar de que admiraba el estilo de Altamirano, dedicó sus esfuerzos a patrocinar los encantos cosmopolitas de la capital y a divulgar la sofisticación de la cultura francesa entre la sociedad mexicana.

De esa manera tanto sus intereses temáticos como su escritura distaron considerablemente de los impuestos por su antecesor y maestro, como queda constancia en este párrafo:

Quando la tarde se oscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles, como el anciano Víctor Hugo las recorre sentado en la imperial de algún ómnibus. El movimiento disipa un cuanto tanto la tristeza, y para el observador nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en un tranvía. A cada paso, el tranvía se detiene, y, abriéndose camino entre los pasajeros que se amontonan y se apiñan, pasa un paraguas chorreando a Dios dar...⁴⁷

De acuerdo con este escritor conocido como "El Duque Job", si el estilo parisino había influenciado a las grandes construcciones arquitectónicas de la capital al igual que las calles y las residencias de los acaudalados, entonces el comportamiento de los habitantes de la ciudad de México debería ir en consonancia con la exquisita fachada urbana imperante.

Las narraciones de Gutiérrez Nájera hicieron gala de la predilección por las buenas maneras, las bellas artes y las experiencias enaltecidas del espíritu, amén de

⁴⁷ Gutiérrez Nájera, Manuel, "La novela de un tranvía", *apud*, Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta*, pág. 109.

que con variadas metáforas y rimas convirtió los hechos cotidianos en actos únicos, cargados de sofisticación.

Escribió con un lenguaje que iluminó lo mismo un paseo por un jardín que la presentación de una importante ópera y proporcionó las sensaciones indispensables para que el lector se imaginara deambulando por las vías de la "Ciudad luz", París. Y aunque su estilo parezca anacrónico y acartonado, tuvo como virtudes conceder su espontánea atención a los estímulos de la vida y observar los detalles de la capital y absorberlos para transformarlos en descripciones vividas de la ciudad.

Con Gutiérrez Nájera feneció toda una generación de cronistas preocupados por encontrar la identidad del capitalino, y por ende la del mexicano, que con sus escritos sobre la conciencia cívica, la marginación, los sinsabores del poder y las buenas costumbres dieron cátedra del devenir de la ciudad.

Además, legaron a los periodistas actuales el lenguaje y los elementos literarios como parte indisoluble de los relatos que al fusionarse con la consignación de los sucesos y su valoración frente a una realidad social confluyeron en la crónica urbana como hoy es conocida.

1.9 Cronistas de principios de siglo

Para terminar con la revisión histórica de los autores que comenzaron a escribir la crónica de la capital, en la época moderna, es necesario remitirse a tres baluartes de este subgénero que nacieron a fines del siglo XIX, pero cuya obra caracterizó el declive del Porfiriato y, en algunos casos, se mantuvo vigente hasta la mitad del presente siglo.

Luis González Obregón y Ángel de Campo "Micrós" son dos de los cronistas que a la luz del siglo XX empezaron a modificar los asuntos y las formas de creación de los relatos urbanos, ambos continuaron la tradición narrativa practicada por los escritores del XIX, mas hicieron propuestas novedosas y, por momentos, comprometidas con la reestructuración de la vida social del país.

En este recuento se incluye también a Artemio del Valle Arizpe, quien se convirtió en el relevo generacional de estos cronistas y cuyos trabajos resultaron trascendentes y mostraron un estilo renovador, que influyó en algunas figuras culturales y periodísticas posteriores como Salvador Novo, José Alvarado, Fernando Benítez y Ricardo Cortés Tamayo.

En primer término, Luis González Obregón (1865-1938), discípulo de Altamirano, fue precursor de la moda colonialista y recreó la época virreinal con exactitud y apego histórico, mostró usos y costumbres de antaño, trajo el pasado y le otorgó vigencia. En comparación con los cronistas de su época dedicó mayor tiempo a la investigación para poder narrar los sucedidos y hechos anecdóticos del México novohispano.

González Obregón convirtió los datos, las fechas y los nombres comunes en todo un acontecimiento, pues develó a los lectores, en sus relatos, situaciones, sucesos

y detalles prácticamente desconocidos, de los cuales la historia monumental se había olvidado, ello porque "había comprendido...que la *Historia*... se encuentra más viva, familiar y palpitante, en los hechos pequeños".⁴⁸

Por sus escritos desfilaron las distintas denominaciones de los callejones, avenidas y plazuelas de la ciudad, a manera de fábulas o cuentos mezcló las leyendas populares con el diario acontecer en los barrios céntricos. También, explicó la forma en que evolucionaron los transportes, las viviendas, el vestido y el calzado, así como el comercio, los oficios, la educación, las vialidades y los estilos de gobernar y en algunas ocasiones escribió narraciones sobre las efemérides y festejos típicos de la capital, cuyo origen se remontaba al Virreinato.

González Obregón volvió asequibles sus relatos al alejarlos de la frialdad con que los acontecimientos eran abordados por el historiador y logró adjudicarles recursos literarios que proporcionaban viveza, colorido y animosidad a los eventos más tediosos y aburridos, consignados en los anales de la nación:

Las campanas de la Iglesia y los conventos cercanos al lugar del incendio anunciaban con toques lúgubres el fuego. Los vecinos que andaban por la calle contigua corrían apresuradamente hacia el sitio donde el fuego levantaba, a fin de prestar auxilio de permanecer como simples curiosos espectadores. No pocos de esos vecinos huían espantados rumbo de sus casas; y muchos se contentaban con asomarse a las puertas, a ventanas y a los balcones, o subían a la azotea, para ver desde ellas el fuego y el humo que ascendía al cielo, haciendo flotar en el aire chispas y fragmentos de madero encendido.

El incendio ponía en movimiento a las autoridades y a los frailes. Las primeras acudían presurosas para sofocar el fuego. Entre ellas aparecía, a veces, la respetada figura del Virrey, los engolillados oidores, el Corregidor de la ciudad, que secundaba o dirigía las maniobras, ayudado de los regidores y de las personas de más nota o nobleza. La guardia de alabarderos, formada en cuadro, impedía que la gente curiosa se acercase al punto en que los obreros o los vecinos derribaban los techos y muros, o arrojaban agua con cubos o cántaros, a fin de aislar o apagar el fuego...⁴⁹

⁴⁸ Prol. González Peña, Carlos, *Las calles de México*, pág. X

⁴⁹ González Obregón, Luis, *Las calles de México*, pág.197.

Mientras, Ángel de Campo "Micrós" (1868-1908) se dedicó a relatar las costumbres de la gente pobre, sus desaventuras, sus historias trágicas y su lucha para sobrevivir en ese mundo hostil dominado por la oligarquía porfirista.

Con ánimo revelador el escritor plasmó las rutinas de una sociedad hipócrita, pues en tanto la clase dominante pasaba la vida en bailes y reuniones de ocasión, la gente humilde veía transcurrir sus días en un ambiente marginal.

En comparación con Altamirano, "Micrós" hizo a un lado las visiones lastimosas y proteccionistas con respecto a esos seres miserables, supo consignar los hechos de esta parte de la población de forma crítica, ya que para él los problemas no proveían de la indiferencia de esas personas ante su situación, sino de una sociedad conservadora, atrasada y frívola que sólo se preocupaba por llevar una vida disipada, sin mayores complicaciones que asistir a las galas y otros compromisos.

Así, Ángel de Campo enjuició con dureza las prácticas sociales, reflejo de un gobierno más interesado por imitar los modelos parisinos –sinónimo de progreso– que por resolver las precarias condiciones de existencia de la mayoría.

En ese sentido, creó un estilo alejado de la exageración, aunque no por ello carente de belleza, con dominio del lenguaje, descripciones elegantes e imágenes precisas. Utilizó como un recurso más la narración de dos situaciones complementarias una a la otra, para brindarle mayor movilidad al relato.

El autor de la publicación *Semanas Alegres* exploró como ninguno otro de los cronistas, el morbo, la exaltación y el interés por las escenas violentas y mortuorias, como una forma de entretenimiento gratuito para los habitantes pobres, tal es el caso de este fragmento acerca de una ejecución, que se presenta enseguida:

... Los que llevaban reloj decían que ya la hora se acercaba, y todos miraban con impaciencia. La menor polvareda hacía correr un estremecimiento en aquel mar humano; todos se empujaban, se empinaban para ver; un señor de edad se subía sobre los hombros a un niño rubio, en cuyas pupilas de un límpido azul se adivinaban mil preguntas; otros abrían quitasoles blancos; las mujeres, sombrillas de color, mientras que los jinetes se paraban en los estribos dominando aquel mar de cabezas; un pilluelo atrevido había logrado que lo dejaran pararse en el techo de un coche, y sus amigos, para no fastidiarse, apostaban a quién tiraba más lejos una piedra.

El calor crecía, el sol picaba, las mujeres hacían de sus rebozos una capucha protectora... Ya se había formado el cuadro, un inmenso cuadro. Rielaba la luz en el metal de las armas y de los uniformes, interrumpían la corrección de las filas alineadas los tambores e instrumentos de los músicos por tierra. Los oficiales un paso al frente, los jinetes que recorrían la línea, y sobre las cabezas los guías rojos y las banderas... Y allá en el fondo se erguía un montículo, el lugar donde paraban a los reos; no sé que planta carbonizada lo coronaba...⁵⁰

Por medio de este tipo de percepciones, "Micrós" logró dar consistencia a sus comentarios mordaces al demostrar que la gente era convocada a este tipo de espectáculos más que para enterarla de los acontecimientos y para que tuviera entretenimiento gratuito (sobra decir que a este sector de la población le resultaba imposible acceder a las diversiones de la época), para que las autoridades pudieran transmitir una lección sobre el castigo que debían recibir los opositores al régimen.

Fue de los pocos intelectuales de la época que se interesó en cuestionar el salvajismo y la tiranía de un gobierno dictatorial como el de Porfirio Díaz y por medio de la recreación de escenas agresivas con un lenguaje plagado de retórica pudo exacerbar su crítica a la aristocracia, al describir episodios como las muertes en el paredón de los enemigos políticos, situación que contrastaba por completo con los supuestos valores y las "buenas maneras" que la clase poderosa decía defender y practicar.

⁵⁰ Campo, Ángel de, "El fusilado", *apud*, Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta*, pág. 125.

Por su parte, Artemio de Valle Arizpe (1888-1961), quien como ha mencionado no perteneció a la generación de los maestros del XIX, fue continuador de las narraciones con temática colonial, sin embargo, siguió ese camino por desenfadarse de los hechos de una época difícil y poco atractiva: la Revolución mexicana.

Valle Arizpe le dio la espalda al presente y se instaló en los siglos del Virreinato, prefirió sustituir, en la escritura, la realidad de una capital convulsionada por la lucha armada con el retrato de los usos y las costumbres del Novohispano.

Es sus textos, privó la reconstrucción de escenarios, las historias de la realeza, la presencia de creencias populares y algunos episodios forjados a la luz de las leyendas tan en boga en el siglo XVII (La llorona, La mulata de Córdoba, entre otras), amén que esos relatos consiguieron una vigencia debido a la actualización de los personajes, a las referencias directas y al uso de un lenguaje carente de sofisticaciones y juegos literarios que trataran infructuosamente de asemejarse a la de esa época.

Las crónicas De Valle Arizpe carecieron de todo rigor histórico y en vez de resaltar las fechas, las situaciones coyunturales y los datos, se dedicó a abordar las tradiciones y anecdotarios de los protagonistas de esos escritos.

También, el autor de *La Güera Rodríguez* rememoró el México de principios del siglo XX al realizar una serie de relatos donde aparecían los sitios, atmósferas, personalidades y situaciones que rodearon su adolescencia y su juventud, las cuales le permitieron dibujar las costumbres e intereses de la clase media de aquellos años.

La nostalgia por el ayer no impidió que este autor reviviera con gracia notable, a través de la experiencia personal los últimos momentos del Porfiriato. Cada una de las descripciones de personajes y lugares enviaban en un viaje, al lector, de la década de los cincuenta a la ciudad de México de principios de siglo.

Con una visión detallada presentó las calles, vecindarios y colonias alejadas del brillo de la opulenta zona céntrica, de los majestuosos jardines, de las familias de alcurnia y de los famosos restaurantes, como lo prueba un extracto de la publicación *Calle vieja y calle nueva* que aparece a continuación:

...Todo el camino hasta llegar al Callejón del Espíritu Santo, hablábamos ya de derecho civil, ya de derecho constitucional, o de romano, o de otras materias áridas de las que pronto nos íbamos a examinar ante rígidos jurados. Pedíamos las insuperables tortas, siempre de lomo, que eran las más baratas, costaban 10 centavos, y muy pronto, llenos de placer, las encomendábamos a nuestros dientes, saboreándolas con inmenso gusto. Comíamos y callábamos como unos santos. Con el sabor detenido aún en la boca, tornábamos a hacer la larga caminata, rumbo a nuestro albergue de Santa Catarina...

No sólo se asocia la tortería del Espíritu Santo con el amargo tiempo de exámenes, en el cual un padecer inenarrable, una tremenda zozobra nos envolvía, y nos punzaba un constante malestar, sino que el callejón ése está con delicia en el tiempo plácido y festivo en el cual sólo vivíamos para golosinear y embromar...⁵¹

El simple relato de una "tortería", apostada a un lado de un zaguán y los gustos culinarios de la clientela corroboró el deseo de Artemio de Valle Arizpe por venerar momentos menos complicados en la capital que el fervor por las batallas revolucionarias.

De esta forma, la crónica urbana de fines del XIX y principios del XX tuvo temáticas e intenciones tan variadas como cronistas existieron. No obstante, brindó como legado, a los continuadores de este ejercicio, el costumbrismo, las descripciones minuciosas, las formas del habla popular, las figuras literarias y, sobre todo, un itinerario de lugares, personajes y ambientes característicos de esta "noble y leal ciudad de México", como la bautizara González Obregón.

⁵¹ Valle Arizpe, Artemio de, "Las tortas de Armando", *apud*, Carlos Monsiváis, *op. cit.*, pág. 151.



TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

2. Lo común y cotidiano

(Historia reciente de la crónica urbana y sus peculiaridades)

*Mándame que te escriba algún indicio
de que he llegado a esta ciudad famosa,
centro de perfección, del mundo el quicio...*

Bernardo de Balbuena

2.1 De lo frívolo a lo real

La crónica de la ciudad de México de fines del siglo XIX, tenía una serie de peculiaridades forjadas a la luz de la pertenencia social de los hombres letrados de la época, tales como la exaltación de la vida social aristocrática como modelo a seguir, la defensa y construcción de la identidad nacional y una exhibición de las tradiciones practicadas por los mexicanos, pues según ellos construir una nación en armonía y paz necesitaba del descubrimiento de los rasgos afines al habitante de nuestro país y en especial de la capital (entendido éste como miembro de la clase dominante).

Cuando en México iniciaron los levantamientos armados, esa idea de progreso y estabilidad social pregonada por algunos de los cronistas del XIX se desvaneció.

Y la crónica capitalina, junto con otras manifestaciones culturales y sociales, puso atención en hechos más relevantes que las fiestas de sociedad, entonces "la vieja bohemia porfirista entró en extinción, al igual que los lechugines, lagartijos, currutacos, petimetres...o *dandies*, que hacia 1916 reciben ya un mote funeral "los niños góticos".¹

¹ González Rodríguez, Sergio, *Los bajos fondos*, pág. 38.

Como todos los acontecimientos eran generados por el pueblo y pese a que en la ciudad de México sólo un par de ocasiones entraron los ejércitos revolucionarios de Zapata y Villa, los interesados en el género volvieron la mirada hacia una realidad convulsionada y angustiosa, donde los desheredados participaban activamente:

Año de desgracia de mil novecientos trece...El jabón comenzaba a ser en la República artículo de primera necesidad y, por ende, la desprestigiada bohemia literaria a base de corbatón, tequila y negro en las uñas daba sus últimas boqueadas. No obstante, mientras el vendaval de la Revolución levantaba jubilosas tolvaneras en los desiertos del Norte, aquí en la capital, en las tabernas de barriada, pontificaba todavía una desmadrada caterva de poetas malditos que no por ser poetas habían escrito ningún poema ni por ser malditos asustaban a nadie, pero que ostentaban...la catadura monstruosa, la inextinguible dipsomanía y hasta la cojera providencial...Y el arquetipo de toda esa caterva era Miguel Othón Robledo...era atrocamente feo, atrocamente poeta y atrocamente desventurado.²

Si bien es cierto que este momento de efervescencia social resultaba complejo para unos cronistas dedicados a la satisfacción y a consignar en sus relatos la vida frívola de la clase dominante (muchos de ellos pertenecían a ella), no es de extrañarse que durante la etapa revolucionaria algunos seguirían retratando el pasado glorioso del país, mientras otros se refugiarían en la vida colonial o en las actividades sobrevivientes de la opulencia amedrentada.

Aunada a esta situación y para permanecer en la mente del lector, ante el naciente dominio en los periódicos de la información, el artículo de opinión y el reportaje que cumplían con una misión esclarecedora y precisa de los acontecimientos y sus consecuencias, la crónica se convirtió en un género totalmente periodístico; así, las grandes narraciones literarias eran sustituidas en los diarios por escritos pormenorizados de manera cronológica de los hechos acontecidos en la capital.

² Leduc, Renato, "Miguel Othón Robledo, un poeta olvidado", *Obras Completas (Historia de lo inmediato)*, pág. 512.

A raíz de esta variedad periodística, se establecieron, también, las diferencias entre los cronistas y los otros representantes de la prensa mexicana; los primeros eran quienes se ocupaban de narrar cómo ocurrían ciertos acontecimientos en distintos ámbitos, mientras los encargados de presentar noticias e indagaciones informativas eran conocidos como reporteros, y quienes manifestaban sus opiniones sobre los fenómenos sociales recibían el nombre de articulistas (sobra decir que esta clasificación persiste a la fecha).

Las prioridades informativas y los comentarios suplieron el discurso literario de los autores del XIX; el cuidado en las formas, el tratamiento refinado y los toques versísticos se desplazaron por un estilo concreto, directo y sin rebuscamientos, lo cual permitió que esas narraciones adquirieran un sentido dinámico y actual, propio del periodismo mexicano modernista.

Como la causa revolucionaria modificó las tendencias periodísticas en el país, en la capital esta circunstancia influyó para que los cronistas tomaran como tema a la clase popular y escribieran sobre asuntos antes vedados (pues resultaban ofensivos a la moral de la aristocracia) como los hábitos sociales de esa gente, que a saber eran: su afición al alcohol y al juego, su picardía en el habla y su gusto por los entretenimientos callejeros.

Así también destacaron, en sus escritos, la proliferación de ciertos oficios como los de bolero, globero, vendedor de dulces, organillero y cohetero, entre otros; todas, figuras asociadas directamente a los jardines y plazas públicas que vieron en los paseos y días de asueto de la clase media una oportunidad para conseguir un sitio seguro de venta (parecía imposible pensar en la presencia de estas personas dentro del estilo de vida afrancesado del porfiriato)

Todas estas nuevas experiencias sobre la capital, sumadas a los hechos comunes de ella como los crímenes, las jornadas laborales, la vida cotidiana de sus habitantes, los desastres naturales, la devoción religiosa y el amor a la patria, forjaron a una nueva generación de cronistas preparados para observar lo sobresaliente de estos pasajes y traducirlo en relatos con un carácter informativo, pero que no descuidaban el estilo narrativo.

En cambio se distanciaron de la pomposidad y el desdén que sus antecesores sentían hacia lo popular, para ver en la mayoría de la población –aquella olvidada por las buenas maneras de la alta sociedad– a una protagonista de los relatos.

Una vez concluida la Revolución y bajo los estandartes de la libertad y un nuevo orden social, los cronistas tuvieron una nueva preocupación, sustentada sobre el creciente ideal de la estabilidad: lo moderno.

De este modo, olvidaron viejos conceptos y dejaron a un lado lenguajes arcaicos, usos excesivos de las figuras poéticas, construcciones anacrónicas, lecciones moralizadoras y pretensiones caducas de convertirse en guías turísticos y éticos para los habitantes de esta ciudad.

Como en los años veinte, las aglomeraciones sólo ocurrían en los días festivos, había lugar para todo y para todos, de igual manera coexistían las colonias aristocráticas encabezadas por las Lomas de Chapultepec que los rumbos proletarios, en los cuales se pretendía “sacarle ventaja a la promiscuidad, toda la mitología de la vecindad, no es sino un deseo...de convertir el hacinamiento en el punto de partida de una cultura de la solidaridad”.³

³ Monsiváis, Carlos, “Instantáneas de la ciudad de México”, *Humanidades*, 23 de febrero de 2000, UNAM, pág. 21

Por eso, las narraciones periodísticas de la década de los veinte recurrieron, una vez más, a mostrar los asuntos transcurridos en el mundo marginal capitalino, pero en esta ocasión fueron escritos sin prejuicios ni convenciones morales. Los seres que aparecían en estos relatos se presentaban como integrantes de la sociedad, sus conductas y preferencias no fueron calificadas como anormales, sino como ordinarias y representativas de su idiosincrasia.

A partir de ese momento, la crónica de la capital —alejada de los juicios sobre la condición social de los personajes humildes—, resaltó los sucesos comunes, modestos y hasta rutinarios que reflejaban la realidad de una ciudad. Los temas de antaño considerados respetables, célebres y dignos de alabanza carecieron, en esa etapa histórica, del mínimo interés periodístico para plantearse en las crónicas.

En otro sentido, se exploraron de manera seria sin sensacionalismos ni descalificaciones, pero con una sutil escritura, la prostitución y la homosexualidad; ambas condiciones trataron de ser ocultadas, durante mucho tiempo, pero los cronistas como Renato Leduc y Salvador Novo dedicaron numerosos escritos a estas personas.

El primero retrató las actividades y la personalidad de obreros, ebrios, trabajadoras sexuales y otros integrantes del lumpé durante sus visitas a pulquerías, cantinas de barrio y burdeles, mientras que Novo con su visión burguesa destacó tanto los hábitos como las características de las personas con preferencias sexuales diferentes a las aceptadas socialmente.

Dichas narraciones causaron escándalo, pese a la sobriedad y pulcritud de las palabras utilizadas, pues aunque en el país había ocurrido una revolución, ésta fue sólo política y no social, de manera que los convencionalismos y la moralidad recalcitrante dominaban los criterios de la época.

Por otra parte, en las páginas de los diarios también aparecieron textos donde los protagonistas eran producto de la Revolución; una nueva galería de oficios y profesiones dio cuenta de un país renovado y en apariencia con reglas y formas de gobierno diferentes. Llegaron a la escena periodística los líderes sindicales, los generales retirados, los jefes policiacos, los diputados, entre otros personajes de la política nacional.

Luego de las enseñanzas de Francisco Zarco para diseccionar a la clase en el poder, los cronistas modernos escribían desenfadadamente sobre las peculiares costumbres de los individuos ligados a esa esfera con la característica de que los escritos estaban plagados de humor e ironía.

Así, las amenazas contra estos periodistas eran prácticamente inexistentes, pues las opiniones y críticas sutiles vertidas en estos relatos resultaban imperceptibles para una pléyade de ignorantes servidores, que no sabían interpretar entre líneas los comentarios de estos autores.

Los nuevos tratamientos de la crónica de la ciudad, vinculados con la realidad cotidiana y carentes de excentricidades, asumieron una tarea primordial: combatir la industrialización y las modas de Estados Unidos, ya que "en la sociedad de masas que se inicia deja de importar la celebración de las costumbres...y el tema central es lo borrado o anulado por el tiempo, por el estallido demográfico..."⁴

Para cumplir con ese cometido, los cronistas escribieron acerca de los usos añejos de la vida en la capital antes de la sobrepoblación, la irrupción automovilística, el aumento de construcciones habitacionales, la disminución de las áreas verdes y el ruido

⁴ Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*, pág. 58

constante en las calles. En opinión de esos autores, "...cronicar es insistir en la nobleza de nuestro pasado, recurso nacionalista que se opone a la norteamericanización del país, o disposición tradicionalista que repudia el caos y la subversión".⁵

La defensa de lo mexicano trajo la incursión de personajes que resultaron típicos de la condición citadina: los habitantes de barriada con sus oficios, gustos y fisonomías que identificaron al México en desarrollo, pero respetuoso de sus raíces históricas y culturales.

2.2 Las virtudes del barrio

Durante tres décadas (1930-1950) la crónica urbana se convirtió en la recuperación de la esencia del capitalino, al incluir nuevas y viejas costumbres, a través de invenciones verbales de la clase popular, en una serie de escritos lo mismo humorísticos que melodramáticos. Los comportamientos de los habitantes del barrio nutrieron a la crónica en estos años; toda una colección de personalidades arquetípicas constituyó el centro de estas narraciones.

Mientras asuntos como el aumento en los precios, la falta de empleo, el hacinamiento en las vecindades, los vicios y el machismo, la carencia de servicios, las premuras económicas y los conflictos familiares eran tratados con ingenio y viveza, tal y como esa clase enfrentaba su destino.

En otros relatos periodísticos, con un tratamiento melodramático, cada uno de estos individuos redimió a la pobreza; no se vio en ellos la representación de todos los

⁵ *Idem.*

males de la sociedad, sino el alma de una clase sometida que con base en la honestidad, el apoyo mutuo, el ingenio para sobrevivir y el amor a su vecindad o colonia buscaba salir de su apretada situación.

En estas narraciones, las voces y reclamos populares tuvieron una tribuna. Las personas humildes contaban su propia historia: las acciones de los seres sin un futuro alentador (el teporocho, el peladito, el ladronzuelo, la prostituta o el gigoló) eran justificadas, pues alguna vez trataran de vivir decentemente, pero les fueron negadas las oportunidades, algún representante de la burguesía se aprovechó de su condición o simplemente no tuvieron otra salida para mitigar el hambre.

Caso peculiar eran las figuras criminales, cuyas acciones y presencia constituían un rasgo distintivo de los vecindarios humildes. El hampa como ningún otro tema estaba relacionado con la nota roja y los relatos periodísticos policíacos, en estos últimos "el criminal asciende a héroe romántico, y a la farna tradicional de algunos barrios capitalinos desde los que se moverían supuestos hilos invisibles: Santa Julia, Candelaria de los Patos, Peralvillo, Tepito...el Barrio Chino de Dolores, la colonia Buenos Aires, la Guerrero [o la] Romita".⁶

En aquellos años, no menos importantes fueron las historias salidas de los gimnasios de vecindario, con jóvenes que veían en el boxeo una oportunidad para acabar con su miseria. Se recrearon las jornadas de entrenamiento, las actividades alrededor de estos locales, la superación de las promesas de este deporte y los fracasos que llevaban a esos hombres a terminar hundidos en los vicios en los callejones de la colonia.

⁶ González Rodríguez, Sergio, *op. cit.*, pág.15

**ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA**

Otro tema para la crónica urbana lo constituyeron las azoteas de las vecindades. Símbolo de la pobreza en su grado más ínfimo al refugiarse ahí empleadas domésticas, desempleados, parejas de recién casados y familias enteras originarias de provincia (la migración hacia el D.F. comenzó en esta época) que habitaban cuartos diminutos de madera podrida, compartían las regaderas y los sanitarios de los patios de vecindad, tenían trabajos mal pagados y en los momentos más difíciles mendigaban en las iglesias o las calles céntricas.

Con todos los factores en su contra, estos personajes daban una lección de dignidad al preferir los sufrimientos de su modo de vida antes que desamparar a sus seres queridos; no importaba su ocupación, en el fondo, ya sin sus caretas, eran bondadosos y sacrificados, cualidades que como lo develaron las narraciones periodísticas únicamente se registraban en las zonas paupérrimas.

El llanto y el sufrimiento fueron las características consignadas por la crónica de la ciudad que la transformaron en un género personalista al abocarse a las tramas de la realidad, pero no desde lejos como mera observadora, sino como un escrito intimista plagado de juicios y visiones que brindó al lector una imagen de una parte de la existencia en el Distrito Federal.

No todas las historias trataban las penurias de los humildes (materia explotada por el cine mexicano), sino que también recurrieron a narrar las aficiones y pasatiempos de esa gente, los cuales se conjuntaban en la vida nocturna de los barrios.

Y el símbolo del entretenimiento de noche, tanto de obreros, albañiles, mecánicos como de sirvientas y estudiantes, estuvo representado por los salones de baile o *dancings*.

De ahí surgieron una serie de relatos periodísticos que dieron cuenta de un escenario urbano y populoso, de los ritmos de moda (el danzón, el mambo, el cha-cha-cha y otros), de las vestimentas y comportamientos en estos lugares que obligaron a "...los jóvenes marginados...a vestir, calzar y acicalarse para cumplir con la etiqueta que les exigía su nuevo medio social".⁷

Gracias a estos sitios surgieron nuevos personajes característicos de la ciudad de México —aunque su existencia estuvo regida por la euforia dancística—, como "el pachuco", "la rumbera" o "el señor de los toques" que alimentaron a la crónica urbana de nuevas formas de vida, conductas y esencias; referidas a un ambiente familiar, solidario y amistoso, donde las riñas callejeras eran menores y los delinquentes se desplazaban hacia las zonas residenciales, pues había un afecto por los habitantes del barrio y se cuidaban las pocas pertenencias de aquéllos.

Sin lugar a dudas la proliferación de los salones capitalinos, que para los años treinta sumaban más de veinte, llevó a los cronistas a incluir dentro del conglomerado de lugares de interés de la ciudad a locales como el *Salón México*, *Los Ángeles*, *El Colonia*, *El Pavillón*, *La Playa* y, posteriormente, el *California Dancing Club*, pues inauguraron nuevas rutinas de diversión y mostraron a los seres de barriada en su dimensión real, además de consolidar una fisonomía inédita del Distrito Federal: el baile como fenómeno colectivo.

De esta manera, las narraciones periodísticas estuvieron conformadas por "...el tiempo libre de los desposeídos [que] se llenó de gusto por la acrobacia, las ropas vistosas y agresivas mediante la lenta tarea prevaricadora de transformar las influencias

⁷ Trejo, Ángel, *¡Hey familia, danzón dedicado a...!* pág. 59.

extranjeras y el coloniaje —de la moda a la música— en algo propio al mezclarlo con lo vernáculo".⁸

Otro de los establecimientos nocturnos propios de la barriada, de los cuales se nutrieron el periodismo y el cine, fueron los cabaretes que a diferencia de los salones de baile habían constituido focos de prostitución, alcohol y violencia y que a lo largo de los cuarenta y los cincuenta exhibieron el lado amargo de los moradores de las colonias pobres en todo su esplendor.

En estos antros ocurrieron diversos hechos de sangre: crímenes pasionales, ajustes de cuentas o robos que le otorgaron una forma mortuoria y agresiva a sitios como Tepito, La Merced y la Obrera, pero que consiguieron conferirle un atractivo turístico a esas zonas, asimismo, los cronistas eternizaron el oficio de cabaretera y al igual que con otros seres del barrio le otorgaron una justificación social.

La modernización mantuvo en la miseria a las clases bajas de la ciudad, el mito posrevolucionario de progreso contrastó con los estilos de vida y los trabajos insignificantes y sórdidos de la gente de barrio; la crónica como espejo fiel de la realidad, dedicó amplios espacios para atestiguar toda una época:

En el recuerdo condicionado o la operación de la memoria...periodística, los cuarenta son un viaje felizmente dantesco a los círculos visibles o marginales de la capital...

Los cabarets de tercera con sus prostitutas aún no alejadas del Orozco look, sus orquestas vivísimas en la madrugada, sus dramas pasionales ajustados a los requerimientos de un apuñalada. Las vecindades sitios de hacinamiento y perdición programada...Los tugurios, templos de la deserción del impulso individualista donde, a la luz de veladoras, un músico (de preferencia ciego) toca la guitarra y una prostituta vieja asegura haber sido la última confidente del compositor Guty Cárdenas. Los gimnasios de barriada, con sus promesas de boxeo que terminarán estrangulados por el vicio en un callejón, mientras un organillo difunde notas melancólicas.⁹

⁸ González Rodríguez, Sergio, *op. cit.*, pág. 81.

⁹ Monsiváis, Carlos, *apud.*, Sergio Rodríguez González, *Los bajos fondos*, pág. 51.

Frente a esas circunstancias, en las narraciones sobre las diversiones nocturnas se incorporaron críticas sesgadas al poder y la crónica utilizó los hábitos de la gente de barrio; que las autoridades pretendieron convertir en un atractivo de una clase social, para evidenciar la falta de atención del gobierno hacia el pueblo.

En síntesis, la crónica capitalina de los cuarenta y cincuenta registró los contrastes de una sociedad heredera de la lucha revolucionaria y producto del *Milagro Mexicano*; así, evidenció que mientras las esferas de gobierno, junto con la clase alta, veían un impulso a su nivel de vida, las familias de los barrios pobres eran únicamente testigos y no beneficiarios del desarrollo social de un país.

2.3 El espectáculo y la opulencia hechas crónica

A la par que el gobierno mexicano buscó consolidar un modelo económico y social basado en el proteccionismo y la industrialización, le confirió una importancia excesiva al "...reinado decorativo de toreros y cantantes y estrellas de cine, [asimismo, presentó una] gula por los temas de *interés humano*...[y] la creencia en las páginas de sociales como aviso triunfalista de la grandeza y felicidad de una oligarquía..."¹⁰

Toda la ciudad expiraba un aire sofisticado y universal, ya que para equiparar al Distrito Federal con el resto de las capitales del mundo se construyeron edificios habitacionales, gubernamentales y de oficina con tendencias modernistas, entre otros monumentos arquitectónicos y parques que dieron una nueva fisonomía urbana. A su vez los empresarios mexicanos y extranjeros se interesaron por invertir en servicios de

¹⁰ Monsiváis, Carlos, *op. cit.*, pág. 66.

tipo comercial, en espectáculos y en entretenimientos. Instalaron cines, teatros, almacenes, tiendas de ropa, cafeterías, boliches, frontones, bares y toda una gama de locales comerciales donde se podía adquirir cualquier artículo; lo importante era dar alternativas a las personas de consumo, diversión y pasatiempo en sus ratos libres.

Entonces, el periodismo mexicano, constituido ya en empresa, a lo largo de tres décadas (1940-1970) prestó inusitada atención a los espectáculos mexicanos y la vida social. Los diarios citadinos se llenaron de crónicas donde las actividades y aficiones, primero, de las figuras del cine y, después, de la televisión eran el escaparate, hacia el extranjero, de la cultura nacional; símbolos del mestizaje, representantes de la belleza autóctona de sus mujeres, de la bravura y virilidad de sus hombres.

En los relatos se consignaron los enlaces matrimoniales de los artistas, la personalidad de las divas del cine mexicano, las actitudes de los galanes, el comportamiento picaresco de los cómicos, así como los sucesos de las disciplinas populares como el boxeo y la lucha, la vida de los ídolos del pueblo y las muertes trágicas de las estrellas filmicas.

Algunas de las crónicas sobre los personajes de la farándula consiguieron anteponer el lado humano de los actores a la banalidad del medio, hacer a un lado los mitos y creencias de la frivolidad, desaparecer las caretas de los actores y el glamour de la profesión para revelar ante el público el rostro verdadero y la intimidad, sin poses ni parlamentos ficticios, de esas estrellas de la pantalla.

Aunque en el caso de las divas del cine, los cronistas simplemente ratificaron las razones por las cuales todas las miradas de admiración se posaban en ellas. El párrafo posterior de Vicente Leñero es un ejemplo de esas narraciones:

Toda acción, María entra bajando de uno de los cuadros de Leonor Fini, o mejor: como saliendo el que Chávez Marión acaba de pintarle; sólo que hay en lugar del suéter y los pantalones blancos con que la vistió el artista para significar mejor ese desplante un poco roto, un mucho triunfo, María lleva pantalones azul oscuro, un suéter rojo de cuello de tortuga y botas encarnadas...

María levanta la ceja izquierda y avanza firme por el salón de estar que ha decorado para ella el marqués de Beyrac, de Clardecor. Su voz, la voz de sus películas y des sus presentaciones en público resuena durante el intercambio inicial de saludos. Sólo le falta un fute, látigo quizá, supongo, para convertirse en una doña Bárbara citadina.¹¹

Los exponentes de la industria cinematográfica fueron presentados, en esos escritos, reproduciendo patrones de conducta tradicionales, donde los vínculos de unidad, el respeto a las instituciones familiares y religiosas, y el amor al trabajo eran las acciones imperantes que guiaban su vida, además ayudaban a conservar la identidad nacional.

Los buenos ejemplos, permitían demostrar que aunque esas personalidades públicas eran reconocidas, en nuestro país y fuera de sus fronteras, por sus cualidades histriónicas, ante todo era buenos ciudadanos respetuosos de las costumbres y la cultura mexicana.

Y aunque parezca contradictorio, esas ideas tradicionales no se enfrentaban a los fulgores de la bonanza, pues podían coexistir las formas modernas de la vida con la idiosincrasia de un pueblo.

En otro tenor, como la "fiesta brava" reunía en el coso de Insurgentes a actores consagrados, políticos y empresarios, la crónica de espectáculos se nutrió de ese ambiente y dedicó amplio espacio a lo que ocurría en los palcos y gradas, a las historias de amor y a los pleitos que se desarrollaban fuera del tendido.

¹¹ Leñero, Vicente, "María Félix: Yo soy mi casa", *Talacha periodística*, pág. 18.

Se consignaron en los relatos los acontecimientos en los centros nocturnos de primera categoría con sus fachadas luminosas, una exquisita decoración interior, los pisos alfombrados, los meseros y cigarreras con pulcros uniformes, una serie de bebidas finas, distinguidas orquestas, amplias pistas de baile y números musicales a cargo de los cantantes de fama o las vedetes más reconocidas.

Estos sitios se convirtieron en la tarjeta de presentación de la ciudad de México para los turistas y las estrellas de la cinematografía mundial, quienes con frecuencia asistían a los festivales filmicos, organizados por el gobierno mexicano con la finalidad de corroborar ante el mundo la transformación del D.F. en una capital cosmopolita y moderna que se asimilaba cada día más los patrones de consumo y el modelo americano de vida.

Cabe destacar que muchas crónicas dedicadas al mundo de la frivolidad fueron realizadas con verdadera maestría, misma que permitió mezclar alguna opinión mordaz contra la situación económica y enriquecer, en cuanto a las formas narrativas, el periodismo de esos años, prueba de ello, es el relato que aparece a continuación:

Por estrechos pasillos entre mesa y mesa —la mayoría muy alejados del escenario en donde de un momento a otro aparecerá Raquel Welch, ¡qué expectación, hermano!— cruzan multiplicándose los meseros. Sirven la cena...Para empezar: jamoncito serrano con melón, coctel de naranja y uvas al cointreau. Luego: selección de mariscos con salsa Newburg, o suprema de pollo al parmesano...Desde luego, algunos querrían una costilla de la propia Raquel...pero tienen que conformarse con los licores afrodisiacos a precios de inevitable inflación...¹²

Sin embargo, no todas las historias se refirieron a la sofisticación del espectáculo, sino que salieron a la luz pública la sordidez y las perversiones de ese mundo, los relatos frívolos le hicieron la competencia a la crónica policiaca pero con la

¹² Leñero, Vicente, "La noche triste de Raquel Welch", *op. cit.*, págs. 44 y 45.

notoria distinción que aquí no importaba tanto el delito, más bien las relaciones con el ambiente artístico y las circunstancias en que se gestaron homicidios, fraudes, agresiones, asaltos y tráfico de drogas. Estos incidentes lejos de restarle credibilidad a la urbe moderna y mundial que se suponía era el Distrito Federal, reafirmaron su carácter de metrópoli en desarrollo; ya que en toda ciudad industrializada, junto con el progreso, los índices de natalidad, desempleo y criminalidad se incrementaban. Los relatos periodísticos dieron cuenta de célebres pasajes sangrientos que involucraban a estrellas del celuloide, como el ejemplo que aparece en la página posterior:

...en la madrugada del 28 de mayo de 1968 el actor de teatro y cine Ramón Gay, recibió un balazo de manos del ingeniero José Luis Paganini, esposo de la casquivana y también muy bella actriz Evangelina Elizondo, frente a su residencia, número 60 de la calle del Rhin, colonia Cuauhtémoc. Aquella noche habían ido a cenar y a divertirse, pensando que el marido estaba trabajando en el estado de Hidalgo. Al regresar a la casa de ella el ingeniero los esperaba en la puerta; los insultó, sacó un revólver, descargó un plomazo al actor y huyó. Al rato llegó una ambulancia que condujo al herido a la sala de emergencia...¹³

Al igual que las narraciones sobre espectáculos, las crónicas de sociales tuvieron un espacio privilegiado en los periódicos de la ciudad, ya que al presentar los eventos familiares, empresariales, culturales y de beneficencia de los miembros "más ilustres de la sociedad capitalina" difundieron el éxito del modelo gubernamental existente.

Para entonces, "la estabilidad...[era] la frivolidad. Ya en los sesenta, los sectores medios adheridos a los prósperos deleites (comerciales y espirituales) de la Modernidad aceptan, entre crisis periódicas de duda nacionalista, que lo cosmopolita es meta que bien vale la desidia frente a los derechos políticos".¹⁴

¹³ Jiménez, Armando, *Cabarets de antes y de ahora en la ciudad de México*, pág. 60.

¹⁴ Monsiváis, Carlos, *Amor perdido*, pág. 41.

Nadie podía poner en duda el repunte económico y social que la nación tenía cuando aparecían en los diarios la fulgurante vida de la clase alta, la expansión de las industrias que generaban fuentes de trabajo y la multiplicación de las subastas destinadas a apoyar a los más necesitados.

Durante esos años, la consolidación del desarrollo era el objetivo primordial y los capitalinos, guiados a incorporarse a la modernización (que excluía de nueva cuenta a los sectores pobres), habían visto como se reducían sus libertades en pos del "equilibrio social", situación agravada por la pasividad de la clase media que convencida de las bondades capitalistas había relegado, temporalmente, sus facultades ciudadanas.

Pese a esa intención, a mediados de los sesenta, las voces opositoras comenzaron a multiplicarse y a responder con la cárcel o la muerte por su abierto repudio al inequitativo orden social. Un nuevo escenario se estaba preparando que modificaría al país entero, al periodismo y a la crónica urbana: "la tragedia de la *Historia*"¹⁵ mexicana.

¹⁵ Domínguez Michel, Christopher, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, Tomo II, pág. 73.

6.4 El 68, un parteaguas

Evocar el Movimiento Estudiantil de 1968 es sin duda remitirse a un fenómeno de la memoria colectiva que transformó a la sociedad mexicana, restituyó los derechos civiles y revitalizó la cultura nacional.

El periodismo, como otras actividades y manifestaciones sociales, no quedó fuera de esos cambios y junto con los estudiantes –a través de *Excélsior* de Julio Scherer y el suplemento *La cultura en México* de la revista *Siempre!*– luchó contra de las injurias y el linchamiento colectivo que el gobierno diazordacista le endilgó a la causa del Consejo Nacional de Huelga (CNH) al tacharlo de comunista, disolvente, antipatriótico, inmoral y agresor de la familia y la religión.

El resto de las publicaciones sufrieron el control del Estado y se convirtieron en difusoras de la versión oficial y convirtieron las marchas y manifestaciones en actos delictivos, carentes de razón y en donde todos los excesos juveniles ocurrían.

Sin embargo, meses después de la matanza del 2 de octubre el gobierno no logró frenar las notas y reportajes de los corresponsales extranjeros, el descrédito internacional y el repudio de los sectores medio y proletario, así como de intelectuales y escritores que no fueron partícipes de la manipulación informativa.

Esa situación obligó al naciente régimen de Luis Echeverría a una leve apertura democrática y una libertad de prensa limitada. En esos momentos, los periódicos capitalinos (con una circulación nacional de miles de ejemplares) incorporaron en sus columnas y secciones diversos puntos de vista sobre los acontecimientos que no pudieron ocultarse mágicamente, se registró con una vivacidad y una crítica insuperable

las hazañas, los tropiezos y la represión que durante varios meses vivieron los alumnos pertenecientes al CNH.

Para el año de 1968, numerosos cronistas inconformes con las corrientes de moda impuestas al género periodístico buscaron temáticas novedosas y tratamientos originales que los convirtieron en precursores de un periodismo con alto valor narrativo.

El rescate del habla nacional, la exploración satisfactoria de nuevos componentes literarios, la inclusión de testimonios y la fusión del relato periodístico puro con otros géneros como la entrevista y el ensayo, se convertirán en elementos idóneos para elaborar el recuento de la tragedia estudiantil.

Y aún, cuando, en las décadas anteriores, diversos periodistas y escritores como Mario Gill y José Revueltas se dedicaron a construir algunas crónicas acerca de los escasos movimientos sociales y huelgas de la clase trabajadora, fue después de aquel 2 de octubre que las narraciones periodísticas, a partir de esos hechos fatídicos —que transformaron la realidad nacional y, sobre todo, la capitalina—, se encargaron de exponer los conflictos políticos de forma directa.

Quedaron atrás los instantes ensoñadores y el clima de paz interna. "Lejanos ya los días de los sesenta: días de credulidad, de fe en lo absoluto de la bonanza, en lo inmaculado y pródigo de la abundancia".¹⁶

De la banalidad del espectáculo y la alcurnia, las crónicas, que pudieron librarse de la censura gubernamental, aparecieron en algunos diarios y revistas para erigirse en las portavoces del reclamo de justicia que los protagonistas, desde el encierro o la clandestinidad, no podían exponer por otros medios ni otras vías.

¹⁶ Monsiváis, Carlos, *Días de guardar*, pág. 17.

Con el movimiento del 68 fueron descubiertas las contradicciones del sistema político mexicano. El descontento social encabezado por los estudiantes tanto de la UNAM, como del IPN y la Normal, entre otras escuelas, así como la participación de profesores y sectores obreros y campesinos originó el derrumbe del mito de estabilidad.

Entonces, "civilización y barbarie se presentan como una madre bicéfala, esta vez en nombre de una modernidad suspendida pero no concluida, desgarrada, pero no muerta: Los años inmediatos al 68 volverán a obligar a los narradores a expurgar la herida, a trascender mediante la conciencia artística..."¹⁷

Como nunca antes, los relatos que incorporaron la solidaridad, la rebeldía y el afán de cambio de toda una generación, encontraron en los recursos literarios, la reconstrucción de atmósferas, los diálogos y las frases testimoniales un vehículo para transmitir con la intensidad necesaria los momentos significativos de aquella lucha.

La crónica de la ciudad firmó un compromiso con la historia nacional, pues "tuvo que brindar su testimonio...guardar memoria de los hechos y no dejar pasar la oportunidad de una nueva épica, esta vez civil, juvenil, democrática..."¹⁸

Aparte de la consignación cronológica y pormenorizada del movimiento en general, los cronistas se encargaron de contar las historias personales de los involucrados en esa causa.

Las narraciones urbanas se humanizaron y la sensibilidad (común a cualquier creador), fluyó en la mayoría de las historias; lograron inmortalizar a la muerte y al sufrimiento de las madres de los asesinados y desaparecidos aquella tarde en la Plaza de las Tres Culturas..

¹⁷ Domínguez Michel, Christopher. *op. cit.*, pág. 73.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 470.

Los motivos, los recuerdos y las vivencias, con sus propias palabras, de estudiantes, padres de familia, maestros y obreros quedaron anotados en las páginas de diarios y libros, con lo cual la figura del cronista se diluye entre las voces de los protagonistas para que así algunos testimonios adquirieron un matiz descarnado y doloroso como este fragmento de *La noche de Tlatelolco*:

Llegamos tarde y nos quedamos frente a la tribuna, debajo de la explanada...Un orador dijo que habían pensado ir al Casco de Santo Tomás, pero que como había muchos soldados, esta marcha no se iba a hacer. "Ahora, se van todos a sus casas. ¡Nada de provocaciones!...De pronto se vio una luz de bengala en el cielo y todos volteamos hacia atrás a verla, y cuando miré de nuevo hacia la tribuna vi a unos hombres de guante blanco junto a los oradores. Los oradores gritaron por al magnavoz: "No corran, son salvas"; pero uno de guante blanco tiró hacia la gente o hacia los soldados que estaban detrás de nosotros. Entonces cundió el pánico y la gente empezó a correr..."¹⁹

En este tipo de narraciones, el cronista se olvidó de protagonismos y pretensiones superfluas para convertirse en un medio de expresión para los actores de aquellos sucesos, quienes guiaban la pluma del periodista al reproducir con sus propias palabras los instantes heroicos o estremecedores guardados en su memoria.

Estos periodistas restituyeron un derecho enterrado antes de la fecha trágica: la posibilidad de describir tanto los grandes asuntos como los detalles de lo ocurrido, así como de denunciar veladamente la represión y el hostigamiento del gobierno federal.

Aún cuando décadas antes algunos cronistas reunieron sus escritos cotidianos en libros, no fue sino hasta el 68 que un asunto político de la magnitud del movimiento estudiantil pudo acaparar este tipo de publicaciones.

Contra toda censura del Estado, autores especializados en relatos periodísticos como Elena Poniatowska o Carlos Monsiváis exhibieron la situación del conflicto que

¹⁹ Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco*, pág. 189.

inició con la agresión de los granaderos hacia los alumnos de bachillerato de la Ciudadela y terminó por envolver a todos los sectores de la sociedad mexicana.

Tras 1968, los cronistas le restituyeron al género su función pública, su pertinencia artística y su conciencia crítica. Con una escritura antisolemne, desinhibida y fresca, plagada de belleza narrativa, interpretaron los acontecimientos, los asimilaron y los mostraron con oportunas metáforas que servían como juicios de valor: "Y el olor de la sangre era insoportable porque también era audible y táctil y visual. La sangre era oxígeno y respiración, el ámbito de los estremecimientos finales y las precipitaciones y los pasos perdidos".²⁰

De ese modo, hicieron de los elementos literarios un vehículo para condenar esos actos represivos y con la exactitud de las palabras alzar las críticas contra el gobierno.

En la composición de estos escritos periodísticos se conjugaba la fluidez en la manera de contar las historias y la recreación de las imágenes con tal exactitud que aún en la actualidad relatos como el posterior logran transportar al lector hacia el preciso momento de la matanza en Tlatelolco y lo envuelven en esa atmósfera de terror:

Y los tanques entraron a la Plaza y venían los soldados a bayoneta calada y los soldados disponían, al correr, de esa pareja precisión que el cine de guerra ha eliminado...y que consiste en la certidumbre de la voz de mando, una voz de mando que se transformará en estatua o en gratitud de la patria, pero que antes es coraje y alimento, cansancio y fortaleza, severidad de los huesos, simiente de obstinación, voz de mando que distribuye los temores y las incitaciones...Y el estruendo era terrible como apogeo de un derrumbe que puede ser múltiple y único, inescrutable y límpido. El clamor del peligro y el llanto diferenciado de las mujeres y la voz de los niños y los gemidos y los alaridos se reunieron como el crecimiento preciso de una vegetación... Y los hombres con el guante blanco y la expresión donde la inconsciencia clama venganza dispararon y el ejército disparó y la gente caía...moría...²¹

²⁰ Monsiváis, Carlos, "Y era nuestra herencia una red de agujeros", *Días de guardar*, pág. 303.

²¹ *Ibidem*, pág. 302.

La simultaneidad de sucesos fue otro de los recursos narrativos explorados por los cronistas de la ciudad en relación con el 68, en fechas posteriores escribieron sobre las circunstancias actuales de la capital, sin dejar de remitirse al pasado cercano, pues la llaga seguía abierta y la única forma de exorcizar los fantasmas de la violencia colectiva era tratar sobre el día que la rebeldía fue derribada por los fusiles en la Plaza de las Tres Culturas.

Un caso excepcional de la crónica urbana del 68 lo constituyó el libro *Los días y los años*, de Luis González de Alba, uno de los líderes estudiantiles y prisionero en la prisión Lecumberri por el delito de disolución social, quien construyó "un diario, bitácora ética, política y sentimental de un preso político de veintiséis años"²², aunque sin el dramatismo y los rencores naturales que el tiempo en la cárcel proporcionan.

Además, González de Alba contó en el relato alternadamente sus experiencias en el encierro y las diversas etapas del movimiento, así como el reprochable fin. A continuación una muestra de este escrito intimista:

La manifestación del 13 de agosto salió del Casco de Santo Tomás, cruzó hasta el Paseo de la Reforma, continuó por él hasta el "Caballito" y dio vuelta por la Avenida Juárez. Al cruzar San Juan de Letrán y entrar en Cinco de Mayo nos esperaba una grata sorpresa: los pesados edificios de esta avenida, su altura y disposición, la convierten en una maravillosa caja acústica. Si alguien ha estado hablando una hora frente a un gran auditorio, y sin micrófono, conoce el especial placer que produce, cuando llega la luz o logran conectar el alambre que faltaba, el escuchar la voz propia amplificada por bocinas en todo el auditorio. Al entrar en Cinco de Mayo sucedía lo mismo: escuchábamos retumbantes, las porras de los contingentes delanteros. La sorpresa producía un breve silencio que no duraba más de algunos segundos. En seguida se desencadenaba una explosión de alegría, porras, gritos y, por supuesto, insultos. De muchas cuerdas adelante, rebotando por encima de nosotros, de un lado a otro de la calle, empezó a llegar rítmico, sonoro, producido por decenas de miles de gargantas, el grito de entrada al Zócalo, al intocado Zócalo: "¡Sal al balcón hoción! ¡Sal al balcón hoción!..."²³

²² Domínguez Michel, Christopher, *op. cit.*, pág. 472.

²³ González de Alba, Luis, *Los días y los años*, págs. 60 y 61.

Con una mirada aguda, el ex líder estudiantil logró exponer en estos textos el entusiasmo civil de la juventud, sus convicciones políticas y el rechazo a la figura presidencial, además de que despertaron del letargo a una sociedad deslumbrada por "el progreso económico" nacional y le otorgaron un sentimiento de clase.

En las páginas de los libros quedaron plasmadas las diversas muestras de solidaridad que los sectores de la población dieron a esa causa, reivindicadora de los derechos humanos y las libertades sociales.

Por vez primera, la ciudad de México apareció, por medio de la crónica, como un bastión de la rebeldía social y del deseo por conseguir la libertad de una mayoría olvidada por las políticas gubernamentales; las calles pertenecían a los estudiantes, las multitudes se manifestaban sin reparar en el peligro de la violencia estatal, y el eco del reclamo ante la injusticia y el desequilibrio hizo retumbar las edificaciones del anquilosado sistema político mexicano.

Las crónicas dejaron constancia del ambiente combativo, hasta por momentos de fiesta, y de la dignidad que prevaleció durante esos casi seis meses de protestas en la capital, gracias a ellos se consiguió delinear "una nueva crónica mexicana cuya escena [legado de las batallas periodísticas es] desde entonces una sociedad civil a la que sin duda [el 68] ayudó a tomar conciencia de su espacio".²⁴

Desde aquel año hasta nuestros días, los cambios de fondo han caracterizado a la crónica urbana, ya que sin duda el compromiso político y social en las generaciones posteriores de periodistas han ayudado a mantener en constante evolución a un género que trata los aspectos cotidianos con la maestría literaria de alguna obra narrativa.

²⁴ Domínguez Michel, Christopher, *op. cit.*, pág. 472.

2.5 La importancia de lo cotidiano

La crónica de la ciudad de México a partir del 68 se encaminó a narrar los acontecimientos que tenían repercusión en diversos sectores sociales, sobre todo las clases proletaria y media de la capital, relegadas por las políticas gubernamentales; puso énfasis en retratar las vivencias comunitarias cotidianas y desaparecer aquellas individuales que carecían de principios reivindicadores.

Los relatos periodísticos urbanos modificaron sus estructuras al incluir temas con mayor trasfondo social y político, los antiguos tratamientos costumbristas, sofisticados y frívolos persistieron aunque con una visión acorde con los nuevos tiempos, ya que lo importante era producir escritos donde se recuperará la memoria de los capitalinos.

No obstante, la represión que prosiguió a lo largo de los seis años del gobierno de Luis Echeverría impidió la manifestación de los deseos e intereses de la población, aunado a ello el fantasma de la censura estatal y la intimidación hacia la prensa capitalina eliminó prácticamente la referencia a las causas políticas en el Distrito Federal.

Aunque los cronistas urbanos no se dieron por vencidos y se abocaron a relatar los sucesos que mostraban las transformaciones sociales del pueblo desde sus hábitos, habla coloquial, condiciones familiares, cambios de oficios y relaciones con los elementos de la modernidad, sin olvidar las tradiciones que brindaban identidad, arraigo dentro de una nación con marcados intereses capitalistas.

Los cambios en este género estaban relacionados con las circunstancias políticas del país, pues como en el resto de las etapas históricas, antes explicadas, el

contenido de diarios y revistas reflejaba la situación política y económica por la que atravesaba México, por ello es indispensable establecer un recuento de los acontecimientos celebrados por más de dos lustros en la conducción de la nación y la respuesta de la población ante estos hechos.

Luego de que el movimiento estudiantil fue sofocado por los gobiernos de Díaz Ordaz y Echeverría con la consecuente encarcelación y persecución de sus dirigentes, una parte de aquel grupo juvenil optó por incorporarse a los partidos de izquierda y las organizaciones de corte marxista-leninista para continuar una lucha organizada desde las instituciones, mientras que otra, la más radical, se incorporó a las guerrillas urbanas y clandestinas que empezaron a fundarse en el Distrito Federal y otras ciudades de la República mexicana.

A lo largo de los setenta el espíritu rebelde experimentado en el 68 se diluyó frente al control gubernamental y las restricciones a las libertades individuales y colectivas impuestas a la sociedad.

Las conspiraciones y batallas aisladas de los grupos armados contra el régimen lograron ser reprimidas por el aparato del Estado (el Ejército y la policía), los líderes asesinados o desaparecidos y las causas de estos movimientos calificadas, frente a la opinión pública, como una amenaza para la seguridad de la nación. Sin embargo, la conciencia democratizadora y la experiencia de la lucha social organizada, producto del movimiento estudiantil en México, permanecieron en el ánimo del pueblo, antes acostumbrado a cumplir, sin protestar, los designios de la clase en el poder.

Los diversos acontecimientos políticos y sociales que caracterizaron el régimen de Luis Echeverría, junto con la presencia de la crisis económica que desechó la antigua creencia de progreso, el incremento de la deuda externa, la implantación

avasalladora de la corrupción, la impunidad, el soborno como práctica de la administración y de los servidores públicos, impulsaron la madurez del pueblo para exigir el respeto a sus derechos individuales y a las necesidades de la nación.

Como se ha indicado, durante la década de los setenta en la prensa capitalina, parecía que los sucesos democráticos y la fatalidad del 68 empezaban a construir una mayor libertad de expresión.

Excélsior fue en aquellos años el diario más comprometido con la verdad y la ética, se convirtió en un medio crítico que dio cabida a las opiniones más divergentes y a las plumas más inquietas, asimismo, basó su estructura en reportajes, artículos, entrevistas y crónicas, especialmente de la ciudad, que lo mismo expresaron un interés humano que político.

La aparente indiferencia gubernamental sobre el manejo editorial de la publicación dirigida por Julio Scherer tuvo como justificación la necesidad del Estado por obtener filtros de catarsis que permitieran a los lectores liberarse de sus iras y frustraciones contra los poderosos, ya que "el desarrollo capitalista requiere tanto de controles ideológicos como de los canales expresivos de la inconformidad".²⁵

Pero, el periódico más leído no sólo en México, sino en América Latina, comenzó a formular ataques más serios contra el gobierno de Echeverría y a rebasar las fronteras autorizadas para la "libre manifestación" de las ideas, las cuales fluctuaban entre la negociación y el compromiso de la prensa y el Estado. Entonces, el sueño del periodismo mexicano, acariciado por largo tiempo (contar con cierta apertura en los diarios), terminó el 8 de julio de 1976, cuando la directiva de *Excélsior* fue removida en

²⁵ Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*, pág. 74.

una maniobra de la cúpula en el poder para restarle credibilidad e influencia social al diario. Así con la designación de nuevos dirigentes afines al régimen, el Estado retomó el control del periodismo escrito (en el caso de radio y televisión, la relación amañada con el gobierno no tenía ningún conflicto).

Con ese golpe a la libertad de expresión terminó uno de los periodos presidenciales más represivos de la historia. El balance negativo también abarcó a la economía y otras áreas sociales, ya que el nivel de vida de la mayoría de los mexicanos se deterioró de manera notable a lo largo de ese sexenio y la irritación de la población creció en proporción a las formas autoritarias de gobierno.

Después, en el régimen de López Portillo la corrupción y los pleitos internos del aparato político aumentaron en forma drástica; la inflación, la inestabilidad en los mercados financieros y la caída en el precio internacional del petróleo (sector prioritario para el desarrollo de la económica nacional) mermaron el poder adquisitivo de la clase trabajadora. Además de que las prácticas turbias del partido en el poder generaron un descrédito hacia las instituciones públicas y se evaporó la creencia en el crecimiento sostenido.

En la ciudad de México, como en otras regiones del país, empezaron a ser notorios los errores de la administración federal: el desempleo y la pobreza se encontraban en cada esquina.

En el ámbito periodístico ocurrieron nuevas modificaciones. Del *Excélsior* de los setenta nacieron *Uno más uno* y *Proceso*, publicaciones dispuestas a abrir espacios para la mayoría silenciada por la estructura gubernamental, comprometidas profesionalmente con los ideales de oportunidad, veracidad y servicio a la sociedad.

Al inicio de los años ochenta, con el apoyo de los sectores medios, los intelectuales y los políticos del ala progresista, ambos medios pudieron ejercer su labor sin sobresaltos provenientes de la gestión de López Portillo.

Circunstancia que les permitió efectuar dos aportaciones necesarias al periodismo mexicano: la inclusión de "malas palabras" como parte del lenguaje coloquial de algunos de los actores de la vida nacional, así como mayor atención a los asuntos cotidianos, pues era necesario "...modificar la tendencia de sólo cubrir los acontecimientos explosivos o los actos de la cúpula, ignorando los cambios más sutiles, menos tangibles".²⁶

Esas contribuciones beneficiaron a las crónicas de la capital al restituirles a la gente común y a la vida cotidiana el sitio que los grandes eventos de la clase en el poder y las obras del progreso económico le habían arrebatado por un decenio.

El perfil de una ciudad y una población con carencias y desventajas, en medio de una crisis interminable y sin solución gubernamental, apareció en líneas como éstas: "En el mismo predio que se asienta la cueva de los Mayén hay otras cuarenta familias, también ocultas por la nueva fachada, que comparten los trabajos y los días en una colmena de casuchas de madera y cartón, sin agua, sin luz, sin drenaje..."²⁷

La relación de los hechos diarios resultó trascendental para conocer la nueva conformación social de la capital y la evolución de las problemáticas de una ciudad marcada por la explosión demográfica, el crecimiento de la mancha urbana, la falta de fuentes de trabajo, la disminución del poder adquisitivo, el desabasto de energéticos, la proliferación del crimen organizado, los embotellamientos vehiculares y la polución.

²⁶ *Idem.*

²⁷ Avilés, Jaime, "El ornato en tiempos de Hank (1978)", *La rebelión de los maniqués*, pág. 70.

Las crónicas de esa etapa dieron cuenta de las condiciones en que transcurría la existencia de los habitantes del D.F. La mayoría consignó la precaria situación de algunos sectores y logró responsabilizar al Estado de su desinterés por crear las oportunidades mínimas para que estos salieran de su apremio económico.

2.6 Después del temblor

Con la tensión social y el desequilibrio económico heredados por el anterior sexenio, en 1982 ocupó la silla presidencial Miguel de la Madrid; todas las circunstancias le eran adversas y el pronóstico del estallido de nuevos movimientos sociales ocurriría a la par de la negligencia federal ante las tragedias comunitarias en el país.

Pero en esa ocasión, los protestas provenían de un sector con mayor fuerza, organización y diversidad: la *sociedad civil*, designación que sustituía al mítico término "pueblo" y que estaba conformado por agrupaciones civiles que representaban a los sectores bajos y medios de la ciudad, receptores principales de las tropelías de los tres anteriores regímenes; que buscaban retribuirle a los demás ciudadanos algunos de los derechos perdidos en aras del desarrollo nacional, mediante las manifestaciones públicas y otros métodos pacíficos.

Los habitantes organizados del D.F. salían a las calles y avenidas de esta urbe para exigir el fin de las políticas económicas, educativas y laborales del partido en poder, así como mayor atención para los pobladores de las colonias pobres, las ciudades perdidas, o las causas más apremiantes como la situación de los jubilados o los obreros despedidos sin liquidación.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

La ciudad de México adquiría una novedosa fisonomía: la multitud que antes paseaba en días de asueto por la Plaza de la Constitución o se dedicaba a transitar por este lugar sin preocuparse por los problemas del resto de la gente, a partir de 1983 se daba cita, ahí, en una muestra de solidaridad y para exhibir, a una voz, las violaciones de que eran partícipes numerosos ciudadanos.

La mirada de la nueva y antigua generación de cronistas ciudadanos, puesta en el acontecer de los personajes de las colonias populares, en los seres producto de la eterna crisis nacional y portadores de las costumbres que han sobrevivido al paso del tiempo y de la intolerancia, se asomó a los mítines y marchas de la capital.

De eso modo, los periodistas relataron, paso a paso, el camino trazado por los pies de la gente; los coros y las consignas de repudio; las pancartas con mensajes llenos de ingenio e indignación; las imágenes de hombres y mujeres, de todas las edades, fatigados por el trayecto, pero con la rabia en los rostros; los explosivos discursos de los luchadores de antaño como Rosario Ibarra o Heberto Castillo; las coincidencias ideológicas que reunían a las más diversas personas, todo aparecía en las narraciones de estos periodistas.

Todas estas experiencias buscaban ejercer la democracia desde abajo, pues "para estos grupos...[ésta] es en lo fundamental el aprendizaje de la resistencia civil, que se inicia en la defensa de la legalidad, ante la ilegalidad practicada desde las esferas del poder económico y político. Y...es, también, la terquedad indignada, el abandono de fórmulas del martirologio, el apego a la racionalidad, la búsqueda del avance gradual, la estrategia de la movilización permanente..."²⁸

²⁸ Monsiváis, Carlos. *Entrada libre*, pág. 11.

Las exigencias y reclamos de la sociedad devolvieron el dinamismo a esas crónicas de la urbe, las cuales presentaban el ambiente producido por la participación ciudadana e incluían juicios de valor de esos acontecimientos gracias al comportamiento y las frases lapidarias de los actores principales.

En menos de tres años del régimen de Miguel de la Madrid, la ciudad de México, junto con sus habitantes, había logrado modificar el panorama de las manifestaciones y los mitines políticos, ya que entonces no se congregaban los afiliados a las asociaciones priistas y a otras estructuras del corporativismo mexicano, sino los opositores a las estrategias del Estado, las víctimas de la corrupción y de los abusos del poder que empezaron a ganar adeptos y cambiar las mentalidades de otros ciudadanos.

Un suceso aceleró de forma involuntaria la participación ciudadana, el sismo de 1985, donde la sociedad organizada asumió con bastante éxito las labores que el gobierno dejó de realizar para rescatar a los sobrevivientes y a los cuerpos sin vida de entre las toneladas de escombros en que se convirtió en unos cuantos minutos la ciudad de México.

El Ejecutivo y todos sus colaboradores instrumentaron programas emergentes para restarle importancia al esfuerzo de la comunidad y el mensaje oficial hizo parecer la hazaña como un gesto natural de apoyo, característico de cualquier ser humano.

Además, en un intento por encubrir su falta de pericia y capacidad de acción, De la Madrid prometió toda la ayuda y los recursos para reconstruir las viviendas de los damnificados que debieron trasladarse a improvisados campamentos de láminas de asbesto, madera, plástico y cartón (algunos de los cuales aún permanecen en las calles

del Centro Histórico y cuyos habitantes están en espera del cumplimiento de aquel ofrecimiento gubernamental).

Sin embargo, "...ni siquiera el poder del Estado...eliminó las consecuencias culturales, políticas, psíquicas de los cuatro o cinco días en que brigadistas y socorristas, entre cascajo y desolación, se sintieron al frente de su comportamiento y de la otra ciudad que surgía a la vista..."²⁹

De esas jornadas trágicas, las crónicas urbanas mostraron el lado humano de los ciudadanos de una urbe que parecían indiferentes ante los conflictos; el espíritu de solidaridad y el entusiasmo que escenificaron miles de voluntarios, los cuales vinieron a restituir la esperanza en el trabajo colectivo, en la unidad, en los valores civiles y constaron las amplias posibilidades que tenía la sociedad para obtener beneficios comunitarios sin la lenta intervención de las autoridades:

Ante el desastre la respuesta tlatelolca fue unánime. Los brigadistas se multiplicaron ya en las primeras horas. Todos supieron, sin que nadie se los dijera, que era urgente organizar el auxilio. Y los brazos no faltaron. Fueron jornadas extenuantes en las que la gente, prácticamente sin dormir, levantaba escombros y rescataba cadáveres y sobrevivientes. Es la unidad habitacional más grande de la ciudad y se calcula que había ahí unos 200 mil moradores. Esto da idea del tamaño de la tragedia y de las proporciones de la respuesta popular.

Los tlatelolcas están en pie de lucha. Los vecinos se han organizado y demandan castigo para las inmobiliarias negligentes...La semana entrante anuncian las autoridades, se presentará un plan de emergencia.³⁰

Las escenas de desolación, dolor, muerte y angustia se repetían en las narraciones, además se incluían críticas tanto por la falta de preparación gubernamental para responder a una emergencia de tal magnitud como la que se vivía en la ciudad de México como por la poca previsión que las autoridades habían tenido en materia de seguridad civil y urbanismo.

²⁹ *Ibidem*, pág. 13.

³⁰ Blanco, Manuel, "El barrio Tlatelolca", *Ciudad en el alba*, pág. 307.

También esos relatos dieron cuenta de los comportamientos tanto heroicos de miles de voluntarios, como indignantes de los personajes públicos que desestimaron el problema al reducirlo únicamente a las zonas pobres y las colonias antiguas de la capital, en aras de la imagen turística del Distrito Federal y en defensa de las autoridades.

Mientras, las narraciones periodísticas mostraron el rostro verdadero de la ciudad durante varias semanas al exponer el sufrimiento, el trabajo colectivo y la esperanza en la vida, entre los montones de cascajo; la televisión, que en un principio dio una amplia cobertura a las consecuencias del sismo, se encargó de tranquilizar a los ciudadanos y apropiarse de la lección de camaradería que daban todos los días los capitalinos.

Con el terremoto, un fenómeno novedoso hizo su aparición en la prensa capitalina: los diarios y revistas estaban repletos de crónicas acerca de los hechos en el D.F., los límites de extensión de los escritos eran eliminados en pos de narraciones que presentaran la realidad en todos sus matices; aparte se publicaban en entregas diarias.

Las frases y testimonios de los sobrevivientes ocupaban planas enteras; las historias tristes y también las alentadoras se escribieron de las más diversas formas, pero la riqueza del lenguaje y los recursos narrativos otorgaron personalidad propia a cada texto.

Los elementos literarios que ocuparon los cronistas fueron elegidos de acuerdo con la impresión que deseaban causar al lector, algunos, recurrieron a la vieja fórmula de permitir que fueran los protagonistas de los acontecimientos quienes contaran la historia de ese 19 de septiembre (su condición de narradores se diluyó ante las voces de las víctimas y los socorristas); otros, elegían a una persona conocida para filtrar a través de sus ojos lo ocurrido y, los menos, exhibían los momentos desastrosos como simples observadores ajenos a la situación.

Con el sismo, el periodismo consiguió introducir el interés humano y la preocupación civil de lleno en sus publicaciones; *Unomásuno*, *El Financiero*, *La Jornada* (de reciente

aparición) y *Proceso* destinaron un sitio permanente para la *sociedad organizada* y las batallas que ésta emprendería una vez reconstruidos los lugares más afectados.

La crónica urbana, por su parte, se abocó a reconstruir la apariencia de la ciudad antes del temblor, los periodistas se dedicaron a escribir sobre los edificios, los sitios de reunión y las costumbres relacionadas con las construcciones que se perdieron aquel 19 de septiembre, pero no sólo trataron acerca de los lugares donde miles de personas murieron, sino volvieron la mirada hacia aquellos que aún se conservaban en pie y se remitían al México de antaño, con sus oficios, rituales y fiestas casi en extinción.

La herida que sufrió la capital del país tardó varios años en cicatrizar, pero en el terreno de las narraciones periodísticas forjó a noveles cronistas que se percataron de la relevancia de los asuntos cotidianos del D.F., las anécdotas de sus habitantes, los recuerdos de los más viejos, las inquietudes de los jóvenes, la riqueza cultural de sus calles y avenidas, las historias que guardan sus edificios, las necesidades de los pobladores y los conflictos de la modernización.

Los diarios del Distrito Federal aparecieron repletos de páginas con relatos sobre las más variados modos de vida y convivencia en la urbe, los periodistas reconocidos en ese género escribieron los temas que les habían dado prestigio, mientras un grupo de nuevos cronistas exploraban asuntos poco tratados y creaban formas novedosas para referirse a la ciudad, a la vez que reproducían el lenguaje de las minorías sociales.

En la escritura presentaron evoluciones notorias, pues "ya no se conformaban con informar sino que trabajaban más literariamente sus materiales"³¹; además, describieron con singular imaginación las relaciones humanas de la gente del D.F., los conflictos

³¹ N. Prel., Valverde, Jaime y Juan Domingo Argüelles, *El fin de la nostalgia*, pág. 12.

familiares y los encuentros amorosos; en sus textos consignaron el habla obscena de los barrios y la juventud, como forma de escape ante la violencia diaria.

Se interesaron en retratar los males producto del incremento incesante de la población: la búsqueda de empleo de los jóvenes, el tráfico de las arterias viales que volvía la ciudad intransitable, la inseguridad pública, la extensión de las adicciones, las jornadas de los vendedores y artistas improvisados de los cruceros, la irrupción de los menores en las calles y el ambiente de los centros de divertimento de las clases marginales.

2.7 La multitud en las calles

Si bien al final de la década de los ochenta, los cronistas comenzaron a narrar los sucesos de una ciudad gigantesca en sus proporciones y con una diversidad temática inabarcable, fue a partir de 1990 que los relatos periodísticos de la capital se abocaron a mostrar a los conglomerados humanos, principal rasgo visual del D.F., "que hacen de la vitalidad urbana una opresión sin salida".³²

De esta forma, fueron retratadas las multitudes que se desplazaban por las calzadas, plazas, jardines y explanadas de esta urbe; lo mismo que en el Centro Histórico en Chapultepec, Insurgentes, Coyoacan, Tepito o la Basílica de Guadalupe.

Pero en comparación con las crónicas de las manifestaciones públicas, los escritos acerca de los tumultos en las calles distaron de exhibir al pueblo activo, defensor de sus derechos, para retratar la interacción de la gente en las actividades más comunes y habituales que se llevan a cabo en una metrópoli como esta. Aunque,

³² Monsiváis, Carlos, *Los rituales del caos*, pág. 17.

en un panorama desordenado y atroz por la cantidad de personas que confluyen a diario en las calles del Distrito Federal.

Y es que sin lugar a dudas, en las tareas cotidianas, los divertimentos y las celebraciones cívicas, religiosas y sociales de estos últimos años en la capital se ha establecido como una circunstancia tradicional la presencia de una muchedumbre que observa y participa de esos actos colectivos, los cuales llegan a representar la continuación de ritos ancestrales o de recién introducción que dispersan las características de los individuos para fundirlas en una sola existencia: la del gentío.

Las crónicas que dan cuenta de la asistencia de miles la noche del 15 de septiembre para dar "el grito", de las peregrinaciones hacia el Tepeyac, de "El Viacrucis en Iztapalapa", de los compradores en el centro, de los aficionados al fútbol y de las familias que visitan los panteones el Día de Muertos, son algunos ejemplos de la multitud como elemento sintetizador de las creencias populares, los ánimos patrióticos, la fe, el respeto a la religión, los hábitos de consumo y la catarsis comunitaria de rencores añejos.

Así, pese al caos que impera en la ciudad de México las acciones rutinarias de la gente convertida en multitud se transforman en factores que preservan las tradiciones y las características del mexicano en la era de la sociedad de masas (en el más literal de los sentidos), de la cibernética y la globalización.

Durante este decenio (el de los noventa) abundaron los escritos sobre los conciertos masivos de toda clase o espectáculos populares en enormes auditorios, donde ante miles de personas aparecían los cantantes nacionales del momento y las estrellas internacionales que se volvían el artífice para la diversión, el desenfreno de las expresiones y los sentimientos del público.

Si para llevar a cabo cualquier festejo típico (herencia del pasado) era indispensable la congregación de muchas personas, las manifestaciones populares y artísticas también requerían de tumultos en las gradas y los palcos para formar un ambiente proporcional al tipo de audiencia, que se servía de aquél evento para exteriorizar sus pasiones, crear un lenguaje afín y experimentar por unas cuantas horas una alegría comunal.

Los relatos de aquella época mostraban como en esos sitios de divertimento las personas se fundían e identificaban con el resto de sus compañeros; esa muchedumbre era capaz de realizar las acciones más extravagantes sin temor a la crítica, ya que otros cientos de seres hacían uso del anonimato de la masa para llevar a cabo actos audaces e inimaginables en la reducida esfera individual.

Las groserías y vulgaridades emitidas por estas voces desconocidas, incluidas en las narraciones, permitían descubrir la pertenencia social de la turba y conocer las adecuaciones ingeniosas del habla coloquial que carentes de identidad se han integrado a los rasgos particulares de los conglomerados humanos. Muestra de las crónicas donde el protagonista principal es la audiencia como sujeto impersonal se localiza en el siguiente párrafo:

Cuarenta y seis minutos después de lo convenido inicia el espectáculo, que debe seguir, pero antes la masa sopesa, estrena nuevo foro: un graderío estrecho, dificultoso para cualquier intento de desalojo de emergencia...confusión por hallar el lugar que marcaba el boleto –carísimos, de entre 90 y 400 nuevos pesos- y nubes de polvo levantadas por bisontes en tropel: todos queremos ver a la que otros quieren ver pero temían preguntar. La masa aprovecha el espacio y tiempo para el galano deporte del coto (rreo): los que tienen lugares de abajo les gritan a los de arriba: joodidos- jodiiiidos y éstos responden, corean, en tonada de lero-lero: los-de-abajo-no-ven-nada...³³

³³ Espinosa, Pablo, "Circo, Madonna y teatro", *No por mucho madrugar se redacta más temprano*, pág. 263.

Sin embargo, no todas las narraciones se encaminaron a mostrar la interacción de las multitudes, sus dinamismos y contradicciones.

Las crónicas escritas en los noventa también trataron de rescatar la experiencia individual de aquellos que han compartido un mínimo espacio con muchas personas en el metro, los camiones, las esquinas, las oficinas gubernamentales, los bancos, los almacenes, los centros comerciales, los cines, los estadios y las iglesias.

Es decir, a partir de un suceso colectivo el cronista seleccionó un personaje específico para contar una historia personal que simboliza las vivencias del resto de esa masa. Pues aunque la diversidad caracteriza a los conglomerados, estos se desenvuelven dentro de la vasta problemática ciudadana, comparten carencias y necesidades económicas producto de una interminable crisis (la cual afecta en primer lugar al individuo y después al entorno habitable).

De tal modo, estos escritos han mostrado el lado humano de una capital tumultuosa como el D.F., por encima de los patrones de consumo, modas, avances tecnológicos, categorías sociales y factores macroeconómicos comunes a un país inscrito en el neoliberalismo, el libre comercio y la globalización.

Los capitalinos se han acostumbrado a caminar por las calles al lado de cientos de personas sin reconocerlas como semejantes, al contrario las consideran extrañas y su realidad les resulta completamente distante. La causa es simple: la ciudad de México se ha convertido en "una sociedad enorme, donde se rompen los lazos de amistad, de relación familiar, de permanencia social: la competencia sin límites [y] la inseguridad hacen que se viva en constante aislamiento y sin verdadera comunicación".³⁴

³⁴ Careaga, Gabriel, *La ciudad enmascarada*, pág. 337

Las crónicas urbanas de este tiempo han abordado de varias maneras y estilos la desvinculación entre los habitantes de esta megalópolis y el devenir de la ciudad, pues además de resaltar la afluencia de tumultos en los actos cotidianos se han dedicado a narrar la falta de interés de transeúntes y automovilistas por el resto de las personas, sobre todo por aquellas con mayores conflictos.

No es un hecho asilado que los cronistas de los noventa hayan elegido escribir acerca de los indigentes, los niños de la calle, los moradores de ciudades perdidas, los ladronzuelos de barrio, los pepenadores, las sexoservidoras y los vendedores en los cruceros, pues, aquellos representan además de la marginación de un sistema, la indiferencia de miles de personas que atraviesan la capital sin preocuparse por el destino de los seres hundidos en la miseria material y moral.

Esta situación no es casual de la ciudad de México, pues son precisamente el aislamiento y el desinterés de los asuntos comunes en las grandes urbes que, aunque promovidos por la convivencia en masa, tienden a mostrarse como un hábito público ante el resto de los individuos y, sobre todo, ante la adversidad ajena.

De este modo, las narraciones urbanas de los años recientes han tenido como uno de sus rasgos comunes exponer la desilusión, el egoísmo y la impotencia de los sujetos ante una urbe devastadora y voraz que corrompe y aniquila a sus habitantes, aunque han incorporado acciones y pensamientos de esos seres que muestran su deseo por salir adelante, pese a todos los obstáculos.

La idea de una capital apocalíptica ha sido expuesta por las nuevas generaciones de cronistas que alejados de convencionalismos y formas preestablecidas crearon un estilo capaz de conjuntar un lenguaje donde lo mismo se funden las

palabras altisonantes que los términos más ingeniosos del repertorio coloquial del capitalino.

Así como textos inspirados en las situaciones rutinarias de la capital: la convivencia casi imposible entre individuos, el smog que nubla la vista, el tráfico vehicular en las principales arterias, la escasez de agua y otros servicios básicos, el ruido que atesta el ambiente, la inseguridad en las calles y la pobreza presente en cada cuadra tanto de las colonias pobres como de las zonas residenciales. Como se constata con el ejemplo que sigue:

A la sombra de los muros deslavados del antiguo convento de San Jerónimo, un conjunto de parias recibe a gritos el primer día de año. Las calles, a diferencia de otros días, se encuentran casi vacías, la lluvia las ha limpiado y el sol de la mañana calienta lentamente, como el fuego de un viejo comal, el tezontle y las piedras angulosas y pálidas de muchos edificios. Un hombre de rostro abotagado duerme frente a la tosca y desmesurada escultura de Sor Juana. Junto a él un perro hoza entre los desperdicios y la basura que produjeron algunas familias durante la cena de año nuevo, huesos de pollo aún con jirones de carne morada y tiesa, bolsas pringadas, latas vacías ocultas entre las ramas secas de un pino. Frente a una iglesia donde un San Jerónimo se yergue ciego sobre el arco de medio punto y a espaldas de la enorme silla de hierro donde Sor Juana descansa, se alza un modesto multifamiliar, allí los vecinos, agazapados en sus diminutas habitaciones, se defienden como ratas de la luz del sol, duermen en literas y camastros que comparten con hermanos, recién nacidos, ancianas que se resisten a morir, perros que mastican un viejo juguete de esponja. Una mujer barre la cera limpiando el polvo de las miasmas, la gangrena de los escupitajos...³⁵

No obstante, los múltiples conflictos del desarrollo urbano de fin de milenio que han transformado al Distrito Federal en una capital complicada en todos los ámbitos de la vida social, los cronistas ciudadanos han vislumbrado dentro de sus relatos rasgos de optimismo en relación con el futuro inmediato. Pues consideran "que esta aventura colectiva [la de vivir en la capital] es en lo hondo de su sentido una travesía, una visión

³⁵ Fadanelli, Guillermo J., "Un sueño de ovejas muertas", *Érase una vez en el D.F.*, pág. 151.

del provenir, pero al mismo tiempo es una rutina cuya luz particular distingue la banalidad insular de nuestra biografía".³⁶

A fines de los noventa han aparecido las narraciones íntimas con una mirada joven que fluctúa entre la incertidumbre y la alegoría, donde se escribe acerca de esta megalópolis, también involucran la existencia particular de un ciudadano determinado que subsiste, en esta urbe.

Y entre todos los males que aquejan a la capital la idea esperanzadora de un mañana más afortunado se filtra en las voces de los personajes de la ciudad.

Aunada a esta circunstancia, los relatos periodísticos urbanos no han podido alejarse de los nuevos estilos de vida que la computación y las tecnologías satelitales impusieron durante este decenio a los sectores medio y alto de la capital.

Asimismo como en las décadas pasadas los cronistas dieron cuenta de las transformaciones sociales, culturales, urbanísticas y demográficas ocurridas en el D.F., en esta última época finisecular también se abocaron a presentar una ciudad donde la cibernética influye en su desenvolvimiento y en las relaciones interpersonales y colectivas de sus habitantes.

Por ello no resulta extraño encontrar en los relatos periodísticos recientes varios textos donde se narran las vivencias de jóvenes y de adultos relacionadas con la computación y la cibernética. Aparecen una serie de novedosos lenguajes, relacionados con la informática; se destaca la existencia de estos instrumentos para facilitar la vida en una ciudad cada día más poblada y se presentan reflexiones sobre los alcances y desventajas de estas maquinarias.

³⁶ Santander, Gabriel, "La ciudad y sus metáforas", *op. cit.*, pág. 164.

Correspondiente a la variedad de una urbe tan extensa y divergente como lo es la ciudad de México los cronistas continúan escribiendo acerca de los sitios representativos, los sucesos de colonias y barrios, las imágenes pintorescas de lo que aún se conserva del esplendor colonial y del Porfiriato, las tradiciones de antaño renovadas por las generaciones de fin de milenio, la galería de personajes y oficios sobrevivientes al paso de la modernidad finisecular.

En muchas de las narraciones se conjugan las remembranzas del México ulterior, la breve historia y el anecdotario peculiar con los acontecimientos actuales, las formas del habla novedosa, las historias del auge tecnológico, globalizador y las experiencias de los seres que pueblan una megalópolis considerada por Carlos Fuentes, hasta mediados de los setenta, "la ciudad más transparente".

2.8 Sitios y personajes de la ciudad de México

Al referirse a la crónica del Distrito Federal, aparte de construir su historia, resulta imprescindible mencionar los aspectos característicos, los personajes y lugares de referencia que la distinguen de otras capitales del mundo.

Como se recordará, en el punto seis del primer capítulo se realizó una clasificación general de las temáticas tratadas por las narraciones periodísticas urbanas; sin embargo, se omitió en esa tipología una propia para la ciudad de México.

Este apartado está dedicado a mostrar los tópicos representativos e interesantes de la ciudad de México (sus zonas y habitantes distintivos) más que con el propósito de encasillar al género en una serie de incisos o enumeraciones sintéticas, para mostrar un panorama de los asuntos que por casi dos décadas a partir del despegue de la

crónica urbana en las secciones culturales y de la capital, entre otros (1985) han llamado la atención de los cronistas especializados.

Aunque es necesario precisar que se realizará apenas un bosquejo de los aspectos recurrentes para los periodistas urbanos, pues existen tantos temas como calles en una megalópolis como el D.F.

Uno de los cronistas connotados de la capital da cuenta de la variedad sociocultural de esta urbe al asegurar que "hablar de la ciudad de México es una tarea infinita, advirtiendo que la crónica de la ciudad de México es...una empresa imposible porque ni siquiera si uno se reduce a su modesta recámara acaba haciendo una crónica eficaz, siempre faltarán datos...entonces, me imagino lo que es la crónica de una ciudad de 14, 20 ó 22 millones de personas..."³⁷

Pese a la anterior aseveración, para los relatos periodísticos de la urbe existen temas característicos que a lo largo de su existencia han sido tomados en consideración por la mayoría de los cronistas, la visión costumbrista y pintoresca de la capital del país ha sido uno de los aspectos tratados con mayor énfasis.

De ese modo, se encuentran narraciones acerca de los barrios populares, las colonias más antiguas y de mayor tradición o los sitios donde desde antaño los capitalinos han visto transcurrir su diaria existencia, plasmada de costumbres heredadas de generación en generación y nuevos hábitos, así como rituales donde se funde los valores añejos con las modas y visiones de fin de milenio.

Este interés temático de los periodistas urbanos tiene su argumentación en una característica del género estudiado: no hay que olvidar que pese a la inmediatez de los

³⁷ Monsiváis, Carlos, "Instantáneas de la ciudad de México", *Humanidades*, 23 de febrero 2000. UNAM, pág. 21.

escritos y a su fugacidad, los cronistas muestran la historia de lo pequeño y cotidiano, asimismo transmiten las voces e ideas de la gente y captan las tradiciones del pueblo, entendidas éstas como "la forma más sencilla, más llana de comunicar...los valores y las manifestaciones culturales y artísticas en el correr de los tiempos..."³⁸

Por ello, muchos de los relatos tienen como protagonista al vecindario en su versión actual que conserva faenas ancestrales; algunos son remembranzas de una región cuya fisonomía es casi inexistente y otros recurren a una especie de viaje narrativo por el pasado y presente para mostrar los estilos de vida de los pobladores de la ciudad de México en distintos momentos.

Así, las jornadas laborales, los problemas poblacionales, los momentos en compañía de la familia, las relaciones interpersonales, el amor, el sexo, las creencias, así como las celebraciones y las diversiones son algunos de los elementos rescatados en las crónicas plagadas del cotidiano acontecer en los barrios más diversos de la ciudad de México.

De forma tal, se han hecho relatos sobre colonias y calles populares, violentas e inseguras, como Tepito, La Lagunilla, La Merced, La Guerrero, La Doctores, Perú, Anillo Circunvalación, Dolores, Sullivan, entre otras, donde día tras día pasan todo tipo de acontecimientos sangrientos, se reconoce –gracias a la pluma de los cronistas– el doble sentido, las palabras prosaicas y las frases pícaras del mexicano, más en específico del llamado *chilango* (habitante del D.F.)

También aparecen delineadas algunas lecciones de dignidad y apoyo para con los vecinos, ya que entre la barriada existen códigos de ética y valores adecuados a las

³⁸ Verti, Sebastián, *Tradiciones mexicanas*, pág. 15.

circunstancias que vuelven transitables esos espacios (Ricardo Garibay, Manuel Blanco y Emiliano Pérez Cruz son algunos de los exponentes más significativos de los temas del vecindario)

Han escrito acerca de lugares que en algún período de la historia nacional recibieron la designación de zonas residenciales; sitios donde habitaron las familias con los apellidos más rimbombantes de la época, poblados por casas de una arquitectura afrancesada, repletos de jardines, esculturas y elementos decorativos.

Allí están Santa María la Ribera, las colonias Hipódromo Condesa, Narvarte, Roma, Del Valle o Anzures que hoy tienen un aire clasemediero, mismo que ha llevado a los cronistas ciudadanos a fundir en sus narraciones las anécdotas y pasajes del remoto fulgor con los personajes y las atmósferas del presente; también tienen cabida el recuento de los negocios, los oficios comunes a la región, las genealogías, los instantes impregnados de olores y sabores de restaurantes y cafés típicos.

No son estos relatos los de la sobrevivencia en la capital, más bien enfatizan los recuerdos, el esplendor, la estética, las vidas plagadas de evocación, la estructura familiar, la visión de política y cultura, así como el orgullo por la pertenencia a alguno de los barrios con mayor riqueza de paisaje.

Además, se realizan crónicas de las localidades con un origen rural, pero que por el crecimiento de la mancha urbana desde hace años se consideran parte del Distrito Federal como los barrios de Xochimilco, Tlalpan, Azcapotzalco, Álvaro Obregón y San Juan de Aragón, en Gustavo A. Madero, los cuales en mayor medida que el resto de las delegaciones preservan sus tradiciones religiosas y sociales.

Estos sitios, aún considerados pueblos por los lugareños, reproducen cada año un calendario de festejos sincréticos, efectúan usos y costumbres de antaño en los

noviazgos, matrimonios, compadrazgos y otros lazos familiares, tienen toda una serie de preceptos para organizar fiestas y reuniones, atesoran una serie de mitos y leyendas, así como utilizan refranes y expresiones coloquiales para mostrar su visión ante la vida.

Existen otros aspectos relevantes para la crónica urbana aparte de las barriadas de la ciudad como los monumentos históricos que son testigos de las historias de los habitantes del D.F., los jardines donde se encuentra un universo de personalidades, los mercados como ejes del comercio y fuentes indispensable para el desarrollo alimentario de las familias, las calles y avenidas que guardan numerosos episodios, así como relatos acerca de la asignación de sus nombres.

Al tener el mexicano una naturaleza e idiosincracia cálida y alegre resulta lógico que los periodistas especializados en las narraciones urbanas dediquen varias entregas a las formas como se divierten los ciudadanos, desde la práctica de algún deporte comunitario y popular como el fútbol llanero hasta los fines de semana de asueto en parques, zoológicos y balnearios en plena urbe de concreto.

Por otra parte, recogen escenas de los bailes en deportivos y terrenos baldíos, las ferias locales y celebraciones del santo patrono de la región, hasta la vida nocturna en restaurantes, bares, discotecas, centros nocturnos y establecimientos donde hombres y mujeres bailan semidesnudos.

Tratamiento aparte deben recibir los festejos incluidos en los calendarios, pues éstos nutren los vínculos entre las personas y crean un sentimiento de unidad al conjuntar alrededor de una conmemoración a un número indeterminado de personas.

Allí están los relatos del 15 de septiembre en la Plaza de la Constitución, la época decembrina con las posadas, Navidad y Año Nuevo, día de Reyes Magos, El 10

de mayo, El día del amor y la amistad, la aparición de la Virgen de Guadalupe (12 de diciembre), Semana Santa, y demás fechas propicias para organizar algún convite.

Sin embargo, no todos los relatos periodísticos del D.F. se ocupan de las costumbres de los capitalinos, pues el incesante crecimiento demográfico ha ocasionado que problemas como las aglomeraciones, el tráfico vehicular o la contaminación sean ya parte de la vida cotidiana, pues esta ciudad se ha convertido en "el gran hacinamiento...el espacio inabarcable, donde casi todo es posible...esa zona de encuentro del trabajo, la tecnología y el azar".³⁹

Por ello las crónicas de la capital de los últimos años consignan también las multitudes en el metro, las peregrinaciones a la Basílica, los ejércitos de la economía informal, las catarsis colectivas en los encuentros de fútbol, las marchas y mítines, la gente en el Centro Histórico a toda hora, los festejos en el "Ángel" por el triunfo de la Selección mexicana, la vida en las azoteas, y otras manifestaciones populares donde la muchedumbre se hace presente.

Sin alejarse de las tradiciones populares, reflejo de la idiosincracia nacional, las narraciones periodísticas de la ciudad de México han dado cuenta de las problemáticas sociales y culturales de los habitantes del D.F.

Desde mediados de los noventa, los cronistas de esta urbe han tratado la visión caótica del hacinamiento, la miseria, la inseguridad, el deterioro de los valores, las repercusiones de la tecnología y los cambios en los estilos de vida, entre otras transformaciones, con un sentido crítico que ha fluctuado entre el pesimismo y la esperanza. Esos relatos son testimonios, ante todo, del diario acontecer en un centro

³⁹ Monsiváis, Carlos, *Los rituales del caos*, pág. 17.

urbano como lo es la ciudad de México y llegan a constituir una visión orientadora de los diferentes instantes de la realidad de un pueblo.

Al mencionar los asuntos y lugares acerca de los cuales han escrito los cronistas ciudadanos, resulta imprescindible mencionar qué tipo de seres del entramado capitalino han inspirado a estos narradores a contar esas historias, que en ocasiones representan una epopeya de la resistencia ante la hostilidad de la ciudad y en otras, una alegoría a la vida por los favores recibidos o por el simple hecho de estar vivo.

Muchos de ellos son los indispensables en cualquier localidad y quienes llevan a cabo los servicios necesarios para el desarrollo de la colonia, lo mismo se han plasmado las vivencias de policías, carniceros, locatarios, albañiles, bomberos, panaderos, secretarías, zapateros, electricistas, mecánicos, barrenderos y choferes hasta burócratas o funcionarios públicos (aunque éstos con la menor frecuencia).

Han aparecido relatos de personajes populares, típicos de la barriada, inspirados en la cultura alimentaria de los mexicanos: los antojitos. Así se encuentran crónicas sobre la vendedora de tamales, el tortero, el taquero, la que vende jicamas, el paletero, las "Marías" (mote con el que se designa a las indígenas que emigran al D. F.), y toda una variedad de comerciantes que satisfacen el paladar de los capitalinos y a quienes se puede localizar en cualquier esquina del barrio.

Desde luego hay relatos acerca de las personas que realizan algún ancestral oficio, que ha sido la fuente del sustento familiar a lo largo de varias generaciones, gran parte de ellos vinculados con el ámbito artesanal o de entretenimiento. Tal es el caso de los ebanistas, hojalateros, escultores, pintores, creadores de judas y alebrijes, organilleros, globeros, pajareros, boleros, algodoueros (los fabricantes de algodoues de azúcar), el señor de los toques, el merengouero, entre muchos otros.

Los escritos sobre estos capitalinos tienen un gran valor documental, ya que por desgracia muchos de estas actividades están en peligro de desaparecer por la falta de consumidores interesados en los productos manufacturados y la competencia de los artículos modernos.

De igual forma, mimos, payasos, merolicos, magos, lectores de manos, actores itinerantes y demás han sido protagonistas de infinidad de narraciones sobre los vínculos entre los sitios de reunión y personajes que recrean las fantasías y la imaginación de los visitantes.

Las vicisitudes de la existencia en el D.F. han dotado a los cronistas de todo un catálogo de seres que para sobrevivir deben laborar en los cruceros y las principales arterias: limpiavidrios, tragafuegos, cómicos, malabaristas, limosneros, vendedores de chicles, flores y juguetes. A últimas fechas esta clase de crónicas ha tomado un lugar prominente en las preferencias de los periodistas de la urbe.

Los rostros de los protagonistas de las narraciones urbanas son múltiples, mas la característica primordial de estos textos es mostrar al lector las anécdotas, sinsabores y momentos gratos de algunos sujetos, quienes representan las necesidades, comportamientos, aspiraciones e intereses de otros capitalinos con historias semejantes, el mismo nivel socioeconómico y cultural, que comparten problemáticas, formas de vida y los mismos lugares de residencia.

En tanto que los reporteros de las diferentes fuentes informativas están tras alguna "exclusiva", el cronista urbano busca relatos únicos, donde aparezca algo nuevo y desconocido de una megalópolis que pareciera carece de novedad, y son precisamente los seres que transitan por las calles del D.F. quienes proporcionan

originalidad y riqueza periodística a esos escritos, pues aunque las existencias sean casi iguales, la manera de percibirlos y afrontarlos varía conforme a cada persona.

Como se ha podido notar los personajes y modos de vida capitalinos son variados al extremo, por tanto queda en el cronista decidir, de acuerdo con su intención y predilecciones, sobre qué asuntos tratarán sus escritos cotidianos, ya que la capital de la República mexicana es una urbe infinita y contradictoria donde todas las expresiones tienen cabida.

Tal como lo ha mencionado una autora consagrada: "...México es todas las ciudades...tiene todas las edades, es prehispánica y es moderna. Es horrible y es fascinante. Es cruel y es díscola, da puñaladas traperas y besos tronados..."⁴⁰

⁴⁰ Poniatowska, Elena, *Todo empezó el domingo*, pág. 14.



TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

3. De crónicas y cronistas (Retrospectiva y visión finisecular)

Y llegaron desde Aztlán al lago, y observaron los signos profetizados, y allí, junto al nopal y los animales encaramados, los esperaba una muchedumbre de reporteros y cronistas.

Carlos Monsiváis

3. 1 Romper el silencio

Indagar acerca de la historia y las características de la crónica urbana resulta un ejercicio necesario para conocer la evolución de este género y descubrir, en el acontecer del tiempo, las ideas, creencias y rituales de los capitalinos; sin embargo, el recuento solitario de las diversas épocas y la cronología de los relatos periodísticos de la ciudad carecería de significado si se omitiera un elemento del cual no se pueden disociar estas narraciones: el cronista.

Y cómo podría olvidarse al artífice de sinfín de microhistorias y de testimonios, quien antepone a los seres, las atmósferas y los momentos por encima de los sucesos: el cronista, que se transforma en un portavoz de vivencias, dramas, protestas, deseos y opiniones de aquellos que son considerados por los estadistas y economistas como números o masas sin identidad.

Por tales razones, este apartado está dedicado a conocer a los autores de la crónica de la ciudad de México, desde la etapa del modernismo (1950) hasta los más jóvenes representantes del género en este fin de milenio, ello con el propósito de

establecer una revisión de los cambios, aportaciones e intereses de los cronistas de la capital, así como mostrar la relevancia, la función periodística, las nuevas tendencias narrativas, y las formas finiseculares de hacer crónica urbana.

Pero antes de comenzar a escribir sobre los personajes del periodismo mexicano que tienen nombre propio y representan a una generación, a un estilo en la narración periodística de la capital y han conformado una corriente innovadora en sí misma (algunos de sus exponentes están consagrados y otros apenas inician en las faenas ciudadanas), se requiere de una reflexión acerca de lo que es ser cronista y de manera más específica, urbano.

En un sentido simplista el cronista es aquel periodista especializado en escribir narraciones del mismo nombre, aunque si esa definición es llevada a un plano más amplio respecto a lo que representa aquél, puede considerarse que es quien logra llevar lugares, ambientes y circunstancias a un grupo de personas (conocidas como lectores) que dada la imposibilidad de encontrarse en ese sitio no pueden saber directamente el modo cómo ocurren esos hechos.

Fue "la incapacidad humana de conocer lo que sucede a distancia y el interés por acercarse a ello, [lo que hicieron] a lo largo del tiempo el oficio...del cronista... [Quien llegó a mostrar] los mundos distantes [o cercanos], y no pocas veces se enriquecía lo contado al pasar por el asombro y la pasión de quien lo relataba".¹

Estos sujetos han revelado el presente y actualizado el pasado, han luchado contra lo efímero (en que podrían terminar las narraciones cronológicas de instantes específicos) para inyectarle interés y trascendencia a los escritos periodísticos.

¹ Liñán, Édgar, "Una crónica del siglo XIX: Francisco Zarco", *Revista UNAM Aragón*, pág. 7.

Como es obvio dentro del gran espectro de cronistas, algunos se han dedicado a un tipo especial de este género, aunque por motivos de esta investigación únicamente se hará referencia a quienes se han inclinado por narrar lo acontecido en las urbes.

Estos periodistas (los cronistas de ciudad) tienen un interés especial por aquellas situaciones que de tan cotidianas resultan inadvertidas a los ojos del ciudadano común y por algunas historias sorprendentes que sólo pueden ser crebles porque el narrador las relata al detalle y con datos precisos.

Dentro del repertorio de cualidades de los cronistas urbanos, éstos tienen un gusto peculiar por las variedades del habla, los modismos, el imaginario popular, las costumbres casi perdidas, los nuevos hábitos y los conflictos sociales de las grandes ciudades (esta última cualidad se ha desarrollado en la capital de la República mexicana y en el resto del país a partir del movimiento estudiantil de 1968, y ha tenido un auge durante las últimas dos décadas).

También son expertos en merodear en los barrios pobres, las zonas típicas de una ciudad, los sitios de entretenimiento y diversión, los tradicionales puntos de encuentros, en calles y avenidas, en los transportes públicos, en las vecindades y nuevas formas de residencia colectiva, en los ritos ancestrales y las creencias vulgares; todo ello para mostrar una parte de la ciudad y sus habitantes.

Ahora bien un conocedor y autor de innumerables relatos periodísticos escribió acerca de quienes construyen día con día este género, en una clara analogía con las bitácoras y las relaciones marítimas de los navegantes europeos (consideradas una forma rudimentaria de crónica), la posterior descripción, donde además aparecen señalados los asuntos en que deberá centrar su atención el periodista de la urbe:

Los cronistas [citadinos] son por vocación viajeros intensos en su propia ciudad, y en su recorrido fijan las otras dimensiones urbanas –las propias del ángulo personalísimo–, a ellos les toca trazar el otro mapa: de tradiciones, hábitos, placeres, confrontaciones éticas, frivolidades, opciones piadosas, irreverencias, ejercicios de la sensualidad y el voyeurismo. Acuden al no muy difícil don de ubicuidad para ser creíbles, porque sólo al exhibir su avidez con que registran sitios y situaciones se vuelven convincentes.²

Los narradores de ciudad se convierten en seres omnipresentes, ya que en su afán por presentar los instantes irrepetibles de un suceso exploran las diferentes visiones de aquellos que estaban en el lugar, ya sea como protagonistas o testigos de lo ocurrido; vuelven un texto en apariencia lineal en un escrito donde se pueden obtener diferentes versiones; asimismo, suelen detallar la clase de ambiente y la tipología de los personajes.

Mas todas estas cualidades carecerían de valor, si no fuera porque los periodistas especializados en este género tienen como precepto evadir el silencio; "...darle voz a quienes no la tienen. [Y aunque] esto da origen a trabajos extraordinarios, se presta también al 'proteccionismo ideológico y al chantaje sentimental a nombre de quienes no están allí para desmentir. Pero [convertirse en voceros]..., es sin duda, el estímulo que acerca a los cronistas a los movimientos populares, huelgas, estilos de vida..."³

Si en general el ejercicio informativo está ligado con una responsabilidad social y pública, el de los narradores periodísticos urbanos es el más cercano a los acontecimientos habituales comunitarios; de tal modo, "...tiene como principal función mostrar en sus escritos las inquietudes de los ciudadanos. Si se toma en cuenta que las

² Monsiváis, Carlos, Conferencia "La ciudad a través de la crónica", 5 de julio de 1998.

³ Prol. Monsiváis, Carlos, *El fin de la nostalgia*, pág. 23.

situaciones...cercanas a la realidad del lector, son las de mayor interés y preocupación, el cronista urbano esgrime un compromiso prioritario con las necesidades de su público más que cualquier otro cronista especializado".⁴

En el caso de los cronistas del Distrito Federal, en los últimos quince años sus textos están relacionados de manera por demás próxima con las exigencias de la sociedad, debido a su inmersión en las decisiones políticas, así como con las problemáticas endémicas de la ciudad, tales como la inseguridad, el hacinamiento, la contaminación y carencia de servicios.

Asimismo, en la década final del siglo XX, se han inclinado por escribir acerca de los grupos en situación de riesgo, los sectores de la ciudad desfavorecidos que han convertido a las calles en un sitio de trabajo, en morada y en espacio de supervivencia, quienes representan esa imagen desagradable y de poco atractivo turístico, pero que revelan los conflictos y nuevas formas de vida de los capitalinos.

Las anteriores aseveraciones no han impedido que los narradores noveles y experimentados utilicen los aspectos costumbristas, las tradiciones pintorescas (plagadas de leyendas y creencias populares) y los motivos históricos, con rasgos de actualidad, como temas para sus textos periodísticos. Al grado de que su labor de cronistas y sus relatos contribuyen a preservar la memoria y la identidad de la capital, así como salvaguardar el legado cultural de los habitantes del D.F. (a veces influenciada por la característica migratoria de esta urbe)

De tal forma, al dedicarse a escribir sobre las dificultades y luchas diarias de los pobladores de esta megalópolis, los periodistas de este género adecuan su propio desarrollo narrativo al devenir de la capital, ya que aunque "hay quienes piensan que

⁴ Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos*, pág. 299.

ser cronista de la ciudad [de México] es detentar un título reaccionario...[se equivocan, pues]...el quehacer del cronista es estar atento al tiempo de la ciudad".⁵

Tal es así, que estos periodistas son testigos dedicados a difundir en secciones y suplementos culturales y literarios, y en pocas ocasiones en los apartados específicos de la capital, las transformaciones y sucesos que afectan o dan sentido a la existencia de los capitalinos. Han dado cuenta de las grandes y pequeñas historias, de los actos de solidaridad, repudio o amor colectivo e individual, de la conciencia cívica que ha aflorado en los años recientes, de las manifestaciones, marchas y plantones de diversos sectores sociales que convirtieron al Zócalo en vértice del reclamo ciudadano y la organización comunitaria.

Además, ese conjunto de narradores ha retratado las tragedias, accidentes y conflictos, al igual que los olores, colores, sabores y ambientes de las calles y colonias, provistos de un aire a veces nostálgico y otras novedoso; todo ello en un ejercicio de remembranza de la fisonomía del D.F.

Luego de estas revelaciones sobre el significado e importancia del cronista de la metrópoli, es necesario comentar que estos periodistas especializados no han sido valorados en toda su magnitud en fechas recientes, pues aun cuando a mediados de los ochenta proliferó en los diarios capitalinos ese tipo de relatos periodísticos, mismos que se conjuntaron en colecciones bibliográficas, ha existido una concepción errónea sobre los artífices de la crónica citadina.

Para los miembros del elitismo cultural, hasta 1968 los cronistas urbanos eran grandilocuentes del presente o del pasado, exaltadores de la trivialidad y de los eventos

⁵ Tovar y de Teresa, Guillermo, *apud*, David Siller, *Aquí, allá y en todas partes*, pág. 135.

considerados "menores"; eran "los amanuenses de las notas frívolas, los cortesanos de la Buena Sociedad (sic), los aduladores de la vida popular a la que se aproximan con ojos paternalistas o de adoración irrestricta".⁶

Ahora bien, como lo ha ratificado el autor de *Días de Guardar*, el movimiento estudiantil del 68 modificó buena parte de las opiniones que sobre los periodistas de esta especialidad se tenían, además de que cambió la forma de practicar los géneros en general y la crónica de la capital en particular, aunque sin llegar al reconocimiento del cual gozan otras actividades del mismo quehacer.

Para darle su justa dimensión a la labor de estos narradores de la vida ciudadana, es preciso volver la mirada hacia quienes han constituido la historia reciente del género; revisar el trabajo de Renato Leduc, José Alvarado, Fernando Benítez, Ricardo Garibay, Elena Poniatowska, y Carlos Monsiváis, por citar algunos.

3.2 Las voces de la experiencia

Luego de escribir sobre el desarrollo de la crónica de la capital, tras el periodo revolucionario, en apartados anteriores, es indispensable tratar la visión (en estricto orden cronológico) de aquellos periodistas que dedicaron parte de su labor profesional a plasmar en el papel lo ocurrido en calles, callejones, colonias, vecindades y parques del Distrito Federal, lo mismo con un ánimo pintoresco y costumbrista que con compromiso social, pero todos con el interés humanista propio de este género.

⁶ Prol. Monsiváis, Carlos, *op. cit.*, pág. 16.

Hay que recordar que a diferencia del siglo XIX, los cronistas del XX fueron ante todo literatos e historiadores preocupados por lograr mediante sus escritos la exaltación de las costumbres, las cuales ayudarían a gestar una identidad entre la población, y promoverían el nacionalismo, aunque desde una perspectiva aristócrata.

Esos maestros del lenguaje, quienes legarían a sus descendientes la utilización de formas retóricas y estructuras narrativas particulares, relegaron, en su mayoría, la información a un segundo plano, amén de que manifestaron su desdén por los hábitos de pueblo, salvo Francisco Zarco y Ángel del Campo "Micrós", y con una visión refinada sólo se adentraron al *mundo de la marginación* –como ellos le llamaban– para exhibir la sordidez, la concupiscencia, el olor nauseabundo y el conformismo de esa gente como una apología del recto estilo de vida de la clase en el poder.

Luego de un periodo de reorganización posrevolucionario y en el albor de una época de bonanza y estabilidad pregonada por la llamada *Familia Revolucionaria*, dos tipos de cronistas urbanos sobrevivieron: uno preocupado por recordar los momentos y vivencias de antaño, cuyo máximo representante fue Artemio del Valle Arizpe, y otro deseoso de mostrar con humorismo e irreverencia las esferas marginales, así como los excesos y conductas poco aceptables de la burguesía.

Esa apertura fue una característica tanto de la nueva etapa política que vivía el país como de los intereses de los noveles narradores de la ciudad, cuyo sello distintivo era su esencia de periodistas, sin que ello equivaliera a que menospreciaran los cánones literarios que habían caracterizado a los escritos del siglo pasado.

Dos de los exponentes que modificarían los estilos y temáticas tratadas por los relatos periodísticos de ciudad (los cuales aún no eran tratados como un género) fueron Renato Leduc y Salvador Novo.

Leduc, también con vena poética y heredero del modernismo, se dedicó a recorrer las cantinas y tugurios capitalinos; fue un bohemio incansable que lo mismo descubrió en sus textos la picardía del mexicano, el albur y el doble sentido, que la genealogía de sinfín de oficios populares y algunas de las figuras del recién instituido sistema político mexicano.

Alejado de los asuntos respetables y dignos de aplauso comunes a la clase dominante, el creador de *Historia de lo inmediato* "...representa en el periodismo lo mejor de una tradición que alía a las exigencias constantes de compromiso crítico y calidad literaria una actitud que no moraliza ni se pretende ejemplarizante...carece de cualquier dejo de superioridad o de patrocinio ante sus temas".⁷

De tal forma con Leduc inició la mirada veraz y profesional del quehacer periodístico, de una animadversión por la selección elitista de lugares y personajes que predominaban en la época; asimismo, eliminó de sus visitas a los sitios de diversión, y de sus textos, cualquier elemento discriminatorio o enjuiciador de la conducta humana para mostrar la realidad de los barrios pobres y de sus pobladores.

A su vez, Salvador Novo convirtió su producción escrita en una narración animada y aguda del panorama burgués, del cual formó parte, pero sin mirada solemne y complaciente de las prácticas de esa clase social.

Una de las aportaciones del autor de *Este y otros viajes* fue la exposición de las rutinas privadas de los poderosos, así dio cuenta de los hábitos sexuales ocultos por tanto tiempo como la homosexualidad, el lesbianismo y otras preferencias que rompían con la imagen de decencia y recato de los integrantes del sector más favorecido.

⁷ Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*, pág. 353.

A manera de diario, Novo expuso, principalmente, en de *Return Ticket*, un recuento personal de alguna de las experiencias cotidianas de la negada comunidad gay capitalina, así como los periplos por lugares exclusivos de esparcimiento, donde las pasiones y formas de comportamiento eran reveladas con un lenguaje irónico.

El escritor de *Las locas, el sexo y los burdeles* "...en la crónica, en el recuento del mundo...despliega el temperamento ideal de la sociedad que lo margina, y va del microcosmos al macrocosmos con el desenfado y el espíritu minucioso que remiten a modelos clásicos [de la literatura con tema burgués]"⁸.

Si bien ésa es la personalidad de Novo, de su acuciosa pluma también emergieron apuntes históricos, gastronómicos y pintorescos, tales como una recopilación de narraciones sobre Coyoacan y sus diversas leyendas que dieron cuenta de su interés por preservar la cultura nacional.

Luego vendría José Alvarado, quien con tono elegíaco daría una serie de impresiones y contrastes de los ambientes e individuos comunes a la capital. Como ningún otro cronista de su época se dedicó a observar las atmósferas de los barrios y lugares de reunión del Distrito Federal, y los expuso con un aire de crudeza cotidiana.

Además mostró en sus escritos la confrontación de las costumbres presentes con las antiguas, ya que para él la cultura se construía a partir de la añoranza del ayer y de su exaltación, y reveló los vicios típicos de los años cincuenta y comparó las correrías en el asfalto con la rutina de los hogares.

De igual modo, Alvarado describió lo sucedido en un mismo sitio en diferentes horarios y explotó al máximo la relación cronológica de los acontecimientos, así aparte

⁸ Prol. Monsiváis, Carlos, *El fin de la nostalgia*, pág. 16

de regirse a los principios del género proporcionó un recurso narrativo novedoso como lo era la exposición simultánea de diversos instantes en un mismo relato.

Le siguieron Ricardo Cortés Tamayo y Arturo Sotomayor, ambos de oficio reporteros, aunque más tarde apasionados de la crónica, quienes transformaron el tratamiento del género. El primero, oriundo de Jalisco, durante varios años publicó en *El Día* la columna "Del Zócalo al Periférico", donde retrató personajes, conflictos, diálogos y circunstancias populares, cuyo principal motor era el factor económico inherente a su sector; aunque trataba la miseria humana, siempre destacó la imaginación, el ingenio y la sensibilidad de las personas desprovistas de sustento, además de reproducir de manera fiel sus modismos y su léxico.

En el caso de Sotomayor, su preocupación central desde novel periodista fue el desarrollo sociopolítico y cultural, así como las problemáticas de la ciudad de México; asimismo, tuvo predilección por los relatos históricos y las reconstrucciones estéticas de la capital de antaño, pero uno de sus valiosos aportes es que "su estilo...barroco se vierte en exaltaciones líricas y denuncias políticas y urbanísticas, en viñetas e inventarios de costumbres".⁹

Cabe mencionar en este punto a Fernando Benítez, quien a pesar de tener una limitada incursión por el mundo de la narración periodística del D.F., impulsó la difusión de la cultura mexicana y las crónicas ciudadinas al ser precursor de los suplementos de este tipo, donde el género tuvo esplendor y consolidó a periodistas, tópicos y estilos.

Años después, aparecerá Ricardo Garibay, quien obsesionado por el habla popular se dedicó a reproducir en sus textos diarios y en algunos libros las variaciones

⁹ Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*, pág. 357.

coloquiales de la lengua dentro del panorama cotidiano de las personas, el lenguaje le permitió lo mismo referirse a las fiestas y ritos alegóricos que tratar los conflictos y los sinsabores de la crisis mexicana.

Garibay interesado en los modismos de las comunidades hizo la disección de uno de los personajes más populares del mundo boxístico en *Las glorias del gran Púas* (1978). Mediante los testimonios de Rubén Olivares, repletos de albures y groserías, el periodista consigna a través del lenguaje tanto el ascenso del púgil como su derrumbe profesional entre la vagancia, los vicios, las dilapidaciones y las amistades parásitas.

Tras la publicación de ese libro, los cronistas de la urbe descubrieron nuevos elementos para darle a sus narraciones viveza, colorido y dinamismo, a la vez que pudieron tomar como punto de referencia a un solo individuo que representará a un sector para escribir sobre la situación, las costumbres y problemas de una colectividad en la ciudad de México.

Con ello, encontraron la manera de entrelazar una historia individual con las preocupaciones comunitarias, sin perder de vista la esencia del protagonista de los relatos y el comportamiento de esos grupos sociales.

Vicente Leñero fue otro de los periodistas que ejerció la crónica de la ciudad, así como el resto de los géneros, con un estilo sencillo, aunque en contraste con Garibay realizó un exhaustivo trabajo descriptivo sobre los sitios memorables, históricos y de interés del D.F.

El autor de los periodistas retrató en publicaciones como *Revista de revista*, *Claudia* y *Proceso* ya no la capital tradicional de los cuarenta y cincuenta, sino las formas de vida, conductas y acciones de una nueva generación de mexicanos, que

abarcaron tanto las impresiones del pueblo como el comportamiento de la clase opulenta de los setenta.

En su único compendio de trabajos denominado *Talacha Periodística*, Leñero incluyó algunas crónicas ciudadanas sobre monumentos y lugares de reunión y prosiguió con la tradición iniciada por Garibay de escribir textos con una extensión de varias páginas para plasmar un mosaico de algunas de las situaciones que ocurrían en las calles del D.F.

Muchos son los ejemplos que pueden desprenderse de esa recopilación, así el escritor de *Los albañiles* narró las imágenes de la clase adinerada y sus acciones en un sitio elegante y refinado de la ciudad como la Zona Rosa; tuvo como protagonistas de sus relatos a la Diana Cazadora, a Ciudad Universitaria, el Castillo de Chapultepec y el Colegio Militar.

Pese a que eran narraciones sobre espacios arquitectónicos y escultóricos pudo imprimirles dinamismo, gracias a la visión de seres humanos de distintos pensamientos y generaciones que a través de la pluma del periodista transmitieron anécdotas sobre la historia y los sucesos relacionados con esas obras.

A mediados de los ochenta las publicaciones como *Unomásuno*, *Proceso*, *El Financiero* y la recién fundada *La Jornada*, que se caracterizaron por ejercer un periodismo más crítico, independiente y comprometido, comenzaron a llenar sus páginas con crónicas urbanas, donde se plasmaron los nuevos conflictos de la ciudad de México: tráfico, sobrepoblación, contaminación y desempleo.

Los espacios de la prensa se abrieron para consignar el renacimiento de las movilizaciones sociales como las de los maestros, del Consejo Estudiantil Universitario,

del Movimiento Proletario Independiente y de otras organizaciones de provincia que convirtieron al *Zócalo* en sitio de exigencias y protestas públicas.

Aunado a ese tema, los periódicos darían cabida a relatos sobre el terremoto del 19 de septiembre de 1985, suceso que determinó la vida de la ciudad en esa década; fue contada por igual la solidaridad, el esfuerzo de los voluntarios, las pérdidas humanas, las historias de los sobrevivientes y de los damnificados.

Así surgió una novel y extensa generación de cronistas a la par que columnas y suplementos culturales en los diarios citados y en otros con una historia periodística como *El Universal* y *El Nacional*.

Nombres como los de José Joaquín Blanco, Herman Bellinghausen y Jaime Avilés —quienes habían iniciado como reporteros e incursionado en la literatura— empezaron a ser reconocidos por el estilo que le imprimieron a las crónicas de la urbe y se convirtieron en representativos de esa etapa a mediados de los ochenta.

José Joaquín Blanco en sus colaboraciones en *Unomásuno*, algunas de las cuales se encuentran reunidas en *Función de Medianoche* "que marca la aparición de los cronistas del ánimo emergente de la sociedad"¹⁰, retrató a las clases medias del México moderno, a las minorías urbanas y a los sectores ricos; con un sentido crítico mostró las costumbres ostentosas de los habitantes de las zonas residenciales y dio cuenta del paso de ciertos grupos por las calles de esta ciudad, ya fuera con una actitud pasiva o una conciencia ciudadana.

Con un interés descriptivo, ironía y desenfado Blanco expuso la vida de los capitalinos, las nuevas costumbres, la psicología de los seres que circulan en las calles,

¹⁰ Prol. Monsiváis, Carlos, *El fin de la nostalgia*, pág. 24.

el diario transcurrir en metros, parques, transportes colectivos, los hábitos alimenticios, los oficios insólitos, el comercio informal, y los establecimientos que han sobrevivido al paso del tiempo.

El siguiente compendio de Blanco fue *Un chavo bien helado*, donde profundizó en los personajes de la crisis, la cultura popular, las prácticas amorosas de los *defeños* (término frecuente en sus escritos), los entretenimientos del barrio, la música, el patriotismo, los sucesos políticos, las elecciones del 88, las riñas callejeras, el lenguaje, la violencia, y el recuento de estatuas de próceres y nombres de calles.

Por su parte, Herman Bellinghausen, colaborador de *La Jornada* desde sus inicios, en sus primeros relatos describió un gran número de manifestaciones, así como una serie de marchas ciudadanas. Razón que lo llevó a escribir *Crónica de multitudes*, donde aparecieron toda serie de ideologías y preocupaciones sociales, además expuso algunos de los rituales de la clase política priísta en sus épocas de gloria en la capital mexicana.

Mientras que Jaime Avilés en *Unomásuno*, *El Día* y *La Jornada* se dedicó a convertir sus textos en una especie de tribuna de las carencias comunitarias, sus crónicas denunciaron el abuso de poder y el desinterés de los gobernantes para con los miserables de la ciudad, de igual forma describió mítines, asambleas, tradiciones familiares y religiosas; parte de esos ejercicios los conjuntó en "La ciudad del cielo", tercer apartado del libro *La rebelión de los maniqués*.

Parecería que el espacio dedicado a los últimos cronistas es breve, sin embargo cabe aclarar que la reducción de líneas se debe a que tanto Bellinghausen como Avilés diversificaron su camino en el periodismo, y mientras el primero se ha abocado a las causas indígenas con la fundación de la publicación *Ojarasca*, además de ser relator y

enviado especial de *La Jornada* a Chiapas tras la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional; el segundo es ahora un columnista político que se ocupa de dar seguimiento a asuntos especiales. Ambos pueden considerarse impulsores y exponentes de los relatos periodísticos de la ciudad de México en los ochenta, pero en aras de su profesión se alejaron de ese panorama.

De seguro el lector informado sobre este género considerará como una grave omisión temática la nula mención en este recuento de dos periodistas claves para la reconstrucción de la historia de la crónica y los cronistas del D. F. como lo son Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis. Las causas se mencionan enseguida.

La ausencia de Poniatowska y Monsiváis en este esbozo obedece a razones de índole metodológico, jerárquico y de contenido. Toda vez que el actual apartado es una revisión desde la perspectiva de los narradores ciudadanos, la estructura formal del tercer capítulo parte de un panorama sobre el oficio del cronista y los principales representantes de ese gremio, después se particulariza en aquéllos autores significativos –por variados motivos– para la crónica de la ciudad de México en la segunda mitad del siglo XX.

Dicha enumeración comienza en los dos siguientes puntos dedicados a los autores de *Tinísima* y *Aires de Familia*, pues ambos han tenido una amplia producción periodística urbana y contribuyeron al desarrollo del género, aunque, cabe aclarar que esas no son las únicas causas por las cuales se les dedicará un apartado.

En el caso de Poniatowska, ella ha sido la periodista que más ha destacado en las crónicas, y en especial de la capital. Mujeres como Carmen Lira, Josefina Estrada y Cristina Pacheco escribieron relatos urbanos por sus personalidades polifacéticas y por la diversidad que representa el género dentro del periodismo escrito; sin embargo, las

dos primeras no se han especializado en ellos, y la última, pese a que cuenta con un prestigio con la serie de crónicas televisivas *Aquí nos tocó vivir*, en sus narraciones en los diarios caen en el terreno de la ficción.

Por su parte, Carlos Monsiváis, desde sus épocas como colaborador en el suplemento *La cultura en México*, de la revista *Siempre!*, se convirtió en el cronista más consistente de la capital y de la cultura popular; atestiguó los cambios de la sociedad de la ciudad de México y todo lo guardó, además de en las páginas de los diarios, en publicaciones donde la diversidad de opiniones y voces son el factor característico.

3.3 Poniatowska, la cronista de ciudad

Cuando se menciona a Elena Poniatowska, nacida en París en 1933 y radicada desde 1944 en México, es necesario recurrir a su extensa trayectoria en el quehacer periodístico y literario, aunque por el propósito de este trabajo sólo se comentará a la Poniatowska cronista urbana.

A partir de 1954 se inició en el periodismo como reportera y entrevistadora en *Excélsior*, en poco tiempo mostró la vena literaria que le permitió escribir con sencillez los sucesos y explotar la personalidad de diversos entrevistados en una cuantas cuartillas. Para 1957 comenzó a trabajar en *Novedades*, donde aparte de publicar conversaciones y reportajes escribió una serie de narraciones urbanas semanales en el suplemento *Magazine*, de ese periódico, mismas que eran acompañadas por ilustraciones de Alberto Beltrán; en esos pasajes, "al principio Poniatowska opta por la

viveza costumbrista, y las viñetas capitalinas...[como] homenaje a las tradiciones que declinan, paseo 'a la antigua' por paisajes en extinción".¹¹

En esas entregas Poniatowska plasmó los ritos de una capital semiurbanizada, los usos de los cincuenta, las modas y espectáculos, las faenas laborales y las actividades típicas de los habitantes del D.F.

Durante el tiempo de esa sección Poniatowska y Beltrán recorrieron mediante palabras e ilustraciones la capital del país –aunque la columna también sirvió, en menor grado, para relatar algunas costumbres y sitios turísticos de provincia–. “Hicieron juntos un registro de los andares y los paseos dominicales de algunos mexicanos, sus entretenimientos, sus gustos y sus tradiciones. Entonces su majestad el automóvil no había extendido su imperio, no había ejes viales, el Metro no existía, se podía tardar...”¹²

Seis años más tarde, esas crónicas las reunió en *Todo empezó el domingo*. Así recreó las visitas a Chapultepec; los juegos de los niños en el Monumento a La Raza; al señor que vendía tejocotes y perones bañados en caramelo; las “mandas” ofrecidas en La Villa; los puestos de libros viejos en La Lagunilla; las familias que observaban despegar a los aviones tras las rejas de metal del puerto aéreo capitalino; la edificación de nuevas colonias, cuyos terrenos costaban un peso, y las matinés en los cines *Mitla*, *Florida*, *Janitzio* y *Tepeyac*.

También describió los partidos de fútbol llanero que disputaban los obreros de las fábricas en las orillas de la capital; al anciano que viajaba por los barrios jalando el “carrito de las vistas”, el cual era una serie de escenografías y dibujos que se movían

¹¹ *Ibidem*, pág. 17.

¹² Poniatowska, Elena, *Todo empezó el domingo*, pág. 13.

por medio de un cordón, así como el ambiente de los salones de baile *Los Ángeles y México*.

Y las costumbres olvidadas como los juegos de lotería en La Alameda; los vendedores de pájaros que afilaban las jaulas sobre su espalda; los juegos de pelota mixteca en la Jardín Balbuena, las competencias de avioncitos en el campo Marte; los títeres, juguetes y teatros que vendían en la calle de Santa Teresa (ahora Guatemala); el almuerzo de los albañiles de La Viga, y las visitas a los balnearios Aguacaliente, Bahía y Olímpico en Semana Santa.

Todas esas imágenes y otras tantas del Distrito Federal de los años cincuenta fueron narradas por Poniatowska, cuyo libro fue reimpresso en 1999 por editorial Océano, de modo tal que las nuevas generaciones pudieran conocer la ciudad de antaño, cuando era la región más transparente; en tanto que los capitalinos de aquel entonces recordarían con añoranza los momentos perdidos en la memoria individual.

Tras continuar con sus trabajos, llegó el año de 1968 con un movimiento estudiantil que marcó la historia de la sociedad mexicana y del periodismo, Poniatowska guardó esos momentos de insurrección juvenil y de lucha por las libertades, mediante el suceso mortuorio de la Plaza de las Tres Culturas, en una publicación que se volvió lugar común al referirse a esa fecha: *La noche de Tlatelolco*.

En ese escrito, la periodista permitió que las voces, los recuerdos y el dolor de los protagonistas, los sobrevivientes y los testigos de la masacre condujeran al lector por la reconstrucción de los sucesos que en la mayoría de la prensa de circulación nacional el gobierno diazordacista pudo ocultar.

A través de esta obra, Elena Poniatowska dejó de lado su ego profesional y relegó a un segundo plano su papel primigenio como cronista para convertirse en un

vehículo literario y periodístico que transportara las palabras de los demás seres: los verdaderos protagonistas. Asimismo, en *La noche de Tlatelolco* como lo aseguró un crítico:

"...se dan series de contrapuntos dramáticos, alusiones entre unos textos y otros, refutaciones y afirmaciones: argumentos...La disposición de los textos apunta y demuestra, denuncia. Texto que nace de voces múltiples, texto donde 'la realidad ha tomado la palabra',...cuestiona de un modo radical el papel y las funciones del narrador (¿quién hala?) sin por ello ahorrarles responsabilidades. Quizá una de las cosas más bellas de este libro sea la renuncia a la identidad de su autora, a una identidad elocutoria y la aceptación de la escritura (nada menos) como edición..."¹³

Por otra parte, cuando en 1970 apareció el libro, la gente logró forjarse una idea del modo en cómo ocurrieron los hechos, ya que las líneas expuestas mostraron cómo vivieron estudiantes del Politécnico, la UNAM, la Iberoamericana, la Escuela de Antropología, mujeres y hombres, aquellos instantes y lo que su mente pudo registrar.

Los testimonios de alumnos, de los habitantes de las unidades Nonoalco-Tlatelolco, de los profesores, de reporteros y de los padres de familia fueron entremezclados por la autora con voces anónimas de lo que se escuchaba en medio del caos provocado por el tiroteo, y que dieron un panorama de la forma cómo ocurrieron los hechos: "¡No puedo! ¡No soporto más! ¡No salgas! ¡No te muevas! ¡Cérquenlos! ¡Ahí! ¡Ahí! ¡Cérquenlos, cérquenlos les digo!..."¹⁴

Además recogió las versiones de los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga, quienes no sólo contaron, de manera detallada, lo ocurrido esa noche, sino dieron una escueta opinión sobre aquellos hechos, en la que culpaban al gobierno del asesinato de sus compañeros, las circunstancias coyunturales en que sucedió el ataque y los actos

¹³ Castañón, Adolfo, *apud*, Christopher Domínguez Michel, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, pág. 72.

¹⁴ Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco*, pág. 197.

en días previos a la manifestación en Tlatelolco. Poniatowska incluyó, también, los encabezados y las notas que sobre el asunto aparecieron en los diarios de circulación nacional, los cuales dieron la versión oficial de un ataque de francotiradores en contra de las personas reunidas en la plaza, y la agresión que sufrió el General Toledo, así como lo relatado por los corresponsales extranjeros que fueron heridos o vieron la masacre de aquel día.

Todo un entramado de versiones y recuerdos se fundieron en las páginas de *La noche de Tlatelolco*, un recuento testimonial de sucesos, donde la crónica citadina como hasta ese entonces era conocida se transformó en una diversidad de descripciones y relatos de la atmósfera y los seres que se reunieron aquel 2 de octubre.

El libro constituye "una afortunada síntesis de vida y literatura, escritura y realidad"¹⁵; factores que debe incluir cualquier narración periodística urbana para que funja como memoria del pasado cercano; en este caso de los ideales juveniles de una época, del crimen que aún está inconcluso, del comienzo de la lucha por la democracia que traería el final del movimiento estudiantil, y de las transformaciones que ocurrían en la sociedad y el periodismo.

La noche de Tlatelolco exhibió "...la densa capa mortuoria de la vida política de México, la sensación de un país colocado bajo una campana neumática al cual vivifican las brigadas y las manifestaciones, y al cual pretende silenciar en vano la matanza".¹⁶

No ha sido una exageración de críticos y especialistas los halagos concedidos a la obra de Poniatowska acerca del 68, pues el género encontró en las frases y declaraciones de la gente una línea temática donde los modismos eran secundarios con

¹⁵ Domínguez Michel, Christopher, *op. cit.*, pág. 72.

¹⁶ Prol. Monsiváis, Carlos, *op. cit.*, pág. 18.

relación a las reflexiones, la ideología y la inconformidad de las personas, la crónica de la ciudad se había convertido, por medio de las palabras de los agredidos, en un ejercicio de denuncia política y social.

Elena Poniatowska se dedicó a escribir a partir de 1969 obras narrativas como *Hasta no verte Jesús mío*, *Querido Diego, te abraza Quiela* y *De noche vienes hasta* que en 1982 regresó por la senda del relato periodístico con *Fuerte es el silencio*.

En esa obra, la periodista narra los avatares de las madres de los desaparecidos políticos de los setenta, pertenecientes a la izquierda y agrupados en la Liga 23 de Septiembre y otros grupos opositores, por conocer el paradero de sus hijos; también, recopila las manifestaciones y exigencias al gobierno, dirigidas por Rosario Ibarra y la agrupación EUREKA, las historias de los fundadores de colonias marginales como la Rubén Jaramillo y las luchas de las incipientes organizaciones populares.

Con el libro editado por *Era*, la periodista dejó de mirar a la ciudad con un ánimo pintoresco como en sus inicios costumbristas para fijarse el compromiso social de exponer las pérdidas y carencias de los ciudadanos, con un estilo contrario al de *La noche de Tlatelolco* conjuntó "muy diversos recursos de la crónica: la evocación sentimental, el recuento político, el relato mítico de los orígenes, la novela corta sin ficción, la viñeta, la estampa..."¹⁷

Cuatro años más tarde (1988), Poniatowska escribió *Nada, nadie*, donde da una remembranza del sismo de 1985, y las consecuencias urbanísticas, sociales y humanas que trajo al D.F.; asimismo, la autora se reunió con algunos de los sobrevivientes y damnificados para incluir sus experiencias de aquella mañana del 19 de septiembre.

¹⁷ *Idem.*

Nada, nadie es una narración en estricto orden cronológico, donde las escenas se agolparon una tras otra: los primeros minutos del movimiento sísmico son contados tanto por un enviado del diario *El Fígaro* como por algunos residentes de la Unidad Tlatelolco, se rescatan las palabras de los reporteros del *Unomásuno* que vieron el derrumbe de los viejos edificios del Centro Histórico.

Ese libro también trata de reconstruir el pánico que sentían los capitalinos en sus viviendas, la catástrofe en la zona de los hoteles desplomados de Paseo de la Reforma, la historia de los atrapados en la sección de ginecobstetricia del Hospital General, así como la desesperación de hombres y mujeres por encontrar a sus parientes. Incluso se registraron los cables de las agencias informativas y las primeras planas de los periódicos vespertinos que en términos subjetivos definen lo ocurrido en la mañana, junto con las notas y reportes de los periodistas.

De este modo las microhistorias de la supervivencia en la capital se intercalaron con la información oficial: la cifra tentativa del número de muertos, heridos y enterrados bajo los escombros; las recomendaciones y medidas gubernamentales; la negativa inicial de las autoridades por recibir ayuda extranjera; las confirmaciones de que el Mundial de Fútbol del 86 se llevaría a cabo, pues los estadios se encontraban en perfectas condiciones.

Pero Poniatowska con la ordenación de los relatos hizo patente la ineficacia del gobierno para resolver el estado de emergencia, ya en la narración dio cuenta de cómo los socorristas y voluntarios ciudadanos fueron los primeros en salir a las calles para rescatar a los seres que estaban atrapados entre las ruinas.

Nada, nadie fue el documento que mostró las formas espontáneas de organización civil ante la tragedia, la solidaridad de los capitalinos, el apoyo humano y

material proveniente de diversos estados y del extranjero, los campamentos que se montaron cerca de las zonas de desastre, el envío de alimentos, ropa y medicamentos de las señoras del Pedregal y Las Lomas; el rescate —que recibió de la prensa el calificativo de milagroso— de los nueve recién nacidos en el General, entre otras pruebas de altruismo colectivo.

De la misma forma, el libro sirvió para revelar la corrupción y negligencia que en materia de urbanismo habían trazado las administraciones del D.F., la cual terminó por sepultar a miles de inquilinos del edificio Nuevo León, en Tlatelolco y a las costureras de San Antonio Abad, así como a los empleados de la SECOFI, de la Secretaría del Trabajo y de otras dependencias; de igual forma exhibió la falta de planeación en protección civil, prevención de desastres y solución de emergencias.

En 310 páginas, Poniatowska reconstruyó la tragedia de los capitalinos, el cementerio en que se convirtió la ciudad de México, esta vez por medio de los relatos de los damnificados, de los gritos de auxilio, de las acciones solidarias, y de las evocaciones de dolor y lucha de quienes sobrevivieron al temblor más intenso que registró el Distrito Federal en su historia moderna.

Tras de publicar aquella obra subtitulada *Las voces del temblor*, la periodista —nacionalizada mexicana en 1963— dejó de escribir crónicas ciudadanas, aunque las que creó siguen ahí al alcance de los interesados en constatar como narró los sucesos trascendentales, diversificó el estilo de esos relatos con la exploración exhaustiva del modo cómo ocurrieron los hechos, las múltiples visiones e instantes del mismo, la inclusión de varios personajes, en ocasiones voces anónimas, y la proliferación de un lenguaje ameno y coloquial.

Amén, la autora de la serie de entrevistas *Todo México* envolvió a la ciudad con distintas vestimentas desde el ropaje de las descripciones costumbristas de una capital semirural, alegre, parsimoniosa y entregada a las tradiciones hasta los trazos de una urbe cosmopolita, casi en ruinas, hundida en la desolación y la crisis que se acrecienta con un sismo o se mantiene a la par de la pobreza.

Todos esos mundos que son el Distrito Federal los narró por igual Elena Poniatowska, con desenfado e ingenuidad y concediéndole un sitio primordial a la viveza del lenguaje de los protagonistas.

3.4 Monsiváis y los rincones del D.F.

Desde que Carlos Monsiváis (ciudad de México, 1938) se inició en el periodismo tuvo especial predilección por las crónicas urbanas y los ensayos sobre las costumbres de los mexicanos, y convirtió a las primeras desde el principio "...en un poderoso instrumento de creación e indagación...[en] un género personal...y a la vez invención colectiva".¹⁸

El director del suplemento *La cultura en México* de la revista *Siempre!* se abocó a trazar las manifestaciones de la cultura popular, los entretenimientos, los hábitos alimenticios, el bullicio, los ídolos, los espectáculos, y la farándula, aunque también describió los momentos sociales y políticos que vivió el D.F.

Con *Días de Guardar*, su primigenia recopilación de crónicas, Monsiváis exploró del 68 al 69 los eventos festivos de los capitalinos (aunque incluyó fiestas en Acapulco,

¹⁸ Domínguez Michel, Christopher, *op. cit.*, pág. 375.

conciertos en Tijuana, representaciones de la Batalla del 5 de mayo en Puebla, un eclipse visto desde Puerto Escondido, entre otros).

Así, guardó las imágenes de las presentaciones de Raphael en la Alameda y el centro nocturno conocido como *El Patio*, con las respectivas burlas del público por el estilo afeminado del llamado *Divo de Linares*; una *tocada* en el Estadio Olímpico; el repertorio de comediantes del Teatro Blanquita encabezado por la imitadora Carmen Salinas; la celebración del 12 de diciembre en Tepito; las figuras de la carpa y la arena de lucha; así como los días de baile en los salones México y Smyrna.

Pero a los convites y divertimentos de los capitalinos, el autor del *Nuevo catecismo para indios remisos*, unió en tres tiempos los momentos claves del movimiento estudiantil de 1968: la manifestación del rector Javier Barrios Sierra por la ocupación militar de C.U., la marcha del silencio que conjuntó a campesinos, obreros, maestros y estudiantes, y un relato paralelo entre lo sucedido el 2 de octubre en Tlatelolco con el festejo de los Fieles Difuntos en Mixquic un mes después.

De este modo, en *Días de guardar* su autor comparó las dos ciudades que convivieron aquel año; por una parte la urbe alegórica, rumbosa y dicharachera, y por otra la que feneció en la Plaza de las Tres Culturas: cívica, rebelde, comprometida y trágica.

El periodista además exhibió las artimañas del partido en el poder mediante la narración de un mitin en el Palacio de los Deportes en apoyo a la candidatura de Luis Echeverría.

De hecho con esas narraciones, y las de las décadas subsiguientes, Monsiváis consiguió darle un giro a la crónica en general y a la ciudadana en particular, pues "...le

restituyó su función pública y su pertinencia artística, a tal grado que su uso y abuso la han vuelto indiscernible de cualquier otro género vecino".¹⁹

A lo largo de los setenta este periodista capitalino, y uno de los artífices de la cultura mexicana contemporánea –como lo definió el crítico Christopher Domínguez Michel–, escribió en *Excélsior*, *La cultura en México*, *Él*, *Eros* y *Personas* sobre algunas figuras del medio del espectáculo: artistas del cine, el teatro y la televisión, compositores del gusto popular, bailarinas, intelectuales, además dedicó un apartado a las notas de sociedad, donde ironizó las costumbres de la clase adinerada y ridiculizó muchos de sus rituales.

Ese recorrido abarcó desde la década de los treinta hasta 1976, por medio de la recreación de los ambientes, personajes y acciones de las distintas épocas, mediante las cuales el periodista trató de formar un bosquejo de los gustos y la identidad de los capitalinos al desplazarse "como ningún otro por una ciudad, densa de experiencias, atento a todo lo que cambia y a la variedad de sus lenguajes".²⁰

En 1977, Monsiváis reunió estos relatos en *Amor perdido*. Ahí lo mismo evocó los boleros de Agustín Lara; las canciones rancheras (estereotipo del sufrimiento amoroso) de José Alfredo Jiménez, que los orígenes de la generación de La Onda, con sus modas jipitecas, valores de paz y amor, encuentros con las drogas y filosofía oriental.

Además, escribió acerca de la visión antiimperialista de David Alfaro Siqueiros, José Revueltas y Benita Galeana, así como la vida de escándalos y excesos que protagonizaron Salvador Novo, Irma Serrano e Isela Vega, en sus respectivos ámbitos.

¹⁹ *Ibidem*, pág. 68.

²⁰ Franco, Jean, *apud*, Miryam Audiffred, "Por revolucionar nuestra literatura, Monsiváis es tema de un coloquio", *La Jornada*, 19 de octubre de 2000, pág. 2a

A través de *Amor perdido* el cronista exploró las raíces de la ciudad y los tiempos de antaño donde comenzó a gestarse la construcción del México moderno.

En otro orden de ideas esos relatos no son únicamente el inventario de las exaltaciones del pueblo y sus héroes, sino que "...son fundamentales para comprender los vertiginosos cambios que ha sufrido el país a partir de los años cuarenta".²¹

Para 1987, el colaborador de *La Jornada* y *Proceso*, recopiló en *Escenas de pudor y liviandad*, las narraciones periodísticas que durante una década (1977-1987) aparecieron en esas publicaciones y en *Fem*, *Revista de Bellas Artes* y *Diva*. El espectáculo, de nueva cuenta, fue el eje del libro, aunque acompañado por las costumbres extravertidas de la clase media que comenzaba a cambiar.

En diversos apartados, Monsiváis escribió sobre los ídolos prohibidos (en especial vedettes y tiples del teatro de revista), las diversiones vetadas por las buenas conciencias, la exhibición de los cuerpos, la música juvenil y los estereotipos de la cultura nacional.

Sin embargo, *Escenas de pudor y liviandad* reveló las actitudes recatadas, moralistas y de "buen gusto" de los poderosos, por medio de un recuento de actitudes conservadoras y refinadas en las actividades comunes, tales como ir a cenar, comprar ropa o tener algún encuentro romántico.

En esas crónicas describió con sarcasmo la elegancia en las vestimentas y las maneras, la fastuosidad de artistas como María Félix y Dolores del Río, así como los gustos musicales representados, en la década de los cincuenta, por los tríos y, en los ochenta, por Emmanuel en el Premier.

²¹ Glantz, Margo, *apud*, Miryam Audiffred, "La izquierda respeta a Monsiváis por ser incómodo gurú antidogmas: Juan Villoro", *La Jornada*, 20 de octubre de 2000, pág. 3a

Con esa recopilación de trabajos periodísticos, Monsiváis rescató la vieja tradición de los salones de bailes con los movimientos suaves de cadera, los sonidos cadenciosos que ejecutaban las orquestas, las cábalas y riñas que ocurrían en su interior. Y dio a conocer los nuevos sitios de divertimento (hoyos *funky* y *punks*) donde los jóvenes clasemedios y marginales iban a reunirse con otros que tenían vestimentas, preferencias musicales e ideas afines.

También algunas costumbres típicas del mexicano y otras de reciente apropiación como el machismo, el albur, el fanatismo por los grupos musicales, y el burlesque tuvieron cabida en la obra, la cual otorgó a estos temas un sentido de frescura y profundidad que contrastaban con los tratamientos ligeros, morbosos y banales de las revistas especializadas.

De igual forma, dedicó un apartado a las instituciones del espectáculo en la capital y los fenómenos culturales que en su época causaron, así recreó la personalidad de la vedette Celia Montalbán, los tiempos de proliferación de las carpas y los estilos del lenguaje a través de las vivencias de Mario Moreno *Cantinflas*, el fervor popular causado por Juan Gabriel y los revuelos que provocó María Conesa, "La gatita blanca", con sus presentaciones del teatro de revista.

A lo largo del texto, Monsiváis, como en otros escritos, hace uso de las distintas formas del habla de la población, acorde con el nivel sociocultural de quienes protagonizan las crónicas y el ambiente donde se desarrollan; en sus relatos aparecen diferentes hablantes, por lo que "emplea la voz y el lenguaje del político, del *showman*, del sociólogo, el historiador y el predicador... Toda su obra es una crónica de lo efímero,

una voluntad por captar lo no consagrado, lo que se desvanece gracias a la rapidez del cambio en la era de la comunicación de masas".²²

Para 1987 apareció *Entrada Libre*, donde el cronista conjuntó una serie de narraciones periodísticas publicadas en *Proceso*, *Cuadernos Políticos* y *El Cotidiano*, las cuales hacen referencia a una serie de acontecimientos que modificaron la geografía de la ciudad, su vida política y la conciencia cívica y ciudadana, no en balde subtítulo el libro como *Crónicas de una sociedad que se organiza*.

Ya que en los escritos, precisamente, dio a conocer cuatro sucesos donde los capitalinos luchan, protestan o se manifiestan unidos para conseguir determinado fin (de los restantes hechos que se incluyen, uno ocurre fuera de la ciudad y en el otro sus protagonistas no son habitantes del D.F.)

Así reprodujo los distintos aspectos del temblor del 19 de septiembre de 1985 con una narrativa donde se entremezclan las percepciones del cronista y las voces de los involucrados; logró que desfilaran por esas páginas las historias sobre los muertos, los damnificados, los heridos, así como los daños materiales, reacciones de los afectados, versiones oficiales y la irregularidad en los servicios.

Ante todo exaltó los esfuerzos de solidaridad de los voluntarios y el empeño para rescatar a los atrapados entre los escombros: "La idea de la hazaña de una generación entera, sostiene el impulso y neutraliza la fatiga, los días sin dormir alimentados tan sólo con tortas y refrescos. Y la conciencia de la fuerza posible se entrevera con la presencia ubicua de la escasez. Ellos trabajan con palas, fierros viejos, lo que sea..."²³

²² Franco, Jean, *apud*, Miryam Audiffred, *op. cit.*

²³ Monsiváis, Carlos, "Los días del terremoto", *Entrada Libre*, pág. 35.

De igual modo, el autor de *Aires de Familia* consignó las marchas, plantones y consignas de la lucha magisterial de 1986 contra el líder vitalicio del SNTE, Carlos Jonguitud Barrios; las demandas de vivienda de las organizaciones populares de vecinos en la periferia y diversos barrios de la ciudad; y el movimiento estudiantil del CEU (1986) contra las reformas del Plan Carpizo.

Sin embargo, no todo los temas incluidos en *Entrada Libre* hacen alusión a la naciente sociedad civil, sino que también el periodista se aboca a relatar los festejos urbanos de las multitudes, como el Mundial de Fútbol México 86, donde mostró el ambiente en las calles, el estadio, los lugares de recreación, el bullicioso de los capitalinos, así como el desarrollo de los partidos y la exaltación patriótica de los colores de la camiseta del equipo nacional.

En su siguiente libro (el más reciente de crónicas, 1995), *Los rituales del caos*, Monsiváis le rinde un tributo a la ciudad de México, a sus calles repletas de personas, a las aglomeraciones en el metro, al fervor guadalupano, a las estatuas cívicas, al Tianguis del Chopo, y a los bailes de las colonias populares, donde se presentan los grupos tropicales más reconocidos. Además, aparecen las hazañas de El Santo y Julio César Chávez, a quienes las multitudes los vuelven ídolos, concurren a sus peleas y se regocijan con sus triunfos.

Asimismo, el autor escribió sobre las costumbres de la ciudad, inauguradas en la última década del siglo XX, como los conciertos masivos de artistas nacionales y extranjeros, la conversión de obras operísticas en espectáculo musical, las prácticas sexuales de los jóvenes, el fanatismo por artistas como Gloria Trevi, Madonna y Luis Miguel, los hábitos de consumo, las lecturas y las filosofías de relajación de la mente y el cuerpo.

Monsiváis, en esta obra, plantea que "nuestro país [y la ciudad de México] pudiese pensarse y entenderse como una versión nacional del Apocalipsis..."²⁴, pues los ejemplos y sucesos que incluye se refieren a una capital convulsa y caótica, en infinito crecimiento, repleta de conflictos y donde las masas hacinadas imponen los gustos y los deseos. De este modo, el cronista completa una colección dedicada al D.F. que va desde las luchas sociales hasta el espectáculo y la cultura popular.

3.5 Los nombres que el tiempo olvidó

Tras la mención de aquellos cronistas que han obtenido un reconocimiento público dentro del periodismo, existen otros narradores urbanos cuyos estilos y temáticas han quedado en el olvido, ya sea porque sus trabajos no fueron difundidos de forma amplia o porque dejaron de practicar el género, pero cuya visión del Distrito Federal debe ser mencionada.

Así, el primero en esta lista es Manuel Blanco, periodista originario de Mérida, fallecido en 1997, quien fue jefe de la sección cultural del desaparecido *El Nacional*, donde publicó *Ciudad en el alba*, entrega periódica de crónicas de la capital, la cual recopilaría en 1995, bajo el mismo título, en la colección *Periodismo cultural* del CONACULTA.

En esta publicación, que reúne los escritos del también columnista de *El Financiero*, se incorporaron toda clase de relatos sobre la música, los hábitos actuales, la gula, la nota roja, los personajes, y el temblor, pero con una característica en común:

²⁴ Glantz, Margo, *apud*, Miryam Audiffred, *op. cit.*

la amenidad en la narración de los hechos cotidianos. Con nombres como "El poder de la mente", "Domingo con los leones", "Vamos a chacharear" y "Flores para los muertos", entre otros.

Blanco escribió sobre las situaciones diarias, aquellas que de tan frecuentes pasan inadvertidas para el ojo poco minucioso, pero no para un observador como este periodista, quien reconstruye la esencia del sabor a barrio, de las costumbres con la familia, los amigos y los vecinos; los convites diarios y la convivencia social que entre los capitalinos requieren lo mismo de un balón de fútbol que de un plato de sopa.

Asimismo, Blanco fue un adorador de la comida, por lo cual dedicó un sitio para referirse a los hábitos alimenticios de los defeños, a los platillos que forman parte de la idiosincrasia nacional, y a los lugares donde se pueden degustar antojitos que van desde los puestos callejeros hasta las fondas y restaurantes famosos por sus succulencias culinarias.

En *Ciudad en el alba*, se entremezclan los gustos personales del periodista cultural: sus crónicas melómanas, donde se exaltan los viejos ritmos como los sones cubanos o las canciones del desaparecido Rodrigo González, así como los personajes de historieta como Borola Burrón, los oficios casi extintos, la sabiduría popular y la remembranza de capitalinos famosos o casi desconocidos que fallecieron.

De igual modo, Blanco hace una reconstrucción de las historias de barriada inmersas en la violencia cotidiana, en la vagancia o la pereza; relata la vida de los apostadores, de las pandillas juveniles, de los mendigos, de los pepenadores y de los policías; asimismo, los lenguajes y acciones comunes a las zonas populares.

Todo ello en un afán del autor de *Farolito* (columna de la sección cultural de *El Financiero*) por realizar "el recuento de nuestra propia existencia...[a través de] la

materia viva que reconoce las huellas personales, y su intrincada ramificación la historia de nuestra gran ciudad. Por que así los episodios nacionales adquieren su justa dimensión y se convierten en parte entrañable de la memoria social".²⁵

El siguiente periodista urbano poco reconocido, principalmente porque sus labores profesionales lo identifican más como analista económico de distintos diarios y revistas (*La Jornada* y, actualmente, *Reforma* y *Proceso*) que como cronista, es Alberto Barranco Chavarría, quien por sus múltiples narraciones periodísticas ciudadanas obtuvo, en 1983, el Premio Nacional de Periodismo, y al año siguiente, escribió el libro *Cosas de ciudad*, cuyos textos, realizados de 1971 a 1987, se recopilarían en *Ciudad desnuda*.

En esta publicación, que mereció mención honorífica del Premio Bellas Artes de Periodismo, Barranco en 21 relatos de la ciudad mostró la vida de los seres golpeados por la pobreza, la mala fortuna o la tragedia.

Ahí se retratan las personas que habitan tubos de drenaje a falta de vivienda, un joven trabajador que se perdió en el alcohol, las peripecias de un faquir, los indigentes que tratan de dormir en el metro, los niños callejeros pidiendo *su navidad*, y los pepenadores de Santa Cruz Meyehualco.

Un segundo apartado de su libro pertenece a los lugares típicos del D.F., aunque siempre asociados con la gente.

En un retrato de la vida diaria desfilan estampas de las madrugadas en Garibaldi; las casas del Centro Histórico habitadas por *Las Marias* (vendedoras de banquetas); los vestigios de salones de baile como el *California Dancing Club*; las plegarias en la Basílica y los rincones rurales de Xochimilco y Chimalistac.

²⁵ Prol. Ávila Beltrán, Salvador, *Ciudad en el alba*, pág. 13.

Mientras que en un tercer momento, Barranco Chavarría busca entre sus memorias y las de sus ancestros para llevar al lector la nostalgia de las carpas, las quesadillas de tostón de Calzada de Guadalupe, las juergas en el Zombie o el Bombay, la muerte de Frida Kahlo en 1954 y los rastros históricos que algún día existieron en Coyoacan.

Otro ejemplo de los narradores de la urbe que han desaparecido del panorama es David Siller, oriundo de la ciudad de México, reportero de *Excélsior*, *Unomásuno*, *Canal 11* y *Época*, entre otros, quien agrupó en el libro *Uno de estos días* (1989) relatos periodísticos sobre los grafitis en los muros de la ciudad, las imágenes del centro, las cuales se refieren a los viejos edificios a punto de desaparecer, a los ambulantes, a las cantinas tradicionales y a las plazas con una historia auestas.

Así como las visitas a la Merced, al Zócalo el 16 de septiembre, las historias de la colonia Guerrero, la Roma y Paseo de la Reforma, donde conviven personajes como *El Carnal* (un billarista de 40 años), *El Nacho* (líder adolescente de una pandilla), y *La viejita de Milán* (vendedora de dulces y billetes de lotería), quienes mediante sus recuerdos, sus acciones y sus vivencias personales dan cuenta de las formas como subsiste la gente en los barrios bravos, en las avenidas elegantes que se transforman en vendimia y en los suburbios.

Pero también el autor naufraga en sus anécdotas de infancia y juventud para revivir los sitios y las costumbres que se han transformado, como la casi extinción de los viajes en ferrocarril, los distintos medios de transporte y las rutas de autobuses que recorrían el D.F., los restaurantes y bares célebres en décadas pasadas.

Asimismo, David Siller escribe sobre la genealogía de algunos hábitos y aspectos curiosos: el origen del nombre de las calles, la enumeración de las estatuas

con que cuenta la capital, los tipos de tacos que degustan los *defeños*, la importancia del baile, y los conjuntos musicales sobrevivientes que interpretan *swing* en Peralvillo.

Dentro de esas evocaciones juveniles, Siller coloca en lugar primigenio a los ídolos de la lucha libre como Black Shadow, a las rumberas estilo Ninón Sevilla, a las historietas de manufactura mexicana como Memín Pingüín, la música de los *Beatles*, el teatro Blanquita y las revistas musicales dirigidas por Margo Su, y la existencia de Johnny Clark Miller, único mariachi sajón de Garibaldi.

Sin embargo, no todos los relatos son sobre el devenir romántico de esta megalópolis, sino también acerca de los fenómenos sociales como la migración de campesinos y productores provenientes del Estado de México, Hidalgo, Oaxaca, Puebla y Guerrero, principalmente; el trabajo infantil y las faenas mal remuneradas que realizan.

Para 1994, Siller publica dentro de la colección *Periodismo Cultural*, del CONACULTA, *Aquí, allá y en todas partes*, donde reúne sus trabajos periodísticos de más de una década, entre los que destacan las crónicas dedicadas a lo popular en la ciudad de México, al sismo del 85, y a Xochimilco.

Cerca de siete narraciones aparecen en esta publicación, desde un viaje por Tepito y los romances domingueros de las sirvientas hasta los malos servicios de la burocracia, mismas que provienen del oficio del autor, de su habilidad de observación para detenerse en lo cotidiano, y de la diversidad de sus gustos.

Las cuales garantizan que "...toda esta capacidad de absorber circunstancias, situaciones, climas y estados de ánimo, [así como] el privilegio de evocar...nostalgias no vividas y el respeto por lo que se hizo antes, sin perder la admiración por lo que se

hace hoy, logran...un concierto de diferencias y no una monótona melodía de repeticiones".²⁶

Con una inclinación por el periodismo cultural como la Siller, aunque poco reconocido por las nuevas generaciones, surgió Arturo Trejo Villafuerte, cuyo trabajo se ha desarrollado en las crónicas del México de noche, donde los ambientes de cantinas, bares y cabaretes se transforman en locales de encuentro entre amigos, de disipación y olvido de las penas.

En 21 textos, el autor de *Mester de hotelería*, muestra "...los espacios por donde debemos circular diariamente, haciendo nuestra propia odisea citadina y donde coinciden encuentros y desencuentros...para formar el mosaico vital de los habitantes de la ciudad".²⁷

Ya que la bohemia es para este egresado de la Facultad de Ciencias Políticas un asunto imprescindible, de modo tal que sus escritos reproducen el sabor y ritmo de antros y casas *non santas*, los cuales aparecieron durante varios años en el *Unomásuno*, en una columna titulada *Calles de Fuego*. En estas entregas, el periodista nacido en Hidalgo narra, en ocasión en primera persona, las quincenas de viernes social en las que un empleado junto con sus amigos se divierte en el *Molino Rojo*, las resacas y las deudas pendientes tras la borrachera, las bacanales en un prostíbulo clandestino, el trabajo de un cantinero en el bar *Montmartre*, y las reuniones de un grupo de fotógrafos para embriagarse en un departamento de Bucareli.

Con títulos como "La mancha de la lujuria", "El amor en los años 80", "Flor del camino" y "La nostalgia está hecha de eso", Trejo Villafuerte también exalta el amor en

²⁶ Prol. Cardona, Rafael, *Aquí, allá y en todas partes*, pág. 14.

²⁷ Prol. Bianco, Bruno, *Amor de la calle*, Crónicas, pág. 9.

sus diferentes formas (pasión, desilusión y desenfreno) que ocurre en los barrios populares del D.F., o los acercamientos lascivos en el Metro.

En algunas crónicas de esa colaboración semanal, también se describen los cruces fortuitos o involuntarios de las personas en relatos como el festejo de la Revolución francesa entre poetas, los bailes cadenciosos de Ramiro con una prostituta obesa, la intromisión fallida de dos ladrones en una casa de la colonia Vallejo, las correrías de un joven emulo del quijote cervantino, la intención de un despechado enamorado por suicidarse, y la actitud sospechosa de un profesor venido a menos, involucrado en un crimen.

Otro de los cronistas que tuvo una presencia relevante en el suplemento del *Unomásuno*, a mediados de los ochenta, fue Ignacio Trejo Fuentes, quien "al escoger a la colonia Roma como su centro de observación, nos presenta un universo complejo, divertido y trágico de los habitantes de esas calles con nombre de ciudades de provincia, donde muchos de tierra adentro viven y hacen su vida"²⁸.

Trejo Fuentes escribió historias por momentos inverosímiles sobre los pobladores de la Roma, pero que él presenció como habitante de esa colonia y que después trasladó al periódico para que los lectores conocieran episodios del lugar como las muertes de una prostituta y un estudiante, hasta la boda de una rolliza mujer o las relaciones tripartitas de un matrimonio del edificio Yucatán con un invitado a una de sus reuniones semanales.

Asimismo, comentó en su columna las modas y nuevos estilos que los habitantes del rumbo habían adoptado como tirarse sobre las banquetas o en medio de

²⁸ *Ibidem*, pág. 8.

la calle para descubrir las sensaciones de acostarse en el piso y las fiestas donde se jugaba *poker* de prendas. Trejo Fuentes contó los galanteos amorosos que iniciaban las mujeres, los hurtos de flores de los departamentos que culminaban con asesinatos, y las peleas de las *romanas* por defender su territorio de las mujeres de otras colonias.

Más adelante, algunos textos los publicaría en un libro que llevó por título *Crónicas Romanas* (Editorial Diana), la mayoría dedicados a personajes como el payaso *Besitos*; *Rarotonga*, una sexoservidora agresiva; *La Nivea*, una adolescente precoz y maliciosa; Artemio, ladronzuelo que vivía en La casa del estudiante; *El gañote*, un exhibicionista de los rumbos de la calle de Chiapas, o Farina, un jugador de yoyo.

Una de las peculiaridades de Trejo Fuentes en estas narraciones es la espontaneidad con la cual conduce los relatos, donde los individuos caracterizan a esa zona y no la colonia a sus pobladores; describe los asuntos, como un retrato de familia, al exponer a los protagonistas sin concesiones, llenos de actitudes violentas y provocativas, pero ante todo reales.

Pues, "...en su consignación no existen artificios, no hay recubrimientos, trampas, desbordes imaginativos. En efecto, algunas de estas crónicas poseen cierta apariencia descabellada, un halo fantástico; sin embargo son materiales esencialmente periodísticos..."²⁹

Pocos han sido los periodistas ciudadanos que se han abocado a tratar un solo tema dentro de sus trabajos, como lo hace Ignacio Trejo, ya que se requiere de un amplio conocimiento del área y la gente acerca de quién se va a escribir, sobre sus modos de vida, circunstancias particulares, antecedentes y gustos colectivos.

²⁹ Prol. Miranda Ayala, Carlos, *Crónicas romanas*, pág. 9.

Como podrá precisarse, la mayoría de los nombres mencionados son poco familiares para el lector, pero sin lugar a dudas también han ayudado a enriquecer el género y el periodismo cultural capitalino.

3.6 El Defe de Martínez Rentería

Luego de examinar el clan de periodistas que han colaborado para dar mayor versatilidad a los relatos de la ciudad de México, es indispensable mostrar a los jóvenes exponentes de este género a finales de milenio, ya que ellos son quienes desde mediados de los noventa se encuentran en activo y han marcado tendencias estructurales y de lenguaje en cuanto a crónica urbana se refiere.

El término de jóvenes (empleado para este estudio), no es un concepto en estricto apego con la edad, sino más bien a la práctica dedicada al género y la escritura en diarios y revistas, además de que estos narradores son los representantes más noveles de los cronistas del Distrito Federal.

De cinco periodistas finiseculares, Carlos Martínez Rentería es uno de los más veteranos, 38 años, pese a ello ha sido un notable promotor del periodismo cultural y de las crónicas ciudadanas, de manera particular.

Reportero durante varios años del periódico *El Universal*, es desde hace 11 años director de la revista *Generación*, publicación bimestral que "dedica cada entrega a un tema central: *erostroika*, el metro, *los antijuniors*, el reventón, el movimiento del 68, la reforma a la educación superior... [todas ellas] problemáticas abordadas por decenas

de incipientes colaboradores que normalmente carecen de un espacio donde publicar".³⁰

Para Martínez Rentería escribir crónicas urbanas es uno de los ejercicios que acerca al periodista con el mundo cotidiano, el que vive a diario, donde los asuntos tienen colorido, se le dan matices y aparecen como una fotografía de un instante preciso.

Sin embargo, asegura que no por ser una recopilación de las observaciones del narrador la crónica es más sencilla que los demás géneros; "al contrario tal pareciera que se complica en la medida que debe seleccionarse una parte de esa mirada total; y las atmósferas y el habla deben recrearse con una total precisión, alejadas de los lugares comunes o las muletillas literarias que facilitan la escritura pero vuelven mediocre el trabajo".³¹

Este egresado de la Escuela Carlos Septién García piensa que a diferencia de lo que plantean diversos especialistas mexicanos y españoles, las narraciones periodísticas de la ciudad sí necesitan de investigación documental o testimonial, ya que al recurrir a datos sobre ciertas costumbres el relato adquiere mayor precisión y se informa al lector de un tema desconocido hasta entonces.

De igual modo, las referencias históricas son importantes, pues, según Martínez Rentería, "no basta plasmar los hechos tal y como ocurrieron, por ejemplo al describir el ambiente de un bar familiar donde también las mujeres se reúnen, siempre es necesario explicar no sólo los datos sobre el local, sino desde qué fecha está permitido el acceso femenino a las cantinas, así como otros aspectos relacionados".³²

³⁰ Campbell, Federico, *Periodismo escrito*, pág. 152.

³¹ Martínez Rentería, Carlos, *Entrevista personal*, revista *Generación*, 21 de diciembre de 1999.

³² *Idem*.

Todas esas informaciones, continúa el cronista, le dan la certeza al público que los textos no son inventados ni los personajes producto de la imaginación del periodista; además, como la crónica es una recreación de sucesos y atmósferas que están inmersos en un contexto histórico-social determinado, el lector llega a conocer el tipo de vida de los habitantes donde se desarrolló el hecho y así se va construyendo la memoria de la ciudad para luego transmitirla a otros miembros de la localidad.

"A fines del siglo XX las crónicas ciudadinas han contribuido a preservar y transmitir las tradiciones de los capitalinos de manera mediática y han sustituido la labor de los cronistas delegacionales, quienes son una fuente inagotable de anécdotas y testimonios pero carecen de formas de difusión colectivas y eficaces que lleguen a un público más amplio"³³, asegura Martínez Rentería.

Para el director de *Generación* la función de los relatos periodísticos va más allá del costumbrismo, ya que durante los últimos cuatro lustros esas narraciones se han dedicado a mostrar las problemáticas que ocurren en la ciudad desde la corrupción en las oficinas de gobierno hasta la marginación en las zonas populares, asimismo han atestiguado el surgimiento de grupos ciudadanizados que han alzado voces de protesta y los cambios en la vida política del D.F., reflejo de los acontecimientos en el país.

En la última década del siglo XX, apunta el periodista, apareció la generación más joven de cronistas de la ciudad de México, quienes con una conciencia ciudadana, como sus antecesores, han descrito los conflictos sociales de esta urbe y la compleja vida de sus habitantes, pero que han diversificado las formas y los estilos de llevar a cabo este quehacer narrativo.

³³ Martínez Rentería, Carlos, *Entrevista personal*, Centro Cultural de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 10 de enero de 2000.

Así para estos cronistas los temas principales de sus escritos sobre el D.F. han sido las historias de seres miserables y disfuncionales, "los narradores urbanos de fin de siglo nos interesamos en todos aquellos grupos vulnerables porque representan la discriminación, la deshumanización y la falta de solidaridad que se vive en la capital".³⁴

Pero éstos no son los únicos asuntos prioritarios para estos noveles periodistas, pues han utilizado los espacios donde publican para relatar la vida de los jóvenes de la ciudad: conflictos familiares y sociales, encuentros amorosos, preocupaciones personales, hábitos de consumo y aficiones culturales.

Todos ellos temas relevantes para la juventud (uno de los sectores más amplios de la población capitalina), desatendida por el periodismo mexicano, pero que a partir de esa década (1990) era fuente de inspiración para los cronistas, quienes además de renovar el género tenían un fuerte compromiso con su público, pues ellos también eran menores de treinta años y compartían las problemáticas de esa edad.

Según afirma Martínez Rentería, las virtudes de esos relatos prefiniseculares van desde la recreación del habla y los modismos juveniles hasta la inclusión de grupos de las más diversas ideologías y preferencias, sin olvidar que ese espíritu innovador ha fructificado en publicaciones como *Generación* y otras, las cuales están conformadas por noveles colaboradores que han hecho de la ciudad de México, de sus jóvenes y sus conflictos un asunto toral para el contenido editorial de las mismas.

Esas narraciones ciudadinas están plagadas de la crudeza del lenguaje y la sordidez de los ambientes, pues quienes empezaron a ejercer el periodismo en los noventa con menos de treinta años encima tienen una visión apocalíptica del D.F.; "los

³⁴ *Idem.*

jóvenes cronistas no son los románticos del siglo XIX ni los costumbristas de mediados de los cincuenta; son una mezcla de la modernidad y el desencanto social que vislumbran el declive de la ciudad en un futuro cercano".³⁵

En estos relatos, de acuerdo con las opiniones del compilador de *Érase una vez en el D.F.*, los cronistas de fin de milenio describen los sitios típicos de la ciudad, pero desde la perspectiva de la gente hundida en la pobreza, la mendicidad y el vicio, y reproducen la violencia de sus vidas, a veces para denunciar las atrocidades de esta urbe y otras para dar muestra del tipo de ciudad en que habitamos.

Según Martínez Rentería, ese narrador periodístico también es un viajero dentro de su propia urbe, quien lo mismo recorre parques que cantinas, convive con prostitutas y *chavos banda*, conoce de alimentos y bebidas, pero no es un turista común es un observador ávido de hechos sobresalientes y rutinarios, que revelan la personalidad de los protagonistas.

Y a pesar de que estos narradores escriben sobre el caos del D.F., situación que se traduciría en fobia por la metrópoli, existe en ellos una serie de sentimientos contradictorios, ya que sienten ira por la capital, pero a la vez la aman: "No en balde poetas como Efraín Huerta y cantantes como Rodrigo González le han dedicado versos a la capital sobre el odio y la pasión que despierta esta *vieja ciudad de hierro*, a la cual luego de muchos acercamientos se le empieza a comprender poco a poco".³⁶

Este apasionamiento por el Distrito Federal, asevera Martínez Rentería, encuentra cada vez menos sitios de difusión, pues los periódicos que a mediados de los

³⁵ Martínez Rentería, Carlos. *Entrevista personal*, Centro Cultural de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 10 de enero de 2000.

³⁶ Martínez Rentería, Carlos, *Entrevista personal*, revista *Generación*, 21 de diciembre de 1999.

ochenta habían abierto un espacio para las crónicas urbanas casi han desaparecidos, ello porque las notas informativas dominan el panorama editorial, y aunado al desinterés de los lectores por las narraciones de este tipo.

Ahora tanto los noveles como los consagrados cronistas se han refugiado en suplementos culturales como *Sábado del Unomásuno* y revistas independientes; trincheras desde donde registran el acontecer de la ciudad, apoyados en las variadas estructuras narrativas utilizadas por los relatos periodísticos y en ideas personales que han logrado enriquecer al género.

El género requiere no sólo de nuevos exponentes, sino de proyectos editoriales que contemplen los relatos de ciudad como parte de su contenido, puesto que "en esos escritos se conserva buena parte de la historia particular de esta urbe y de sus ciudadanos, de ahí que los cronistas urbanos seamos indispensables para consignar todos los sucesos, grandes y pequeños, de la urbe".³⁷

Esa posibilidad de narrar los acontecimientos durante una secuencia de tiempo no sólo es una aportación a la memoria colectiva e individual de los ciudadanos; también es "una oportunidad para crear a tu gusto, pues seleccionas desde la situación o la persona sobre quien escribirás, el orden de la historia hasta el acomodo, al libre albedrío, de los elementos que llamaron tu atención"³⁸, pero a esa tarea de observadores, expone el periodista, hay que incluir la indagación sobre la historia, las calles, las leyendas y los barrios del Distrito Federal.

³⁷ *Idem.*

³⁸ Martínez Rentería, Carlos, *Entrevista personal*, revista *Generación*, 21 de diciembre de 1999.

3.7 Gabriela Granados y la crónica femenina

Del conjunto de cronistas finiseculares de la ciudad de México elegidos para este estudio aparece sólo una mujer: Gabriela Granados (México, D.F., 1967), quien ha ejercido el periodismo desde la década de los noventa y es la única narradora urbana en activo con una prolífica obra publicada en revistas independientes y suplementos culturales.³⁹

De acuerdo con la colaboradora de revistas como *Generación y Unomásuno*, el dominio masculino en las crónicas del D.F. ha obedecido, en parte, a la desigualdad de géneros en la asignación de fuentes en los diarios mexicanos, "así secciones como sociales, espectáculos o culturales se reservan a las periodistas, quienes al estar involucradas con noticias de su área laboral pierden contacto directo con los hechos de capital y con los relatos ciudadanos".⁴⁰

Además, comenta Granados, las narraciones sobre la ciudad de México han sido por tradición un tema para varones, "baste mencionar que desde el siglo XIX, el número de mujeres cronistas equivale apenas al 10 por ciento en comparación con los hombres"⁴¹, ello, principalmente, por la idea –auspiciada por la moral pública y el machismo– sobre la calle como un sitio impropio para el sexo femenino.

³⁹ En este punto cabe aclarar que durante los años ochenta otras mujeres incursionaron en la crónica urbana de manera efímera, tales son los casos de Carolina Velázquez, Ana Rita Tejeda, Perla Schwartz, Mónica Lavín y Josefina Estrada; sin embargo, ninguna de ellas dedicó su actividad profesional exclusivamente a este género, ya que algunas como las dos primeras pese a ser periodistas se abocaron a asuntos de corte feminista y culturales, en tanto que el resto su vocación primordial es la de literatas.

⁴⁰ Granados, Gabriela, *Entrevista personal*, Instalaciones Casa del Poeta, 24 de enero de 2000.

⁴¹ *Idem*.

Según la ex trabajadora de Radio UNAM, de ese pequeño porcentaje que comenzó a publicar en 1950 la mayoría ha optado por escribir relatos costumbristas e históricos; aunque hubo un momento hace casi década y media que las cronistas comenzaron a tratar los sucesos que agobiaban al Distrito Federal (contaminación, marchas, plantones, entre otros), las diversas formas de agresión cometidas contra mujeres en oficinas, plazas públicas y estaciones del metro, así como las historias de personas comunes que tenían que sortear la crisis económica para sobrevivir.

Durante ocho años (1985-1992), las periodistas tienen una fuerte presencia dentro de las narraciones urbanas, aunque no existe una constante en la incursión en el género de gran parte de ellas, pues algunas sólo se dedican a escribir por temporadas textos sobre la ciudad de México, mientras que otras, tras lograr una producción medianamente importante, cambian de temáticas.

Luego de esa etapa, explica Gabriela Granados, los espacios en la prensa para los relatos de la capital se reducen de forma drástica por la multiplicación de noticias tanto ciudadanas como nacionales, entonces el suplemento cultural de *Unomásuno* se mantiene como el único sitio editorial para esas narraciones, además de que surgen revistas independientes donde son incluidos textos urbanos.

Al disminuir los sitios de publicación, los cronistas deben elegir entre competir entre ellos o diversificar su interés periodístico y emigrar a otras áreas; en el caso de las mujeres, casi todas deciden incorporarse a las secciones informativas sobre el D.F., a culturales, o a revistas feministas. Mientras que las restantes deben guiarse por los nuevos criterios editoriales, así como buscar colocación dentro de los proyectos de reciente creación.

Esa época constituye, comenta la entrevistada, el momento del relevo generacional en la crónica femenina urbana, ya que algunas jóvenes egresadas de comunicación se decidieron a colaborar en suplementos y revistas independientes.

Dentro de tal grupo se encontraba Gabriela Granados, quien a pesar de contar con una formación técnica en comunicación, publicó a los 18 años sus primeros relatos, y a diferencia de sus antecesoras se inclinó por describir las vivencias de una joven de esa edad y las inquietudes de toda una generación que se desarrollaba dentro de una urbe conflictiva e insegura.

Algunos periodistas creían que sus narraciones eran superficiales y ligeras; "porque estaban acostumbrados a narrar aspectos costumbristas, sociales o políticos del D.F., y les parecía que mostrar las inquietudes de la juventud, en especial de las *chavas*, era irrelevante, pues según ellos había conflictos mayores en la ciudad, que prestar atención a asuntos de mujeres".⁴²

Y así como hubo críticas desfavorables, para 1992 su texto "Un día de pinta en los años 90" apareció dentro de *El fin de la nostalgia*, que reunió a 40 autores, de los cuales los compiladores destacaron la presencia de "una buena cantidad de cronistas muy jóvenes que aún no han alcanzado un nivel definitivo pero que ya muestran cualidades que hay que tomar en cuenta".⁴³

En aquella crónica, Granados mostró algunos rasgos novedosos: su inquietud por revelar el pensamiento de las jovencitas capitalinas, anteponer la vida común de una persona como tema del relato (incluida ella como protagonista) y utilizar un lenguaje desenfadado y provocador al colocar improperios y frases en doble sentido en

⁴² Granados, Gabriela, *Entrevista personal*, Casa de la cultura La Pirámide, 17 de febrero de 2000.

⁴³ Valverde, Jaime y Juan Domingo Argüelles. *El fin de la nostalgia*, pág. 12.

el texto periodístico. Situación que en una sociedad paternalista resultaba normal para los hombres que ejercían el periodismo, pero que en el caso de las narradoras se consideraba degradante y ofensivo.

Dos lustros después del surgimiento de aquel conjunto de noveles periodistas, sólo Granados continúa dedicada a las narraciones ciudadanas; y pese a que se ha interesado en analizar la situación y problemática de distintos sectores y grupos juveniles de la ciudad no ha interrumpido su tarea de narrar las vivencias de las mujeres dentro de esta gran urbe, lo mismo ha detallado sus divertimentos y costumbres amorosas que los actos de acoso cometidos contra ellas.

Asegura la autora de "Las calles y las chavas del Defe" que su preocupación por contar las peripecias del sexo femenino en la capital se debe a la nula existencia de textos donde se proyecten sus inquietudes, pues si bien han existido relatos sobre mujeres de diferentes edades, siempre han sido desde el punto de vista masculino.

"De modo que no podemos esperar que los hombres escriban sobre nuestro comportamiento y las hostilidades que debemos sortear cada vez que salimos a la calle, porque sólo nosotras hemos experimentados esas sensaciones"⁴⁴, menciona.

Por ello es una necesidad, amén de un deseo –puntualiza la entrevistada–, que las cronistas se ocupen de los asuntos femeninos, pues además de reivindicar a su sexo, cumplen con la función social del periodismo al mostrar los acontecimientos de una realidad determinada.

Porque para Gabriela Granados la crónica de ciudad permite a las personas que la habitan conocer su personalidad y los elementos con los cuales se identifican,

⁴⁴ Granados, Gabriela, *Entrevista personal*, Instalaciones Casa del Poeta, 24 de enero de 2000.

asimismo; redescubren hábitos y creencias, pero también ayuda a que la gente adquiera una idea del tipo de metrópoli que han edificado con aciertos y equívocos.

De tal manera, al exponer de manera seria y sin ironías el comportamiento machista de algunos varones, esta periodista en sus relatos logra reflejar una parte de la cotidianidad a la cual se enfrentan las jóvenes en el Distrito Federal, y le proporciona relevancia a un hecho que para buen número de la población es un simple juego lúdico, sin mayor importancia, propio del estereotipado, y culturalmente aceptado, carácter del *macho conquistador mexicano*.

La egresada del CETIS 49 no sólo ha modificado los esquemas tradicionalmente masculinos de la crónica urbana, sino que la forma narrativa también es diferente, pues presenta sus textos sin ninguna estructura lineal, se erige en protagonista de los acontecimientos y basa la narración de los hechos en monólogos internos y conversaciones; alejada de la autocensura, salpica sus escritos con palabras soeces.

Sus crónicas incluyen también reflexiones sobre la discriminación femenil en el D.F. y contra la creencia social y cultural de que las calles no son lugar para las mujeres; "en mis trabajos muestro la forma como las jovencitas y las señoras sortean las atmósferas, los sitios y a la gente, al igual que cualquier hombre y registro todos los tipos de violencia y los abusos que contra nuestro género cometen los sujetos del paternalismo mexicano en el transporte público, en las aceras, en los parques, en las oficinas y en centros de diversión".⁴⁵

Al preguntarle las causas de que a fines de siglo no existan muchos cronistas jóvenes de ciudad, y en particular mujeres, Gabriela Granados explica que obedece a la

⁴⁵ *Idem.*

falta de cercanía de éstos con el género, pues si bien cuando son estudiantes realizan crónicas de algunas noticias, su aproximación a las narraciones urbanas es mínima y su ejercicio fuera de las aulas es casi inexistente.

La entrevistada recomienda, ante ese panorama, que periodistas y publicaciones especializados, auspiciados por instancias como el Consejo de la Crónica del D.F., organicen certámenes y talleres juveniles sobre el género, cuyos premios consistan en la aparición de los trabajos en las revistas convocantes.

Amén que esos mismos actores pueden presentar proyectos para que las delegaciones creen periódicos comunitarios, donde varones y muchachas escriban acerca de los barrios y los sucesos ciudadanos; pues, en los diarios locales radica la esencia de la crónica urbana: "que los pobladores rememoren sus costumbres y festejos; asimismo que descubran sitios relevantes, pero imperceptibles por el ritmo de sus vidas, y que conozcan cómo ocurrieron los hechos de su colonia".⁴⁶

Y a pesar de que el siglo XXI depara la consolidación de la cibernética, para Gabriela Granados la crónica de la ciudad seguirá teniendo la tarea cotidiana de preservar la memoria ciudadana, y los periodistas que se especialicen en ella deberán sentir una enorme pasión, apego y curiosidad por esta metrópoli y sus habitantes.

⁴⁶ Granados, Gabriela, *Entrevista personal*. Casa de la Cultura La Pirámide, 17 de febrero de 2000.

3.8 Las obsesiones ciudadanas de Jorge Luis Sáenz

Sin lugar a dudas uno de los asuntos que más delimitan las narraciones periodísticas del Distrito Federal son los temas que pueden ser incluidos dentro de ellas, ya se ha mencionado las situaciones pintorescas, las recreaciones históricas y los rasgos de los vecindarios y barrios, pero el punto que no ha tocado ninguno de los cronistas, hasta ahora consultados, es el relativo a las formas de escribir estos textos y a los elementos pertinentes para ello.

Conforme a las opiniones de Jorge Luis Sáenz, actual consejero editorial de la revista *Generación*, las antiguas enseñanzas sobre la escritura de una crónica en estricto orden cronológico son limitadas si se trata de temáticas urbanas; pues, a diferencia de los eventos noticiosos (donde la narración está encaminada a destacar el orden en que ocurrió el suceso), en los hechos cotidianos de una urbe lo primordial es retratar un instante, una atmósfera, o cierto personaje que atrajo la curiosidad del periodista.

Por ello, cuando se realiza un relato periodístico, tanto el factor relativo a la narración en el tiempo como las opciones para presentar tal acontecimiento son aspectos importantes para una crónica. Es decir, al existir una variedad de momentos dentro de un evento diario, las maneras de contarlos dependerán del ingenio y la cercanía del autor con el lenguaje y los recursos de la narrativa.

“Los cronistas podemos contar las actitudes de dos sujetos en un mismo campo de acción, vincular un asunto actual con uno semejante ocurrido en el pasado, o

intercalar diálogos luego de delinear los rasgos del personaje; en fin, utilizamos todos los subterfugios literarios para construir lecturas amenas"⁴⁷, enfatiza Sáenz.

La estructura de estos escritos periodísticos permite mezclar la temporalidad y el espacio donde transcurren los acontecimientos; los paralelismos narrativos, los entrecruzamientos de historias, la presencia de distintos narradores, y el uso de lenguajes coloquiales, que en otras áreas del periodismo resultaría inadmisibles proponer, asegura el también ex reportero cultural de *El Universal*.

Al ser la crónica citadina un género con mayor libertad lingüística que los meramente informativos, pues los términos que pueden ocuparse van desde adjetivos calificativos hasta palabras malsonantes, Sáenz señala que los autores además de reproducir los modismos populares logran difundirlos y amplían sus posibilidades de creación periodística.

Sin embargo, en los textos de ciudad no sólo se suscribe el habla coloquial, sino que también los cronistas recurren a la variedad de figuras retóricas, de uso común en la literatura, de este modo al construir analogías, imágenes, antítesis, metáforas y repeticiones logran transmitir sus intenciones, enriquecen el léxico del lector y dan una idea más precisa de la forma en que pasaron las cosas.

De acuerdo con el entrevistado, "en el periodismo, el lenguaje es esencial para expresar las ideas, pero en el caso de los relatos urbanos esta cualidad posibilita el colorido de las atmósferas y los personajes de una urbe e incluso convierte al cronista en un ser lúdico capaz de retozar con las palabras, aunque no con la realidad"⁴⁸, aunque no por querer convertir la crónica en un texto con mayor calidad literaria se trate

⁴⁷ Sáenz, Jorge Luis, *Entrevista personal*, revista *Generación*, 28 de febrero de 2000.

⁴⁸ *Idem*.

de forzar la narración y se agreguen términos "pomposos" que parezcan, incluso, pedantes y que sobran en la estructura del relato.

Cuando el ganador del Concurso de Crónica del Sistema de Transporte Colectivo Metro (1996) recomienda jugar con los vocablos aclara que con los acontecimientos no debe seguirse la misma sugerencia, ya que en la crónica se recrean sólo hechos verídicos y para conseguir una descripción exacta de ellos, el periodista tiene que incorporar las frases que aparecen en paredes, propaganda y anuncios, así como letreros de aparador, graffitis, consignas, vótores, pregones callejeros y canciones que remitan al lugar, sede del relato, y a las personas participantes.

A este repertorio de opciones lingüísticas y estructurales se han unido factores temáticos novedosos a mediados de la década de los noventa. Jorge Sáenz manifiesta que si antes la prioridad de los cronistas consistía en mostrar los aspectos públicos de los ciudadanos, ahora se inclinan por las formas como los capitalinos (los más jóvenes) se relacionan afectivamente en las calles.

Así han aparecido escritos sobre los acercamientos íntimos, la promiscuidad, el sexo protegido, las parejas homosexuales, y los respectivos comercios sexuales en antros y aceras, entre otros puntos.

Y aunque el amor ha sido visto por estos cronistas como un asunto violento y mordaz, producto de los tiempos sociales que viven los habitantes de la ciudad de México, el autor del texto "Esquirlas de noche" afirma que otros conflictos personales han debido ser incluidos en las narraciones metropolitanas, por ello no es de extrañarse que proliferen textos donde la tristeza, la soledad, el desamor, la depresión y el suicidio se hacen presentes.

En ese tenor ha fluctuado la carrera de estos periodistas especializados, y Jorge Luis Sáenz considera que en su caso ha producido textos donde se perciben diversidad de personajes y temporalidades narrativas que subyacen sin inconvenientes de estilos y formas como en "Correspondencias", serie de relatos sobre el Metro que, a través de un lenguaje crudo, abarca desde la descripción del contacto corporal hasta los asaltos cotidianos.

Pero, precisamente los actos agresivos y el vocabulario hostil que los cronistas han optado por reproducir en sus narraciones metropolitanas finiseculares han generado críticas contrarias a sus propuestas. "Hay quienes creen que las crónicas de ciudad sólo se ocupan de las tradiciones, oficios y fiestas de barrio, cuando también incorporan los problemas que subyacen en una gran urbe, y los que nos dedicamos a esta actividad tenemos el compromiso de mostrar circunstancias reales por muy violentas que sean"⁴⁹, menciona el entrevistado.

Y a pesar de la desaprobación que esos temas producen en ciertos lectores, los futuros cronistas de seguro están dispuestos a observar la cotidianidad y descubrir los aspectos ocultos de la ciudad de México, no obstante que en lo narrativo "caen en el lugar común de contar de forma secuencial sólo aquello que capta su mirada, se olvidan del resto de sus sentidos y evitan poner en práctica fórmulas distintas al relato lineal".⁵⁰

Conforme a los criterios de Sáenz, podrán existir variaciones en la estructura de los escritos toda vez que se creen semilleros (revistas especializadas e independientes) de interesados en el género para que lo ejerciten de forma diaria.

⁴⁹ Sáenz, Jorge Luis, *Entrevista personal*, Museo Universitario del Chopo, 10 de febrero de 2000.

⁵⁰ *Ibidem*, *Entrevista personal*, revista *Generación*, 28 de febrero de 2000.

Asimismo, se requiere de la coordinación de encuentros y talleres en la materia donde los veteranos puedan compartir sus experiencias y consejos con jóvenes prospectos. Este ejercicio ya se ha puesto en práctica en los meses recientes al proliferar las reuniones entre cronistas urbanos de distintas edades, quienes han efectuado un sucinto análisis de la situación del género al inicio del siglo XXI.

Las anteriores son apenas dos estrategias, según el entrevistado, para impulsar la escritura del género y fortalecer los conocimientos de quienes desean practicarlo puesto que la falta de espacios no puede ser tomada como un argumento suficiente y válido para condenar a uno de los ejercicios periodísticos más minuciosos en el devenir de la ciudad a una estrepitosa crisis.

Y justo cuando Sáenz exalta la importancia de la crónica para el periodismo y los habitantes del D.F., solicita a los integrantes de su gremio recuperar la esencia de la descripción detallada dentro de los relatos ciudadanos, pues en ocasiones por su ímpetu de contar la mayor cantidad de pormenores posibles, con el propósito de clarificar la narración, pierden de vista que sólo los aspectos cualitativos más representativos son dignos de consignar y el resto sólo interfiere en la comprensión del texto.

Además, prosigue, "en la actualidad las crónicas deben ser muy breves, por razones editoriales, sin que por ello pierdan precisión, ya que si el autor divaga demasiado los ambientes y personajes de mayor importancia serán mermados o quedarán fuera del escrito".⁵¹

Para el coordinador cultural de *Generación*, al culminar el siglo donde la crónica metropolitana tuvo un desarrollo incesante, persisten en este género muchos vicios

⁵¹ *Idem.*

aunque también cualidades relevantes; sin embargo, los cronistas expertos y novatos tendrán como principal tarea, durante el recién inaugurado tercer milenio, preservar su oficio y los trabajos periodísticos frente a las nuevas tecnologías.

El panorama es alentador, en cuanto a la subsistencia de las narraciones y al relevo generacional de fin de siglo, puesto que "hay una importante producción de relatos ciudadanos, y por ahí empiezan a surgir muchachos que han enviado sus propuestas a revistas independientes y a concursos esporádicos, o reporteros jóvenes de los periódicos *Reforma*, *La Jornada*, *El Financiero* y *Unomásuno* que hacen sus *pininos* cuando la información lo permite".⁵²

Sin embargo, prosigue el ex colaborador de *Punto* y la ahora renombrada *Triple Jornada*, el máximo reto es continuar en la construcción del legado cultural e histórico que representan los escritos periodísticos sobre la ciudad de México, de ahí que sugiera la narración sobre el acontecer en los barrios, los personajes que los caracterizan y las relaciones que sostienen sus habitantes, toda vez que en esos textos quedan resguardadas las actividades y comportamientos de los capitalinos de un periodo específico.

Es indispensable para los cronistas finiseculares avanzar a la par del crecimiento del D. F. y de sus problemáticas, así como ampliar el horizonte de estructuras y tópicos que inauguren otra tipología en las narraciones de metrópoli, en tanto que para los periodistas veteranos, el naciente siglo encara desafíos como buscar una renovación creativa constante, adaptarse a los nuevos códigos del habla popular (donde la cibernética, la biotecnología y la economía de libre mercado dominan el escenario

⁵² Sáenz, Jorge Luis, *Entrevista personal*, revista *Generación*, 28 de febrero de 2000

socio-cultural), y contar los acontecimientos sin perder el manejo del lenguaje y las formas narrativas.

"No hay que olvidar que se pueden inventar mil maneras de contar algo, así como otras tantas de plasmar lo sucedido, pero lo más importante, trátase de cronistas jóvenes o viejos, es transmitirle a la gente los momentos, las personas o los lugares que conforman nuestra capital".⁵³

3.9 Jaime Lorenzo y la megalópolis de fin de siglo

Sobre el Distrito Federal han escrito diversos periodistas, en una variedad de propuestas, ideas e inquietudes; todos y cada uno han dado su visión sobre esta mega urbe, de 30 millones de habitantes. De ese desfile de cronistas, uno se ha interesado por la ciudad en penumbras, los sucesos que ocurren cuando cae la noche y los seres que deambulan por esas calles inhóspitas.

Se trata de Jaime Lorenzo, capitalino y ex colaborador de la sección cultural de *El Universal*, quien desde 1987 ha publicado relatos poco románticos sobre la urbe de los IMECAS; textos sobre narcotráfico, drogradicción, pandillerismo, hurtos, asesinatos, operativos policiacos y juergas, aunque a diferencia de sus compañeros su escritura es amena y sin rebuscamientos literarios.

De acuerdo con este autor, al D.F. hay que conocerlo por sus conflictos más graves, como la inseguridad y la violencia, en lugar de tener una visión turística de monumentos, parques, barrios y festividades, "pues si nos dejamos guiar por la imagen

⁵³ *Ibidem*, Entrevista personal, Museo Universitario del Chopo, 10 de febrero de 2000.

de una metrópoli cálida con gente hospitalaria apenas tendremos una porción de la realidad, y aunque la otra parte son incidentes desagradables, sólo así podemos saber la clase de lugar en donde vivimos".⁵⁴

Jaime Lorenzo asegura que las crónicas que se realizan en el umbral del siglo XXI no son una apología de la agresividad y el peligro, sino más bien develan lo que ocurre de manera cotidiana en las calles de la ciudad y alertan, aunque de forma indirecta, acerca de los móviles de la delincuencia y la violencia social. Pues, en opinión del también reportero cultural, los relatos periodísticos de la urbe tienen como fin que los ciudadanos sepan lo que sucede en los sitios donde no estuvieron presentes, que conozcan una radiografía verídica de la urbe, así como las historias personales que se ocultan tras la rudeza urbana.

"Hay una gran diferencia entre dar a conocer acciones violentas y aplaudirlas, los cronistas urbanos que narramos hechos belicosos no provocamos a las personas para que actúen del igual modo, no somos conductores de un *talk show* escrito, sino observadores de una realidad que después transcribimos para que otros la asimilen".⁵⁵

Y es que de acuerdo con Lorenzo deben de aprovecharse los tiempos de apertura que desde hace casi una década comenzaron a perfilarse en la prensa de la capital; ante este panorama los narradores de la ciudad han podido consignar toda clase de asuntos que hasta apenas hace seis lustros era imposible tocar.

Por ello puntualiza que al inicio del tercer milenio, uno de los grandes logros en las crónicas ciudadanas ha sido la exploración de temáticas de las más diversas índoles, desde las costumbres de barriada hasta los hábitos sociales, sexuales y culturales de

⁵⁴ Lorenzo, Jaime, *Entrevista personal*, Centro Cultural José Martí, 17 de marzo de 2000.

⁵⁵ Lorenzo, Jaime, *Entrevista personal*, Casa de la Cultura Jesús Reyes Heróles, 21 de febrero de 2000.

los capitalinos, sin olvidar las recreaciones históricas y las historias de la modernización urbana.

No obstante, prosigue, los retos para los autores consolidados y las promesas periodísticas consisten en realizar innovaciones constantes al género, tanto en la estructura como en los asuntos tratados. En cuanto al primer punto sugiere variar las voces narrativas al emplear la tercera persona del plural, recurso que evoca a la colectividad, y propone introducir más monólogos y conversaciones de la gente, así las opiniones de los personajes adquieren un lugar más relevante dentro del texto y ellos mismos exponen algunas de sus características, así el relato obtiene mayor autenticidad.

Considera importante también agregar referencias históricas o conceptuales para clarificar la lectura, y volver más coloquiales los relatos con el fin de lograr mayor comprensión; "seamos coherentes con nuestro oficio, escribimos para el público común y corriente, no para intelectuales, y en ocasiones llegamos a ocupar palabras tan refinadas, fuera de contexto, que aburrimos al lector o pierde riqueza nuestro trabajo".⁵⁶

Lorenzo complementa sus declaraciones al citar las ideas del autor de *Picardía Mexicana* y experto de la cultura popular, Armando Jiménez, quien durante un encuentro de cronistas calificó a esos escritos como libertinos y antisolemnes, los cuales además sustraen las anécdotas y los pensamientos de la gente del pueblo y por tanto deben ocupar las palabras usuales para esas personas.

Respecto a la ampliación del repertorio urbano, el también reportero pide incorporar temas como la variedad de grupos juveniles y sus distintas manifestaciones

⁵⁶ *Idem.*

culturales, los oficios callejeros novedosos, la evolución en las conductas sociales de los capitalinos, las formas alternativas de transporte, la jerga de la crisis y las opciones inéditas de diversión en la ciudad.

Aquí, esclarece que tales sugerencias no responden a modas pasajeras o intereses prefabricados, sino a la importancia que tiene para los relatos metropolitanos transcribir el desarrollo de la capital, y dentro de ese avance se localizan diversos fenómenos culturales y populares que deben tomarse en cuenta también.

El colaborador de la revista *Casa del Tiempo* delimita como una de las tareas primordiales del cronista para el siglo XXI su compromiso con la ciudadanía de retratar las nuevas circunstancias urbanas y hacerlo dentro de sus propios códigos lingüísticos, así como conservar los testimonios, con todo y habla obscena, de quienes viven y sufren al Distrito Federal.

Pero estos no son los únicos deberes de estos periodistas especializados, pues tienen como pendiente –afirma el entrevistado– restituirle un sitio, dentro de la microhistoria que es la crónica urbana, a los seres olvidados por el progreso. Al respecto, es necesario contar las vivencias de la clase proletaria, las experiencias de las personas que emigraron del campo a la ciudad, la falta de servicios públicos en las colonias y las ingeniosas maneras en que consiguen subsistir algunos capitalinos.

Añade Jaime Lorenzo que durante la década de 1940, los cronistas abordaron la miseria con un toque melodramático, mientras que en los ochenta y noventa se hicieron varios intentos por concederle voz a quienes no la tenían, al ciudadano común.

Sin embargo sólo unos cuantos periodistas convirtieron sus propósitos en publicaciones tangibles, de los pocos interesados en la pobreza cabe destacar a Elena Poniatowska, Emiliano Pérez Cruz y Manuel Blanco, quienes exploraron lo popular y lo

marginal de la capital y su periferia y lo presentaron a través de los personajes de los barrios, las ciudades perdidas, las vecindades y los callejones.

“Al escribir sobre los pobres, podemos acercarnos al otro México, al equidistante de la urbe cosmopolita y turística de algunas narraciones; a esa otra parte de una realidad de varias cabezas que es el D.F., a las cañadas y regiones semi rurales donde se vive al día, pero se fraguan valores solidarios”.⁵⁷

Después de estas aseveraciones, el autor del escrito *En el pesero* expresa que los cronistas deben priorizar aquellos eventos que influyan en la vida de sectores representativos de la población, sin ceñirse a compromisos personales o grupales; “pese a que nosotros no damos exclusivas, sino que nos abocamos a los ambientes y las situaciones, también debemos cumplir con una ética profesional, pues no es válido que calificuemos a la ligera e irresponsablemente un asunto”.⁵⁸

Tras una centuria de crónicas modernas ciudadanas, el colaborador de *Generación* destaca que uno de los mayores logros para su gremio ha sido desligarse de la esfera pro gobiernista a la que debían pertenecer los connotados escritores de hace un siglo como Gutiérrez Nájera o Manuel Altamirano.

A esas conquistas se suma el reconocimiento social y profesional, pues luego de que el trabajo de los cronistas urbanos fue tildado de aburrido, trivial y adulador, en la actualidad “las revistas independientes, nuestros compañeros reporteros, intelectuales, las autoridades locales y un porcentaje de lectores jóvenes exaltan nuestro trabajo por el conocimiento y la visión que éste les brinda de la realidad ciudadana”.⁵⁹

⁵⁷ Lorenzo, Jaime, *Entrevista personal*, Centro Cultural José Martí, 17 de marzo de 2000.

⁵⁸ *Idem*.

⁵⁹ Lorenzo, Jaime, *Conferencia Primer Encuentro de Cronistas de la Ciudad de México*, 14 de febrero de 2000.

Conforme a la opinión de Jaime Lorenzo la subsistencia de las crónicas de la ciudad de México se debe a que es una metrópoli apasionante y diversa, con una herencia cultural de 500 años, un panorama arquitectónico y urbanístico que fusiona diversas corrientes, tradiciones ancestrales y unos habitantes que recurren a todo tipo de artimañas para enfrentar los conflictos diarios.

Por ello, "los temas, los personajes y los ambientes sobran y [el D. F.] es tan atrayente que pocos se resisten a él; no en balde los mejores periodistas de este país han escrito por lo menos una vez en su vida profesional un relato de esta clase".⁶⁰

Claro está, continúa el entrevistado, que por tratarse de una urbe donde se han acelerado en los noventa los cambios políticos, sociales y culturales, los cronistas de principios del siglo XXI se han interesado en registrar las transformaciones de la urbe y de los ciudadanos. De manera que sus escritos recogen los acontecimientos violentos, los nuevos entretenimientos nocturnos, las prácticas amorosas, las experiencias femeninas, los lenguajes cibernéticos y sectoriales de la juventud, así como los gustos melódicos y otras manifestaciones de la cultura popular.

En un claro ejercicio introspectivo, los narradores periodísticos "han vuelto su mirada hacia el capitalino común y corriente que atraviesa cualquier calle; si antaño el escrito de la ciudad giraba en torno a un lugar, un momento o un hecho específico, donde interactuaba la gente como un elemento más, ahora el protagonismo lo tiene un individuo equis y su cotidianidad".⁶¹

Es así como la crónica urbana, concluye Jaime Lorenzo, se ha convertido en un ejercicio de pluralidad donde aparecen las más diversas tramas y sujetos; lo mismo se

⁶⁰ *Ibidem*, *Entrevista personal*, Casa de la Cultura Jesús Reyes Heróles, 21 de febrero de 2000.

⁶¹ Lorenzo, Jaime, *Entrevista personal*, Casa de la Cultura Jesús Reyes Heróles, 21 de febrero de 2000.

incluyen las historias de prostitutas y homosexuales que las penurias económicas de algún miembro de la clase media; los rasgos de la gente de las colonias populares que los hábitos de consumo de los capitalinos.

3.10 Jorge Caballero: el ácido lenguaje urbano

Para terminar con este estudio de las opiniones de los cronistas urbanos finiseculares del Distrito Federal, sólo resta presentar los conceptos, no menos relevantes, que sobre el género y su profesión tiene Jorge Caballero, colaborador desde 1992 de la revista *Generación* y en la actualidad reportero de la sección de Espectáculos de *La Jornada*.

Según este periodista especializado, fue hasta los noventa que el interés de los periodistas ciudadanos por las problemáticas y los ambientes juveniles empezó a incrementarse, amén de que comenzaron a practicarse variaciones en las formas narrativas que dieron como resultado el predominio de la escritura en primera persona del singular y un marcado aire autobiográfico en los textos.

También, se multiplicaron los actores, pues si en épocas pasadas algún personaje era el protagonista absoluto, en esos años el texto abarcaba la vida de otros muchachos de su edad que participaban en un mismo hecho; y es que los cronistas al narrar las vivencias juveniles incluían a los amigos u otras compañías, porque de ese modo podían retratar el comportamiento de un grupo social o de un sector de aquella población.

Otros elementos destacables fueron la ironía y el humor que subyacían en los escritos; pero el más significativo de todos, lo constituye el acre lenguaje que ha prevalecido hasta estas fechas. "Era necesario ser coherentes con los hechos, si los

jóvenes estaban inmersos en atmósferas violentas y habitaban barrios salvajes, no podían expresarse con la propiedad de un catedrático; los cronistas debíamos explotar esa característica no sólo para darle mayor veracidad a las narraciones, sino para volver más ágil el contenido de las mismas"⁶², consideró Caballero.

Asimismo, a través de palabras altisonantes, frases agresivas, doble sentido, apodos y obscenidades, estos jóvenes periodistas no sólo han dado una impresión exacta del mundo juvenil, sino que han creado espacios para que esos muchachos mediante la pluma del cronista difundieran su léxico.

Esos relatos se han convertido en alternativas para dar a conocer los gustos, hábitos y creencias de un sector de la población numeroso en la ciudad de México, pero descuidado por los adultos.

Y aunque en un principio, algunos periódicos vieron con recelo la publicación de esas propuestas, otros se convencieron de la importancia del proyecto que además perfilaba una pronta aceptación entre el público juvenil; la resistencia a darle un sitio editorial a alguna de esas narraciones se esfumó toda vez que el lenguaje en exceso coloquial reafirmaba la principal característica de la crónica, en general y la metropolitana en particular, recrear la realidad y dentro de ese espectro se localiza el modo de hablar de las personas.

Además, la generación de Jorge Caballero se preocupó por un estilo narrativo sencillo donde pudieran evitarse las figuras retóricas, pues éstas, en su opinión, se encontraban fuera de lugar para el tipo de escrito que ponían en práctica. Es decir, tanto él como sus compañeros buscaban la creación de crónicas urbanas en las cuales

⁶² Caballero, Jorge, *Entrevista personal*, Instalaciones de *La Jornada*, 11 de abril de 2000.

predominará el lenguaje coloquial, humorístico, irónico y desenfadado –afín a los adolescentes–, las frases rebuscadas o sutiles al exceso tendrían un efecto adverso en el lector quien consideraría poco creíble que un pandillero o un joven preparatoriano hablará con la propiedad y la erudición de un maestro en literatura.

Sin embargo, no todos sus trabajos mostraban el mismo lenguaje soez, en ocasiones recurría a modismos usuales de acuerdo al personaje que su mirada había captado en alguna de sus correrías por los barrios de la ciudad, ya que no todos los jóvenes recurren a las groserías como código lingüístico, sino utilizan palabras clave que sólo pueden entender entre los miembros de la banda o cofradía, asevera el periodista.

La crudeza de los vocablos se relaciona de manera proporcional con el grado de sordidez del ambiente familiar y del entorno, pues, según Jorge Caballero, no se escriben de igual forma las andanzas de unos estudiantes universitarios que un pleito entre niños de la calle o un asalto de unos pandilleros a un microbús; "aunque se trate de menores de edad, no comparten experiencias semejantes y su lenguaje varía dependiendo del grupo social al que pertenecen, por eso es necesario que prestemos atención y consignemos exactamente las palabras de cada tipo de persona ocupa".⁶³

Al transcribir las declaraciones de los sujetos protagonistas de los relatos, el también especialista en música alternativa asevera que se consigue dar un rasgo testimonial a esos textos, pues en ellos se encuentra contenida la visión del mundo y los juicios de valor de toda una generación de capitalinos. Por medio de estas citas los periodistas pueden dar a conocer los sentimientos e ideas que tienen los jóvenes sobre

⁶³ *Idem.*

los adultos. Estas expresiones surgen en los eventos donde participan adolescentes, que imbuidos por la atmósfera y la compañía de sus iguales muestran, a través de palabras y acciones, el rechazo a la autoridad y las diferencias de criterio que los enfrentan a ella (tradúzcase en la persona de los padres, los maestros, los gobernantes o los policías).

Una de las principales cualidades de este tipo de narraciones a finales de siglo fue el descubrimiento del lenguaje juvenil para los lectores adultos, pues si bien muchos cronistas desde los cuarenta han incorporado los modismos populares y el caló dentro de sus escritos cuya temática eran las costumbres, los oficios y los barrios, hasta años recientes se han interesado en mostrar los juegos de palabras que reflejan la personalidad y las inquietudes de los jóvenes que transitaron entre la última década del siglo XX y el naciente milenio.

"Tal vez, una de las principales cualidades de los relatos donde se tomó como asunto central la juventud ha sido, aparte de la difusión de su estilo de vida, que los narradores periodísticos preferimos escribir sobre los temas sencillos, en apariencia, y el microuniverso de la ciudad, en lugar de dedicarnos a los grandes asuntos de la política urbana"⁶⁴, señala.

En otro tenor, como se ha comentado, Jorge Luis Sáenz tiene especial predilección por los ritmos musicales y las figuras provenientes de ellos, baste recordar que durante tres meses publicó la columna *Razteca* en *La Jornada*, dedicada a los géneros alternativos, que como otros estilos se convierten en estandarte del pensamiento y el comportamiento de sus jóvenes adeptos. Precisamente, este gusto lo

⁶⁴ Caballero, Jorge, *Entrevista personal*, *La Jornada*, 28 de abril de 2000.

ha llevado a escribir crónicas sobre toda clase de conciertos y recitales, ya que desde su punto de vista "la música es otra de las manifestaciones que acompañan el desarrollo de una metrópoli, no olvidemos que en los barrios de acuerdo al nivel sociocultural se escuchan boleros, canciones gruperas o baladas, mientras que en las marchas se oyen consignas melódicas".⁶⁵

Así, Caballero opina que un tema primordial dentro de las crónicas sobre la ciudad de México, como es la música y su relación con los pobladores del D.F., ha sido relegado a un segundo plano porque los periodistas consideran que sólo los sucesos tradicionales o los accidentes son dignos de ser consignados.

Y es que las presentaciones masivas en distintos estadios y foros también refieren el cambio de hábitos y políticas gubernamentales en la capital.

El reportero de espectáculos comenta que hasta mediados de los ochenta estaban prohibidas esas expresiones populares y artísticas, ya que se tenía la falsa creencia que los ciudadanos no podían comportarse de forma ordenada en actos multitudinarios; sin embargo, una vez que la ciudad se ha convertido en sitio obligado para las giras de los cantantes nacionales y extranjeros los relatos urbanos no pueden sustraerse del asunto.

"La narración de las presentaciones trasciende las fronteras de lo musical al exhibir las formas de catarsis colectiva de los sectores, los hábitos de consumo, los placeres frustrados y las fantasías alcanzadas por momentos, ahí están los conciertos de Madonna o de Molotov".⁶⁶ Asimismo, dichos eventos musicales –dirigidos sobre todo a los jóvenes–, gracias a la recreación de los gritos de la muchedumbre, las groserías,

⁶⁵ *Ibidem*, Entrevista personal, *La Jornada*, 11 de abril de 2000.

⁶⁶ Caballero, Jorge, Entrevista personal, Instalaciones de *La Jornada*, 28 de abril de 2000.

las melodías coreadas y la descripción de los bailes coreográficos, los saltos y los aromas en el foro se convierten en un escaparate de las modas, los lenguajes, las ideologías y las aspiraciones de los grupos, llámense *yuppies*, *darketos* o *skatos*.

No es coincidencia que el periodista le otorgue a las expresiones emanadas del gentío en una función un sitio tan primordial dentro del relato, pues uno de sus mayores intereses tanto narrativos como de contenido es la inclusión de las frases pronunciadas lo mismo por un individuo que por un conglomerado. De manera directa puede conocerse de la clase y los rasgos del (os) protagonista(s), de igual modo anotar las características lingüísticas del momento que se relata.

A pregunta expresa sobre su marcado interés por los sectores juveniles como protagonistas de sus escritos, el periodista responde que para él es muy atrayente elegir como personajes principales "a muchachos o muchachas que provengan de medios populares o marginales, que sean provocativos y nada solemnes, además me parece tan rutinaria la vida de los jovencitos adinerados que no encuentro en ellos otras conductas que mostrar que no sean sus pretensiones materialistas".⁶⁷

Para Jorge Caballero es necesario que las crónicas de la urbe tengan como objetivo, además de exhibir los sucesos cotidianos de una ciudad, mostrar los fenómenos culturales de reciente nacimiento y las costumbres de la actualidad, aunque estén plagadas de violencia y un latente pesimismo; "si en la capital se respira el caos y el desorden, no podemos cerrar los ojos y negarnos a escribir sobre ello sólo porque nos ponen de mal humor los conflictos; hay que abordar esas situaciones, porque como cronista debes contar la realidad que observas".⁶⁸

⁶⁷ *Ibidem*, Entrevista personal, Instalaciones de *La Jornada*, 28 de abril de 2000.

⁶⁸ *Idem*.



TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

4. Invenciones del D.F. (Ejercicios personales de crónica citadina)

*Esta ciudad de ceniza y tezontle
[cada día menos puro, ciudad de
acero, sangre y [apagado sudor...*

Efrain Huerta

4. 1 La ciudad, una protagonista

El Distrito Federal es una metrópoli donde confluyen distintos mundos y se desarrollan actividades de todo tipo, es el centro de la vida política, económica, social y cultural del país, también un lugar de contrastes y diversidad, donde se funden las tradiciones mexicanas y los elementos de la modernidad.

Y si de centros se habla, en las entrañas de la ciudad de México, en el llamado Centro Histórico, suceden los episodios más variados. Baste con caminar por él un día cualquiera entre semana para descubrir lo mismo escenas de sincretismo religioso como de contradicciones sociales, y es que el corazón de la ciudad es un sitio donde las historias confluyen y los seres de distintas condiciones se entremezclan sin razón aparente.

Así, un jueves de *Corpus Cristi*, la plancha del Zócalo aparece repleta de niños vestidos de *inditos* y sus respectivas madres que acaban de salir con trabajos de Catedral, luego de la misa alusiva al llamado *día de las mulitas*, para encontrarse minutos después con vendedores de esos animales de carga y demás mercancías, como globos, aviones, pelotas, artesanías y nieves de sabores, además son acosados

por un ejército de fotógrafos que, al grito de ¡barata, la del recuerdo!, persigue a cuanta mujer con un pequeño disfrazado camina pausadamente.

A unos pasos de aquel cuadro, justo frente a la maqueta de la antigua Tenochtitlan, un grupo de danzantes prehispánicos venera a Tonatiuh y otras deidades aztecas al tiempo que su líder explica a los espectadores el significado del ritual, los invita a participar del baile ceremonial —previo entrega de una cuota voluntaria— y emite un mensaje sobre la recuperación de las raíces mexicanas. Más tarde vendrán las fotos posadas con todo y penacho para los turistas, las entrevistas pagadas por estudiantes y las charlas con los bailarines espontáneos para que se integren al conjunto.

Y quien curioseaba por el lugar, se embobaba luego con el comercio de banqueta, o más bien de andador marca jipiteca, que se localiza a un lado de los bailarines, pero distante de la festividad religiosa del *Corpus Cristi*. Ante los ojos del transeúnte aparecerán seguidos unos de otros colgijes, cuarzos, fragancias místicas, sombreros al estilo Bob Marley (con rastas incluidas), discos de música alternativa, casetes grabados de la trova cubana, libros de Marx, El Che, Mao y Castro.

Además de playeras estampadas con la imagen de grupos de rock hay una amplia colección de carteles, gorras y llaveros con la efigie del *Sub Marcos* o las siglas EZLN pintadas en rojo, que en opinión de Lucio, el encargado del puesto (por cierto de nombre estrictamente revolucionario), son los productos más solicitados por turistas y paseantes de este "nuevo corredor comercial".

Pero en el pasillo "rebelde" también están presentes otros comerciantes; a unos metros del vendedor de libros viejos un grupo de curiosos escucha de un merólico los portentos de ungüentos, aceites y yerbas medicinales: ¡señora, señorita! pomada de concha nácar para quitar las manchas de la piel, por el sol o el acné y si usted caballero

tiene calvicie prematura, mire, este shampoo le soluciona el problema por la módica suma de 40 pesos, ¡ánde, anímese!

Algún incauto no puede resistirse a la ganga del día y presto compra el menjurje con la ilusión de controlar la caída del cabello, aunque pasos más adelante entre el gentío que se forma en la esquina de la Casa de las Ajaracas se le cae la botella de líquido.

Precisamente frente a aquel andador plagado de comerciantes se contemplan los restos del Templo Mayor, dedicado a Tlaloc y Huitzilopochtli; y cuando los peatones no tienen mucha prisa se detienen algunos minutos para observar, desde una barandilla, las reliquias del centro ceremonial de la antigua Tenochtitlan, hasta pueden escuchar una parte de la explicación que alguno de los guías dará a uno de tantos grupos de turistas que se presentan al lugar. Sin embargo, casi siempre, las personas recorren esa zona para efectuar algún mandado y no para visitar la zona arqueológica.

En el mismo tramo de la calle de Argentina, ocultos por los puestos de juguetes, relojes y ropa semiusada se ubican fondas de tacos, tortas y jugos a donde terminan los paseantes que luego de caminar por horas son vencidos por el hambre, la sed o el cansancio; esos locales también sirven de cuartel a un par de enfermeras que, a la voz de "¿le tomo la presión?", ofrecen por cinco pesos pruebas de glucosa y verificar la tensión arterial. Un consultorio ambulante para la muchedumbre con el *stress* auestas.

Y otro que da fuertes gritos para atraer a la clientela, femenina sobre todo, es un vendedor de peineta, broches y tubos para el cabello que con una cabeza de yeso con pelo artificial injertado demuestra la manera en cómo sus productos pueden crear peinados de toda índole, además para facilitarle la tarea a las señoras también vende

un instructivo con los diseños de moda y un folleto de sugerencias para el cuidado de la cabellera.

En la acera de enfrente, en Justo Sierra, donde se ubica la librería Porrúa se observa a la gente que se agolpa para conseguir libros y manuales para el bachillerato o la universidad; otros tantos piden las últimas novedades literarias y los extranjeros las ediciones sobre la cultura mexicana y los pueblos prehispánicos. El murmullo de los clientes y de los vendedores es todo lo que se escucha cuando se pasa por afuera del establecimiento.

Pasos adelante se erige el Antiguo Colegio de San Idelfonso, perteneciente a la Universidad Nacional, donde se albergan algunas de las exposiciones más importantes del país —sólo superadas por las de Bellas Artes—; hace unos meses concluyó una muestra sobre Sigmund Freud y, en espera de la siguiente exhibición sobre pintura latinoamericana, continúan las visitas guiadas por el recinto; pero el transeúnte común pasa de largo para cumplir con sus compras sin enterarse a veces de la actividad que se desarrolla dentro del colegio.

Parece que Justo Sierra es uno de esos ejemplos de las paradojas de la ciudad, ya que es una calle, como tantas otras del centro y del D.F., donde distintos aspectos comparten un mismo escenario, aquí a la vez puede verse a los estudiantes ingresar a San Idelfonso, que a montones de niños, adolescentes de "pinta" y adultos, en los puestos de enfrente, fascinados con carteles, tarjetas y fotos de los artistas del momentos y de los símbolos sexuales.

Con sólo un vistazo al negocio se reconocen las imágenes de los extranjeros Ricky Martín, Cristina Aguilera, Britney Spears, Back Street Boys y los nacionales Alejandro Fernández, Paulina Rubio, OV7 y Luis Miguel, sin faltar los iconos de

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Madonna, Marilyn Monroe y los Beatles; las ilustraciones de esos ídolos mantienen a muchachos y jovencitas, por más de media hora, en una búsqueda entre cajones y pilas de papel para encontrar las láminas donde el cantante o grupo musical luce más atractivo y sugerente.

De ese lado del centro (a un costado de La Catedral), sobran las manifestaciones populares, a la par que el comercio informal. En cambio, al otro lado de la Plaza de la Constitución, en las primeras cuadras de 20 de noviembre, predomina el lujo traducido en tres grandes tiendas departamentales, zapaterías y alpargaterías de elevados precios, y algunas boutiques que ofrecen vestidos de noche y de etiqueta.

En esa zona es cotidiano observar mujeres y hombres con un alterón de bolsas de almacén que caminan garbosos exhibiendo su nivel de vida y su bonanza económica; son ellos quienes aceleran el paso y mantienen la vista al frente cuando se les acerca el organillero o el campesino en plantón para pedir unas monedas para su causa.

Luego, curiosean en el ambulante de banqueta –menor respecto a otras calles– que vende imitaciones baratas de perfumes, ropa y maquillaje finos, pues a veces para simular la jerarquía social son indispensables los sustitutos de las marcas originales o bien unos cuantos préstamos en el Monte Pío.

Todo ocurre en el primer cuadro de la ciudad y todos llegan a él por distintas causas, pero sin percatarse se convierten en protagonistas de situaciones alegres, trágicas, humorísticas y bochornosas junto a otras decenas de personas, en ese lugar de encuentros y desencuentros de la capital de la República que es el Centro Histórico.

junio de 2000

4.2 Los festines de la urbe

Los capitalinos, al igual que otros mexicanos, se caracterizan por su carácter jovial y simpático; convierten a la comida y la bebida en compañeros de francachelas; inventan chistes de toda índole, gustan de contonear la cintura al ritmo de la música del momento; gritan, cantan y ríen estrepitosamente; todo ello para mostrar su felicidad.

Entonces, con esos antecedentes, no es extraño que el calendario de los habitantes del D.F., esté repleto de festejos patrióticos, religiosos, sociales o familiares –cada año se instituyen nuevas fiestas, ahora hasta existe el día de la secretaria y en este 2000 se inauguró el de los abuelos–.

Siempre hay una fecha que celebrar, es más cualquier asunto laboral o personal que salga de la rutina es usado como pretexto para ir a un restaurante, a una cantina o la morada de un compañero. Y si se quieren comprobar esas afirmaciones ejemplos sobran, sólo basta la siguiente muestra.

Casas Alemán, 14 de febrero de 2000, 16: 00 horas. Las aceras y banquetas del mercado Ampliación Casas Alemán están invadidas por los puestos semifijos de comerciantes que, así como en Navidad y Año Nuevo, promueven el amor; sí, venden flores, chocolates, galletas, muñecos de peluche, tarjetas, bolsas, discos compactos y otros objetos que buscan demostrarle el cariño al ser amado.

Los adolescentes y las muchachas se acercan a los negocios para comprar, en la mayoría de los casos, chucherías, nada que rebase el presupuesto de 150 pesos ahorrado para la ocasión; otros un poco más espléndidos llaman desde un teléfono público a un trío del rumbo para que por la noche los acompañen a dar una serenata.

En la papelería frente al mercado, unos corazones de terciopelo rojo recuerdan la fecha a quien la haya olvidado y unas niñas con uniforme de secundaria repasan los exhibidores de tarjetas. "Miren que tal ésta, a poco no está bien padre, a que a Rubén le gusta mucho", dice una de las amigas; "como que está medio ridícula, eso de que eres la luz que me ilumina, pero en fin si la quieres cómprala", le responde otra, y luego de pagar el regalo las dos jovencitas se van abrazadas y sonriendo.

Ya por la noche, pasadas de la nueve, los comercios siguen abiertos y un hombre de escasos 25 años recorre los puestos de flores para comprar un ramo de rosas rojas de 100 pesos; aunque el joven refunfuña por el precio decide llevarse una docena de botones que minutos después entregará a su pareja, quien descende de un microbús en la esquina que forman Puerto Mazatlán y Tampico; el par de enamorados se toman de la mano y emprenden el camino hacia Pizzas Charly, donde seguirán festejando su amor entre trozos de peperoni.

Lindavista, 10 de mayo de 2000, 14:00 horas. Por avenida Montevideo, después de atravesar Insurgentes Norte, los vehículos avanzan más lentamente sobre todo al acercarse a Ricarte y a Instituto Politécnico, en un día normal los 15 minutos de ese trayecto no causan problema.

Pero un día de las madres todos los factores están en contra: hay más congestión que de costumbre, el calor es sofocante, no hay donde estacionarse, los peatones se atraviesan sin ninguna precaución –porque ya es tarde– y toda la familia, en principio la festejada, está de mal humor.

Después de que el vaivén del tráfico permitió llegar al destino de la reunión –uno de tantos restaurantes de la zona que ofrece menús exquisitos para la mamá en cuestión y todo su séquito–, el ingreso al lugar del festejo se prolonga, pues antes hay

que formarse en una fila de por lo menos otras siete familias (esta ocasión para ser más democráticos con la clientela se quitaron las reservaciones, así que todos a esperar su turno).

Aunque se demora la asignación de una mesa, el ánimo no decae; ya en el interior de la Fonda Santa Clara inicia el ritual de la comida; se piden los platillos más caros y en la mesa no faltan las bebidas; el mariachi aparece en escena tocando los primeros acordes de "Las mañanitas", mientras que las mamás aplauden la presencia del sexteto.

Enseguida comienza el desfile gastronómico: crema de chícharos, milanesa a la italiana, pozole, chiles en nogada, camarones rebozados, pescado empapelado, pastel de tres leches, coctel de frutas, chongos zamoranos y helado de mamey; hay alimentos para todos los gustos, pero sobre todo se satisfacen los caprichos culinarios de la homenajead.

Y qué decir de los placeres etílicos, compañeros indispensables de cualquier ágape, en las mesas se ingieren desde licores hasta alcoholes de fuerte graduación como rones y tequilas.

El mariachi interpreta melodías rancheras, boleros y baladas, a petición de los comensales, todos quieren dedicarle a su progenitora *Amor Eterno*, *Hilos de plata*, *Mujeres divinas*, *Cien años* o *Como quien pierde una estrella*. Sin embargo, la canción de la tarde es *Señora*, composición de la portuguesa Denise de Kalafe, pues en un acto casi unitario los clientes acompañan al vocalista en aquellas frases que dicen: "a ti que me diste tu vida, tu amor y tu espacio", "a ti que aguantaste en tu vientre dolor y cansancio".

Así, los contratiempos y enormes gastos se compensan por ver a las señoras con una sonrisa en el rostro; alejadas de la cocina de su hogar y divertidas con las ocurrencias de los nietos. Esposos, hijos y demás familiares también disfrutaban de la tertulia, pues comen, beben, ríen y bromean como pocos. ¡Todo sea por las madrecitas!

Peñón de los baños, 17 de diciembre de 2000, 19:00 hrs. Es la primera posada en la capital y en la Iglesia de San Ramón Nonato (en la colonia Esmeralda) los preparativos para la fiesta están avanzados. Un amplio patio sirve de sede, los feligreses han acomodado sillas y unas cuantas mesas, donde las ollas de la tinga, el picadillo, las papas con chorizo y los frijoles despiden sugerentes aromas.

En tanto que el queso rallado, la crema, las salsas y las tostadas desde hace rato fueron colocados por las organizadoras (un trío de señoras catequistas de la iglesia) al centro del patio.

En otro extremo terminan de amarrar las bolsas con dulces para los niños y vacían la fruta a una piñata con forma de estrella de siete picos, que más tarde será apaleada, mientras que el olor de las guayabas y los tejocotes del ponche caliente completan el cuadro.

Una catequista apila las cajas de velitas y hojas de cánticos para la letanía junto al pesebre de madera que resguarda las imágenes de San José y la Virgen María, mientras que un niño cuenta las colaciones que deben llevar cada una de las canastitas de papel. En la entrada, los jóvenes del coro afinan sus instrumentos para amenizar la velada y la gente de la comunidad empieza a llegar.

A eso de las siete y media, uno de los sacerdotes de la parroquia (que por cierto es canadiense), da la bienvenida a los feligreses y organiza la petición de posada.

En su papel de peregrinos, los de afuera inician el canto tradicional de "en el nombre del cielo, oos pido posaaada..."; adentro responden con la negativa de dar alojamiento y así la letanía sigue hasta que a la voz de "entren santos peregrinos, pègrinos, reciban este rincón..." se abre la puerta para admitir a los viajeros.

Ya adentro, en el patio, la algarabía de los niños por romper la piñata contagia a los adultos que aplauden y gritan a cada golpe que recibe aquella olla de barro. Al final, luego de que una veintena de infantes de todas las edades la ha tundido a palos, las cañas, naranjas, jicamas y otros obsequios se salen y todos los niños se lanzan sobre ellos. Otra vez se ha vencido al mal que es esa vasija adornada en forma de estrella, introducida al país por los españoles, cuyos siete picos representan los pecados capitales, y se han obtenido una serie de bondades (las frutas) en recompensa a la hazaña.

Los empujones terminan y los pequeños reciben sus aguinaldos (las bolsas con dulces) a la vez que los mayores empiezan a degustar las tostadas y a beber el ponche calentito, "sin piquete", que sirve el grupo de religiosas y catequistas; luego el coro canta los villancicos *Los peces en el río*, *La marimorena*, *Campanas navideñas* y *El niño del tambor* para imprimirle ese sello de ambiente navideño a la velada.

Cerca de las diez de la noche, algunas de las personas que asistieron limpian los vestigios de la fiesta, otros recogen sus trastos con los restos de comida y los demás se retiran del lugar para esperar la tercera posada de las nueve que de acuerdo a la tradición religiosa equivalen a los meses de gestación del Niño Dios y al recorrido de la Virgen María y San José hasta Belén (que en México adquieren su carácter de celebración popular a principios del siglo XIX).

Son las últimas posadas de un siglo que fenecerá en 14 días, en esas reuniones comunitarias las familias y los parroquianos seguirán las costumbres de la época: cantarán letanías, romperán piñatas, saborearán los antojitos, el ponche, la fruta y las colaciones.

Mientras que en otras casas como las de enfrente de San Ramón Nonato, sus festejos serán un jolgorio con música tropical estridente, baile hasta la madrugada y alcohol como para apagar la sed de toda la colonia, sin el menor elemento que recuerde a las posadas tradicionales, a esas que anteceden a la Navidad y al nuevo año. Pero al fin y al cabo, para el capitalino lo importante es festejar.

4.3 Mares Humanos (Escenas de multitudes)

Al citar a la capital, una imagen es recurrente: la gente que inunda calles, espacios públicos y lugares recreativos, pero también hay otro elemento que parecería innato en la marcha urbana: las manifestaciones; sin embargo, esta visión cotidiana tiene apenas dos décadas de existencia. Mítines y plantones se realizan todos los días y de diversa índole, pero uno de los que no es sólo un reclamo, sino un recuerdo es la marcha del 2 de octubre a Tlatelolco.

Años van y años vienen y la remembranza de una herida salta a las calles el segundo día del mes de octubre. Aunque el ritual es el mismo, los protagonistas son distintos. Ahí está la marcha conmemorativa (1998) por los treinta años de aquel movimiento estudiantil donde las avenidas se convirtieron en encuentro de generaciones, clases sociales, protestas y expresiones culturales.

En este 2000, los bríos se renovaron y tal vez porqué se trate del último 2 de octubre del siglo, pero esa tarde, por cierto lluviosa, de nueva cuenta líderes de aquel movimiento, intelectuales, artistas, políticos, trabajadores y estudiantes se apropiaron de la ciudad por unas horas para espetarle al gobierno esa frase simbólica: ¡2 de octubre, no se olvida!,

La salida fue desde el Ángel de la Independencia, aunque el contingente abarcaba varias cuerdas, y al frente de la marcha los ex líderes del Consejo Nacional de Huelga partieron tomados del brazo, mientras que atrás un bloque de zapatistas, de campesinos del Consejo Nacional Indigenista y de integrantes de la Unión Nacional de Trabajadores empezaron a tomar su paso.

Al principio, el conglomerado parecía inerte por la lentitud del grupo de vanguardia, pero conforme avanzaba la gente, los distintos sectores sociales empezaron a lanzar consignas y a protestar cada uno en su estilo.

Los trabajadores del sindicalismo independiente gritaron sus frases de batalla: "¡se ve, se siente el pueblo está presente!, ¡él que no brinque es charro! o ¡al frente, al lado, aquí no hay acarreados!"; en tanto, los de Filosofía y Letras a ritmo de conga cantaban "¡Marcos que chido es Marcos, Marcos que chido es, es, es!", y los de Artes Plásticas con unas mojigangas de Ernesto Zedillo y Vicente Fox condenaban las políticas neoliberales que defienden esos políticos.

En esta marcha se conjugan los viejos y los nuevos reclamos: los encaminados a desenterrar la historia de aquella tarde en la Plaza de las Tres Culturas; quienes piden respeto a los derechos laborales; los que exigen se respeten los Acuerdos de San Andrés y a los pueblos indios del país; aquellas voces que se levantan en busca del castigo de los defraudadores bancarios y los políticos corruptos.

Todo eso cabe en la tarde de un 2 de octubre, al igual que los vándalos que pintan las paredes de la Embajada de Estados Unidos, las sucursales bancarias de Paseo de la Reforma, los tugurios que están sobre Eje Central Lázaro Cárdenas, las rejas de la secretaría de Relaciones Exteriores y algunos edificios de la Unidad Nonoalco-Tlatelolco.

Allí están también los comerciantes que caminan entre los manifestantes para vender sombrillas, cuasi impermeables de plástico, refrescos, comida, libros de marxismo, incluida la tesis del *sub Marcos*, y billetes de lotería.

De regreso al recorrido, la vanguardia de la marcha da la vuelta a la Plaza de las Tres Culturas y entra a la unidad habitacional por uno de los costados de la Iglesia para colocarse justo enfrente del Edificio Chihuahua; ahí los oradores del mitin suben hasta el quinto piso a la espera del contingente; en unos minutos la plancha de Tlatelolco comienza a llenarse y un rato después los cuerpos de los activistas de ayer y de hoy se agolpan uno contra otro, pues el espacio es cada vez menor.

Son las cinco y media, Gilberto Guevara Niebla dirige las palabras de agradecimiento a los ahí reunidos y reflexiona sobre otro año que pasa sin que el gobierno asuma su responsabilidad por la matanza del 68; luego presenta al primero de seis oradores, todos ellos estudiantes, que hablarán durante el acto.

Justo son las seis y diez cuando interrumpen al alumno del Poli; otro de los líderes narra como hace 32 años a la misma hora una bengala surcó el cielo y enseguida un grupo de hombres con un guante blanco, integrantes del Batallón Olimpia, empieza a disparar desde el edificio contra todos los manifestantes; luego Guevara Niebla pide un minuto de silencio por los muertos de aquel día.

Los discursos siguen y al final gritos de ¡2 de octubre, no se olvidal, ¡Viva México! y ¡Zapata vive, la lucha sigue! estremecen a Tlatelolco; a la par de ese sonido multitudinario se levantan también los puños cerrados y las manos con el signo de victoria; los rostros anónimos se mezclan con algunas figuras del arte y la política, todos juntos en ese momento de catarsis colectiva.

Las sombras de la noche comienzan a caer y los organizadores del evento han decido proyectar, lo que resta de la jornada, videos sobre el 68; esas penumbras son aprovechadas por algunos grupos teatrales para interpretar performances y monólogos sobre la fecha.

Unos muchachos que cargan sus guitarras se dirigen rumbo al centro de la Plaza donde se alza una especie de lápida con los nombres de los estudiantes y de otros asesinados. En ese lugar los esperan vecinos de la unidad y familiares de los muertos para rezar y cantar, veladora en mano, *Las golondrinas*, *Triste canción de amor* y *Let it be*, entre otras melodías.

Las lágrimas siguen fluyendo, el rencor igual, pero la esperanza predomina en el ambiente: "para algo sirvió que muriera nuestro hermano, para que ahora estos jóvenes puedan decir lo que sienten", dice una mujer cuando levanta la cara y mira a unos estudiantes a su lado.

No todos los conglomerados corresponden a manifestaciones y otras actividades ciudadanas, también existe la parte gozosa de las reuniones de miles de capitalinos. En una de las arterias por donde transitan las marchas como es la avenida Hidalgo, la víspera del día de Reyes las proclamas de otras jornadas ceden su lugar a los murmullos de comerciantes que invaden las aceras de la Alameda Central y a los

transeúntes, en su mayoría familias, que caminan entre los autos para tomarse la fotografía del recuerdo con Melchor, Gaspar y Baltasar.

Como el primero de enero de 2001, o de cualquier otro año, las cercanías de la Alameda están repletas de gente, para una familia que viaja en automóvil resulta una tarea titánica conseguir estacionamiento; es necesario recorrer varias cuadras hasta que cerca de Bucareli los acomodadores –que se apropian de cualquier acera– señalan que hay lugar arriba de la banqueta; las personas caminan hasta donde están los reyes orientales y los comercios de fritangas.

Una vez en la zona, la situación se complica: hay que caminar a la mínima velocidad permitida por el gentío, sostener con fuerza a los pequeños y a los abuelos, no retrasar el paso (de no ser así al poco rato todos estarán llamando a gritos al integrante perdido) y cuidar las carteras.

Pero el asunto no para ahí, después de elegir entre ocho locales con reyes arreglados en diferentes estilos y uno que otro despistado Santa Clos, los miembros de la familia deberán de formarse en una larga fila para esperar su turno.

El tiempo transcurre entre bostezos, pláticas y miradas hacia los puestos que venden espuma, luces de bengala, bromas infantiles y huevos rellenos de confeti; también los postes causan curiosidad, pues ahí acomodaron unas guías de algodón de azúcar que van a parar a las bocas de los niños o, en el peor de los casos, el viento dispersa entre los paseantes.

Media hora después, los mayores se acomodan entre la escenografía de unicel – a saber un camello, un caballo y un elefante– para que los magos de oriente sostengan en sus brazos a los niños; una ligera sonrisa y el fotógrafo, un señor maduro, dispara el

flash; de inmediato los encargados del negocio bajan a toda la prole y ya en la acera entregan la foto instantánea de cincuenta pesos.

Ahora sí, a cenar. La familia camina hacia los puestos de comida y como gente es lo que sobra debe dividirse para disfrutar de un buen pozole, de unos buñuelos doraditos o de unos pambazos con mucho chorizo; el servicio no es de primera, así que pasarán más de veinte minutos para que les sirvan sus respectivas ordenes, pero en fin el hambre es canija y ya pasan de las diez. Al rato la demora se olvida cuando aparecen los platos con granos de elote, tiritas de carne de puerco, cebolla, rábanos, orégano y lechuga, hasta los niños saborean sin ninguna molestia los tamales de dulce y de mole recién calentitos.

Luego de la vasta comida todos se disponen a volver por el carro, antes compran unos globos para que los pequeños envíen sus cartas a los reyes magos, y de nuevo deben caminar a la par de otras decenas de personas, evadir el tránsito, soportar los apretujones y aguantar los baños de espuma que desde los automóviles lanzan los chiquillos traviesos.

La travesía termina, los familiares fastidiados suben de manera mecánica al auto, mientras que el acomodador pide "su propina" por haber vigilado el vehículo. De camino a casa, lo único que miran es gente en las calles; ciudadanos y fuereños que inundan las avenidas del D.F., más en una época festiva como es el inicio de un nuevo año (y también siglo), cuya primera fiesta es el día de reyes y de preferencia en la Alameda.

octubre de 2000 y enero de 2001

4.4 Imágenes de barrio

La Guerrero es de esas colonias que sirven como zona habitacional a las familias de clase media y a las de bajo nivel económico; aquí predominan las vecindades y las viviendas de alquiler, también el alcoholismo, la prostitución y el mayor número de bares y pulquerías.

Hace 130 años pasó de ser una incipiente zona residencial, en la parte de Mosqueta a Avenida Hidalgo, para convertirse en hogar de los ferrocarrileros que trabajaban en la estación Buenavista y de gente de escasos recursos.

En los antiguos terrenos del Colegio de San Fernando y el cementerio de San Andrés, en los cuales se erigió la colonia, la parte más popular se convirtió en el Barrio de los Ángeles, donde se construyeron muchos talleres manufactureros y un salón de bailes con el mismo nombre en 1937, el cual sigue en funcionamiento los jueves, viernes y domingos con una sola restricción: la venta de alcohol, incluida la cerveza.

En Lerdo 206 ese establecimiento, que reza la sentencia "quien no conoce Los Ángeles, no conoce México", es atendido desde más de 15 años por doña Armida Applebaum y su hijo Miguel Nieto, quienes han sido anfitriones de las mejores orquestas de danzón como las de Carlos Campos y José Luis Cardona y de conjuntos de salsa.

A últimas fechas el local ha servido de escenario de la obra *Aventurera* con la cual se ha popularizado entre los sectores medios y altos de la capital, quienes cambiaron su idea de que Los Ángeles es un tugurio de mala nota.

Pero la principal tradición del lugar (no confundirlo con un cabaret donde se baila por ficha) es el danzón. "El vals de los pobres" como lo han llamado muchos sociólogos e historiadores, ha permanecido en el gusto de los guerrerenses –los habitantes de esa colonia al centro de la ciudad–, quienes jueves y domingos de las 5 a 11 de la noche se dedican a moverse al compás de *Nereidas*, *Almendra* o *Juárez*, aunque también practican mambo y chachachá.

Los bailarines, sobre todo mayores, nunca faltan; hay parejas como Rosita y Jaime que dan verdadera cátedra a la hora de "raspar el suelo" y sus pasos sensuales y asombrosos son el detalle de la noche.

Los Ángeles sigue vivo, sin importar las fiestas hip-hop de los jóvenes a unas cuadas, claro que no como en la década de los cincuenta cuando el salón estaba repleto y se formaban filas interminables de pachucos y jovencitas delirantes de los bailes del momento.

Los de la Guerrero son también personas devotas que veneran a San Judas Tadeo, a San Hipólito y a la Virgen de los Ángeles, esta última patrona del barrio del mismo nombre y a quien se rinde culto desde 1595 cuando un cacique indígena convertido al catolicismo encontró una imagen desconocida luego de una inundación. Esa pintura sobrevivió al torrente y por el desgaste fue copiada en los muros de su actual capilla, donde se organizan ferias y kermeses cada 2 de agosto.

Sin embargo, la fe de los lugareños también admite como práctica la visita a centros espiritistas, ubicadas en las vecindades de Flores Magón, donde brujos profesionales hacen "limpias" con huevo y ramos de ruda con el propósito de esparcir "las malas vibras", "la salación" y "los odios". Y estas apenas son unas escenas de la

colonia Guerrero donde conviven diversos estilos de la vida moderna y muchas tradiciones populares.

Coyoacan a diferencia es un barrio cultural por antonomasia; en parte por estar ubicado al sur del Distrito Federal, donde desde tiempos inmemoriales han habitado elites económicas, intelectuales y creadores de renombre y porque ahí se concentra la mayor parte de la oferta artística de la urbe.

Tiene de todo: museos, centros de cultura, librerías, iglesias, bazares, plazas, jardines, mercados de artesanías, galerías, teatros, cafeterías y restaurantes sofisticados.

De esas construcciones hay una que destaca en la calle de Londres por sus grandes muros pintados en azul cobalto y cornisas en rojo. Es el Museo Frida Kahlo, en el número 457, que no tiene nada en común con otros museos, pues revela la vida de Diego y Frida, quienes vivieron juntos –como dice la inscripción de la entrada de la casona– de 1939 a 1954.

En las tres habitaciones de la planta baja está montada una exhibición de cuadros, figuras prehispánicas, huipiles, un epistolario y apuntes personales que permiten descubrir el árbol genealógico de la pintora, el dolor de su enfermedad y su relación con Diego Rivera.

Pero donde se percibe la intimidad de la pareja es en los cuartos restantes: la cocina, el comedor, el estudio y las recámaras; ahí, todos los objetos parecen exhalar un hálito de la personalidad de Frida: su colección de mariposas, las muñecas de barro y los corsés adornados a mano con colores "chillantes" que utilizaba para sostener su columna vertebral. Son esos mismos detalles los que dan cuenta de la gran pasión y

amor de los habitantes de la morada, de la "Niña Fisita" y del "Príncipe Sapo-rana", como ambos se llamaban.

De la casona llamativa, se puede caminar en línea recta hasta llegar a las inmediaciones del Jardín Hidalgo, el centro coyoacanense donde los domingos se reúnen los más extraños e iconoclastas grupos de jóvenes. *Darks, punks, skatos y hippies* aparecen en el parque para husmear entre los puestos de incienso, libros viejos, litografías, cuarzos y artesanías que se colocan cada fin de semana.

En ese parque no se puede ni caminar, menos aún conseguir una banca desocupada. Cerca del kiosco se monta un entarimado para actividades como lecturas colectivas, conciertos de rock, obras teatrales y performances, también es el sitio para que mimos y payasos hagan sus rutinas más simpáticas y después procedan a pasar la gorra o el sombrero para la "cooperación".

También, alrededor del Jardín Hidalgo abundan las neverías como una sucursal de Santa Clara o la imprescindible Michoacana donde se sirven los sabores tradicionales de chocolate, fresa, limón y pistache y también helados de yogurt con granola.

En las aceras no faltan los vendedores de algodones de azúcar, manzanas con caramelo, alegrías, pepitorias y cachetadas (dulce untado en medio de trozos de plástico que se chupa para despegarlo de la envoltura), ni los artesanos que ofrecen alebrijes o muñecos en madera a 250 y 400 pesos, según el tamaño de la pieza.

La plaza y las calles del centro permanecen repletas por varias horas, pero las lluvias de agosto dispersan a los paseantes que despavoridos corren a guarecerse al Sanborns, al Parnaso, a las fondas y a las tiendas de curiosidades, parece que hasta los chubascos son propiedad de ese barrio, igual que la cultura.

Al poniente de Coyoacan, luego del boulevard Adolfo López Mateos, se alza San Ángel, llamada antes Tenanitla, sitio "bajo el volcán"; fueron precisamente sus antiguos pobladores, quienes instituyeron hace 141 años una festividad donde rendían culto al señor de las flores, Xiuhtecuitl, por las cosechas del año.

Esa fiesta es conocida como la Feria de las Flores, que se efectúa la segunda semana de julio y como muchos festejos comunitarios ha tenido cambios a través del tiempo. Así, en la Colonia la celebración prehispánica fue modificada por la orden de los carmelitas descalzos que decidieron honrar en esos días a la Virgen del Carmen, patrona del lugar, con cánticos, misas, oraciones y juegos pirotécnicos y es hasta 1940 que las autoridades de Álvaro Obregón deciden fusionar ambas festividades en una sola.

A partir de esa fecha, año con año, las calles y los balcones del barrio se visten de gala, ya que por una semana se organizan actividades populares como exposiciones florales, verbenas, muestras gastronómicas, callejoneadas nocturnas y charreadas.

Uno de los eventos más llamativos sucede en la Plaza San Jacinto, donde un séquito de jovencitas se presenta con sus respectivos trajes regionales y de noche para que el jurado, un prominente comité de vecinos, elija de entre ellas a la reina de las flores (una derivación san angelina de la Flor más Bella del Ejido). La mujer más agraciada participará en los bailes, las premiaciones y será la embajadora de San Ángel en otras ferias de las regiones vecinas.

Aparte de esas costumbres, San Jacinto se vuelve escenario de un vasto programa cultural, en el cual participan los artistas y grupos del rumbo con recitales, exposiciones, puestas escénicas y certámenes literarios.

Las diversas manifestaciones culturales se nutren de la galería de pintores callejeros que los sábados colocan sus caballetes sobre la acera para plasmar los momentos cotidianos y de los maestros artesanos de muebles neocoloniales que exhiben recámaras y comedores en maderas finas.

Los concursos son otra costumbre de la feria. Es curioso observar en Luis de Ogazón y avenida de La Paz los balcones repletos de macetas con girasoles y geranios, ramilletes de rosas y guías de crisantemos en los ventanales, en especial cuando los pétalos de estas flores caen al suelo por las ventiscas y dan la impresión de ser copos de nieve.

¡Qué decir de los jardines!, donde se miran una variedad de flores y plantas de ornato; hasta el jardinero más experimentado se asombraría de las obras de arte que las amas de casa logran en unos cuantos metros cuadrados con bugambilias, nubes, gardenias, azucenas y margaritas.

El decorado de los patios frontales de esas casas y de las barandillas es la forma moderna de venerar al señor de las flores entre las nuevas generaciones de habitantes del ex caserío de Tenanitla, donde una vez hizo erupción el volcán del Xitle.

julio y agosto de 2000

4.5 Los viajes cotidianos

A lo largo de su historia, la capital del país ha tenido diferentes medios de transporte. Antaño en el siglo XIX eran carruajes tirados por caballos y en la segunda década del siglo XX tranvías; en la actualidad las formas para viajar han cambiado, a veces por la expansión urbanística y otras ocasiones por las necesidades de traslado de la gente.

Un viaje desde la colonia Moctezuma hasta Insurgentes Sur, a la altura de la Plaza de Toros México, requiere de una pequeña excursión; de principio en Iztaccihuatl se toma un bicitaxi –ese medio que a finales de los noventa ha facilitado la vida de las amas de casa– para llegar al metro con el nombre de emperador azteca.

Son como ocho cuadras de trayecto que el conductor-ciclista no recorrerá en menos de 12 minutos, sin embargo no hay otra alternativa, pues a esa hora (las tres de la tarde) todas las combis van llenas.

El vehículo pasa las primeras calles sobre la avenida Emilio Carranza y la parsimonia del movimiento, junto al contacto del pasajero con el aire, propicia que la mente equipare esos paseos, por su lentitud y vaivén, con los de los aristócratas porfiristas; de pronto un bache sacude al usuario y la realidad de los viajes urbanos entre automóviles, comerciantes ambulantes y peatones distraídos de nuevo aparece a su vista.

El conductor, un muchacho de no más de 20 años, comienza a sudar y para olvidarse del esfuerzo tararea "El aventurero"; luego, ufano le grita un par de groserías a un taxista que se estacionó en doble fila y produjo un leve embotellamiento; la molestia pasa y tan campante sigue su camino.

Cerca del Metro, como si estuviera en el *Giro de Italia*, el joven esquivo los topes y a los carros que dan vuelta, para metros adelante en una maniobra de precisión frenar a un costado de la estación del penacho.

"Hay nomás son cinco pesos, *señito*"; la clienta aturdida por el calor de manera mecánica ve su reloj y constata que ese transporte es de los más calmosos y de un golpe pone la cantidad solicitada en la mano del conductor, enseguida con paso firme casi corre para llegar a la entrada de la estación.

Ya dentro del Metro la mujer da unas pisadas impacientes sobre el suelo hasta que se abren las puertas del convoy y se cuelga como una ráfaga para sentarse en el único asiento visible.

El recorrido inicia y antes de llegar a San Lázaro el subterráneo se detiene, luego de unos segundos continúa su andar, en ese lapso abordan el carro más de 15 personas que se distribuyen y apretujan con el resto de los usuarios.

La falta de aire acondicionado y los olores que emanan de los cuerpos hacen una mezcla de aromas que pica la nariz, así hasta Pino Suárez donde como corcho de botella buen número de pasajeros salen disparados. Un poco de brisa inocua entra después de que las puertas se abren.

El metro avanza dos paradas más y en Salto del Agua, entre la multitud que ingresa, dos figuras llaman la atención: son un par de indígenas mazahuas con sus criaturas a cuestas; de inmediato todas las miradas se posan en ellas, unos estudiantes de secundaria se ríen cuando las oyen hablar en su dialecto, pero las mujeres se desentienden del mundo exterior para ocuparse de sus pequeños.

En el transcurso de Balderas a Cuauhtémoc, los ojos de la gente no pierden detalle de los movimientos de las señoras; la más joven casi se va de bruces por no

sujetarse bien y la otra va pegada a uno de los vidrios como calcomanía, de pronto el llanto de uno de los niños obliga a la que estuvo a punto de caer a sacar uno de sus senos para alimentar al desesperado infante.

Esa escena sorprende a muchos de los pasajeros, algunos morbosos siguen el cuadro sin parpadear y las señoras mojigatas sueltan su frase preferida: "que indecencia". La hora de la comida termina y la proveedora del alimento guarda su pecho con toda naturalidad.

En la estación de Insurgentes ambas mujeres descienden, junto con esta pasajera, y con su andar pausado se pierden en una de las salidas a la glorieta; en tanto la viajera prosigue hasta la avenida del mismo nombre que el metro, donde aborda un microbús Chilpancingo, World Trade Center, Plaza de Toros, anexas.

Esos transportes van atiborrados de estudiantes, oficinistas y secretarías que regresan al trabajo luego de probar sus sagrados alimentos; la travesía es larga y como para la calle de Holstein falta mucho tramo, lo menos que queda es admirar la fachada de los centros comerciales, los bares y las discotecas de las colonias Roma, Condesa, del Valle y Nápoles, por donde pasa el microbús.

Entre los comercios que llaman la atención está la panadería *La Espiga*, cerca de la estación Chilpancingo, que desde los años cuarenta funciona surtiendo de teleras, bizcochos y pasteles a los restaurantes de la zona. Adelante, ya en la Condesa, aparece el *Sixties*, uno de esos bares que se especializa en rock and roll, melodías románticas y música de *Los Beatles*.

Es justo en esa calle, donde sube un vendedor que ofrece tres paquetitos de chicles *Adams* por dos pesos, pastillas refrescantes, chocolates *Nicolo* a cinco pesos, gomitas de sabores y cacahuates marca *Nipón*. Hábilmente el señor de 50 años se

desplaza entre los pasajeros y se deshace de buena parte de su mercancía, la cual va a parar a las bocas de mujeres y hombres que matan el tiempo masticando golosinas.

Después, se escucha la conversación de un par de adolescentes que sin el menor recato vociferan sobre sus pretendientes y las peticiones amorosas que ya a esa edad suelen hacer los muchachos; "no pues fíjate que en el cine quiso irse atrás, pero como yo no acepté, que se enoja y durante toda la película ni me peló", "¿entonces que hiciste?...", la charla se interrumpe cuando las chicas tocan apresuradamente el timbre en la esquina del Cinemex WTC.

En la siguiente cuadra, el semáforo en rojo permite dar un vistazo al mural de Siqueiros en el *Polyforum Cultural*, y a las mujeres con ropa de marca que caminan rumbo a la tienda departamental de franquicia estadounidense que se inauguró apenas hace un par de años.

La luz verde reanuda el paso, pero los automóviles avanzan "a vuelta de rueda", pues unos metros más allá un *Volkswagen* gris se descompuso y está provocando que los carros atraviesen con menos fluidez el tramo. Las caras de impaciencia se propagan en el microbús, aunque hay pasajeros que encogen los hombros tranquilamente sin preocuparse por el congestionamiento.

A ese paso, el viaje de dos horas podría prolongarse media hora más, aunque los minutos que transcurren llegan a parecer horas y el tedio de mirar los rostros de hastío, escuchar recordatorios familiares dirigidos a los choferes y la contemplación del decorado exótico de la unidad es lo más desesperante en medio del embotellamiento.

Por fin, la circulación avanza y el microbús se acerca al destino de aquella usuaria que inició su recorrido en la colonia Moctezuma: la esquina del *Rockotitlán* de Insurgentes, el punto de reunión con una amistad de antaño. Son casi las cinco de la

tarde (han transcurrido dos horas de la travesía) y el vehículo se detiene frente al "recinto del rock mexicano", para que la viajera descienda con rapidez y se encuentre con su amigo.

A eso de las 8 de la noche, tras disfrutar de una cena japonesa es necesario emprender el regreso a casa, aunque para tranquilidad de la joven ahora se trasladará con un acompañante, por todo Insurgentes, en un solo camión hasta la avenida Montevideo, de manera que evitará el ajetreo de los múltiples transportes y la tensión del tráfico, factores cotidianos en cualquier recorrido por la cada día menos reconocible *Ciudad de los Palacios*.

septiembre de 2000

4.6 De tianguis, mercados y ambulantes

Desde que en la época Novohispana se construyó El Parián, los mercados establecidos han formado parte de la vida diaria de los capitalinos, con ellos ya no fue necesario visitar las colonias semirurales donde se sembraban frutas y verduras, ni acudir a las tiendas del centro para comprar víveres y otros artículos para el hogar.

Corría el sexenio de Adolfo López Mateos cuando se edificaron amplios espacios con muchos locales, donde instalaron a comerciantes de todas las especies. Así, aquellas colonias que carecían de mercado contaron desde ese momento con por lo menos uno.

Claro que antes de ese periodo existían muchos por la ciudad, uno de ellos el de dulces, ubicado en Ampudia, cerca de Anillo de Circunvalación, tiene una larga historia,

pues ahí se han abastecido los dueños de tiendas de abarrotes frecuentadas por los habitantes del D.F. A ese mercado han llegado las golosinas de moda y preservado las típicas como las alegrías y las frutas cristalizadas.

Cuando se visita por primera ocasión Ampudia la mirada no sabe a donde dirigirse, un local tras otro los dulces son ordenaditos en filas o canastas; al frente ponen los que resultan menos apetecibles para los chiquillos: tinajas con duraznos en almíbar, gaznates, camotes, higos, acitrón, miel de abeja y mostachones.

Enseguida, aparecen los empaques de las cajitas con chicles, palanquetas, ates, galletas de coco, tamarindos, chocolates, borrachitos y un largo etcétera. Algunos locales como el *Bofito* y *La Confitería* venden al mayoreo toda clase de productos: bolsas de papitas, charritos y cacahuates *Jaramillo*; del techo cuelgan las tiras de paletas *Coronado*, antifaces y silbatos, así como muñecos de cartón para jugar "ponle la cola al burro" y letreros de feliz cumpleaños con las figuras de Mickey Mouse, Donald y Winnie Pooh.

De esos puestos, el de Doña Felicitas es de los más tradicionales, con casi 30 años de existencia, pues su familia es de las pocas que sigue elaborando los dulces que venden. Según cuenta la mujer, a principios de los sesenta sus papás decidieron cambiarse de Santa Cruz Acaxintla (un pueblo, productor de dulces) al barrio de La Merced y entonces para ganarse la vida empezaron a preparar sobre todo frutas y verduras con piloncillo.

En esos años, la familia de doña Felicitas es una de las pocas que ofrecía las ambrosías prehispánicas y coloniales entre los locatarios del mercado de La Merced y de Ampudia, después uno de sus clientes les traspasó el puesto número 30 donde actualmente despachan. "No vendemos dulces industriales y menos gringos, aquí todo

es producción casera y variada; hacemos tamarindos pepitorias, cocadas, y muchos postres como suspiros de novia, chongos zamoranos, natillas, carlotas, polvorones y galletas de pulque”, dice orgullosa la mujer.

Sin embargo, el jamoncillo y los calabazates han sido desplazados del gusto infantil por toda clase de golosinas picositas, ácidas, pero en esencia “sin sabor”, como explica Don Jesús, dueño de *El Negrito Sandía*; “que va de aquellos pirulíes multicolores o de las lágrimas de cristal rellenas de agüita, esos sí eran dulces; ahora pura materia artificial que nada más pica los dientes”.

Los aromas dulzones, a vainilla y rompopo, la presencia olfativa del chocolate que despide una canasta con bombones recubiertos y los confites y golosinas succulentas son las imágenes que resguarda la memoria cuando se sale del mercado rumbo a Anillo de Circunvalación. Esas ambrosías que en la mitología griega sólo disfrutaban los dioses, en Ampudia se han convertido en delicias para el paladar de los mortales.

De los manjares típicos pasemos a los negocios “sobre ruedas”. A partir de los ochenta, por la crisis y el desempleo, se derivó una especie de comercio itinerante: los tianguis que se montan por decenas en los barrios citadinos y de la periferia, que a diferencia de los mercados, son más numerosos y en una misma colonia pueden instalarse cinco o seis en distintos días.

En San Felipe de Jesús, los domingos se expande uno de los tianguis más grandes de la capital, que termina en Avenida Central, en los límites de Ciudad Nezahualcóyotl. Como los ancestrales mercados de Tlatelolco o Xochimilco, en estos sitios hay infinidad de productos, tanto alimentos como electrodomésticos, y cuanta chuchería existe para hacer la vida moderna más llevadera.

El Gran Canal del Desagüe (que por cierto desde hace siete años está entubado), a un lado de Periférico Norte, sirve de estacionamiento para los camiones de carga de los vendedores y de la clientela potencial. La fila de vehículos es tan larga a ambos lados de la calle, que los microbuses y taxis deben esperar su turno en los linderos de aquel espacio comercial.

Sin previo orden, los vendedores se acomodan de acuerdo a la hora que llegan, los más madrugadores colocan su mercancía en los extremos, donde inicia y termina el tianguis, pues como es tan largo el mercado sobre ruedas muchos de los compradores se cansan antes de terminar de recorrerlo.

En esos espacios se encuentran una gran variedad de productos: ropa para caballero, jeans de imitación, carnicerías ambulantes, libros usados, refacciones automotrices y llantas a un precio ínfimo, relojes a prueba de agua, acuarios y fauna marina, abarrotos, juegos de video, renta de películas, lencería. Todo está ahí, aunque sin una clasificación distributiva que bien podría facilitar el sistema de adquisiciones.

También hay locales con televisores, grabadoras, estéreos y reproductores de discos compacto de medio uso, sin garantía, pero a un precio casi regalado; y es que para nadie es un secreto que el tianguis de la *Sanfe* (como lo llaman cariñosamente en el rumbo) es el mercado negro de artículos robados, fayuca, armas, explosivos y droga al norponiente de la capital.

Los sistemas de mercadeo son sencillos: algunos ponen como pantalla sus puestos lícitos para "enganchar" clientes; otros obsequian de manera selectiva catálogos con modelos, precios y formas de pago de los "productos" y en el caso de las sustancias tóxicas la entrega de los paquetes ocurre en las viviendas cercanas al tianguis junto con la mercancía en regla.

Ya de regreso al San Felipe convencional, uno de los principales puntos de venta es el negocio de la imitación, tanto barata como fina, en uno de esos locales una muchacha exhibe toda clase de prendas y accesorios para adolescentes, que tratan de asemejar marcas como *Adidas*, *Levi's*, *Eduardos*, *Total Impact* y *Mossino*. Enseguida un hombre vende prototipos de fragancias de Emmanuelle Ungaro, Láncome, Paloma Picasso y Christian Dior, por 100 pesos, aunque unos metros adelante se encuentran los mismos perfumes a mitad de precio.

En la frontera con Neza, hay muchos comercios de casetes y discos compactos piratas, con grabaciones de tan buena fidelidad que parecen originales; los géneros son variados: tropical, rock, baladas, rancheras, claro que las preferencias musicales dependen del tipo de cliente, hay quienes buscan los éxitos de los cantantes de moda y otros se interesan por las ediciones especiales (*Clásicos de Universal Stereo*, *Las norteñas de la década*, *Fiebre de disco*, *Los grandes de la salsa*) que no se consiguen en otra parte.

Y de los tianguis, vayamos a otro céntrico mercado, el de Sonora, donde la superstición y las enseñanzas en herbolaria de los antiguos mexicanos se fusionan para resolver todos los males, desde las enfermedades infecciosas hasta las penas de amor, estas últimas de las más requeridas y cuyos remedios se han diversificado de tal manera que el popular chuparmirto o el toloache —con los que según nuestras abuelas se podía embrujar a cualquier hombre— han pasado a segundo plano.

Ahora, en pleno umbral del siglo XXI los elixires, ritos lunares y perfumes para avivar el deseo son las recetas de moda entre los dependientes. ¡Pásele, pásele marchantita, aquí le damos una loción con feromonas y esencia de sándalo que atrae al hombre de sus sueños!, vocifera una joven afuera del puesto "Luz de Luna", donde un

grupo de jovencitas se agolpan para conocer las bondades de ese producto estimulante.

Así, como hay muchachas que juegan a encontrar el amor, otras buscan desesperadas quien les ayude a remediar sus problemas conyugales; ahí tienen el local 32, donde una señora lloriquea porque su marido está distante; la dueña del negocio, una dizque vidente, lee la mano izquierda de la mujer y descubre (como en todos esos casos) la presencia de una intrusa que le hizo un "trabajo" a su esposo y lo está alejando del hogar.

La solución al problema es simple: deben prenderse todo el día tres veladoras de distinto color en un rincón de la casa; primero una amarilla, luego una roja y al final una negra —cuando se consuma toda la parafina podrán enterrarse los restos—, a ese rito deberá sumarse la oración a un santo que aleja a las indeseables, pero lo más importante, aclara la bruja, es tener fe en que el compañero regresará (y claro, pagar 150 pesos por la consulta y el paquete curativo).

En eso de la brujería no es extraño que los curanderos prescriban remedios en donde los ritos religiosos son necesarios para remediar un mal, es parte de una combinación ancestral entre prácticas profanas y católicas que continúa vigente; ahí en Sonora en los comercios se descubren collares de ajos, savilas anudadas con cintas rojas e imágenes de vírgenes y cristos colgadas en las paredes.

También hay muchos locales donde, además de venerar a los santos del catolicismo, se encuentran altares con figuras de santería y otros con la efigie de la santa muerte, cuya devoción se ha extendido en el último lustro y que según los narcotraficantes puede ser más milagrosa que la propia Guadalupana.

Pero, así como existe el sincretismo religioso en ese mercado de Fray Servando y La Viga, también pululan toda serie de soluciones a las dolencias desde menjerges caseros, herbolaria prehispánica y plegarias católicas hasta vudú, taumaturgia y lectura astral.

Uno de los locales característicos es el de doña Lupita, una yerbera joven que heredó de su madre el saber en las plantas y en cuyo comercio están esparcidos manojos de yerbabuena, valeriana, epazote, puñados de boldo, tila y otras hierbas medicinales que según la marchante curan cualquier molestia, "¡si no pregúntele a una persona que le punza la cabeza, una ramita de ruda es mejor que la aspirina", menciona ufana.

Así uno tras otro se suceden los negocios de hechiceros y ocultistas, que para muchos no son más que charlatanes, a donde acuden creyentes y escépticos en busca de un remedio para sus problemas físicos o del "corazón", en ese tradicional mercado de Sonora.

octubre de 2000

4.7 Zapatero, a tus zapatos

¿Me das permiso de subir, compa?, es la pregunta que siempre surge en la esquina de una importante avenida, en un cruce o cerca de un semáforo. El emisor, un vendedor ambulante de dulces que después de recibir una respuesta afirmativa de parte del chofer sube gritando: "el rico y nutritivo chocolate Nicolo, chocolate de calidad, chocolate fino, que le venimos ofreciendo por la mínima cantidad de tres pesos, dos por cinco".

En el interior del microbús, las manos comienzan a levantarse y el señor avanza con habilidad entre los pasajeros que están de pie; "¿cuántos, güerita, cuántos?", se escucha al fondo de la unidad; "yo quiero de los de abajo", solicita una adolescente sentada en la última hilera.

No han pasado dos calles cuando unos niños, que viajan al frente, jalonean a su mamá para que les compre la golosina "elaborada especialmente para ellos", según reza el eslogan del vendedor, quien de nuevo se desplaza hasta los primeros asientos del vehículo para convencer a la mujer del manjar que es esa marca de chocolate.

La vendimia sigue unas cuatro calles más hasta que el comerciante le pide al conductor se detenga en el cruce de Loreto Fabela y calzada San Juan de Aragón donde el vendedor desciende para esperar otro carro repleto de personas.

Justo está la luz en rojo cuando el hombre reconoce a un amigo que maneja una "micro" con destino a San Lázaro y sin ningún anuncio sube a la unidad para recibir un cariñoso: "¡quíúbole, mi buen!, ¿qué tal la chamba, ya mero terminas?"; "en un rato más, ya sólo me quedan dos cajas de ocho que traía en la mañana".

Entre plática y plática, el comerciante termina con los sobrantes de un paquete de 12 piezas y abre el último para regalarle a su compañero uno de esos derivados del cacao con leche y almendras que se ha vuelto una mercancía indispensable para los ambulantes que a diario sortean a los coches y transitan de un microbús a otro por toda la capital.

De esa galería de desempleados que convierten a las calles en su centro laboral aparecen los payasos de banqueta, en su mayoría niños y jóvenes, que hacen malabares, trucos de magia sencillos, figuras de animalitos con globos y rutinas corporales que divierten a chicos y grandes.

Aunque los bufones modernos presentan sus actos también en plazas públicas, casi todos se apropian de un cruce concurrido y con semáforo para trabajar con mayores ventajas, como ocurre en Calzada de Guadalupe, cerca del centro comercial Walmart.

La jornada inicia a las ocho, cuando los artistas salen de sus casas y se desplazan hasta la avenida donde transita una gran cantidad de vehículos; una vez en el lugar los payasitos se pintan grandes sonrisas y narices rojas, luego se visten con holgados trajes de colores, todos llenos de parches (que tapan los agujeros por el uso), zapatos gigantes y tirantes que sostienen los pantalones tres tallas más grandes que los jovencitos.

Una vez que todo está listo, los comediantes callejeros esperan que el semáforo marque el alto para empezar sus rutinas; ahí están los adolescentes erigiendo pirámides humanas y dando saltos al por mayor, mientras los adultos preparan unas minúsculas trompetas con las cuales tocarán "Las mañanitas", también lanzan fuego

como una estrategia para atraer la atención de los conductores, que a esas horas de la mañana sólo tienen en mente llegar a tiempo a sus empleos.

"El chivo", "La ardilla" y "El bolillo" son los payasos más activos de todo el grupo, tal vez porque son los que tienen más tiempo en la calle y están convencidos que deben dar buenas actuaciones para que "caiga la lana", por eso no se cansan de inventar ingeniosos juegos como ese de "pónle la cola a Salinas", donde uno de ellos se pone la máscara del ex presidente y espera a que los otros truenen sus enormes glúteos postizos (elaborados con globos).

Pasan las horas y en el cruce de Calzada de Guadalupe y Victoria, "los payasitos de la crisis", como ellos se nombran, cuentan el dinero conseguido y, en un último intento por alcanzar la cifra que sus padres les exigen como cuota, envían al más pequeño que actúa disfrazado de chimpancé gimnasta. Luego de ese acto termina la función que dura como 10 horas, donde los seis artistas de la calle han logrado vivir un día más como otros tantos que salen a las banquetas para subsistir en esta gran urbe.

"Zapaatos, colchoones o ropa usada que vendaan", con ese pregón uno de los ropavejeros que recorren la ciudad llega a una calle de la colonia Nueva Atzacualco al poniente de la ciudad; va jalando un carro donde transporta cobijas, tenis viejos, relojes, libros y un montón de trastos de plástico, aluminio y peltre que ha intercambiado en otros viajes.

Aunque parezca curioso, los ropavejeros en la actualidad no compran las prendas, como dice su anuncio, ahora hacen trueques en los barrios populares y reciben toda clase de cosas en buen estado que para la gente de las zonas residenciales es inservible. Y en lugar de cargar un costal arrastran un vehículo de metal oxidado.

Ese es el caso de Manuel, un cincuentón con más de una década en este oficio, que ha visitado todas las colonias del D.F. para establecer "tratos" con quien tenga algo que ofrecer, en especial aparatos descompuestos, vestidos y utensilios de cocina. Dice que aunque desgasta muchos zapatos en esas caminatas, ha conseguido, además de muchos trebejos en regular estado, un buen número de amistades que le hacen más llevadera su viudez.

"Es bien feo quedarse sólo, que se le muera a uno la esposa y más que los dos hijos que uno tiene se hayan ido al norte de braceros; luego mis únicas compañías son mis perros y los conocidos que tengo en la ciudad", esas quejas se interrumpen cuando de una casa llaman al ropavejero para regalarle un taquito de huevo. Unas cuerdas adelante, en Pedro Quiroga, una señora cambia un ventilador por un juego de cacerolas, casi nuevas, y unas casas adelante el dueño de un taller mecánico entrega un alterón de revistas usadas por una lámpara de mano y un plato de vidrio.

El ropavejero camina por otras cuerdas y su carro se llena con nuevas cosas, hasta un televisor de 20 pulgadas va a parar a sus manos. De ahí, Manuel todavía ira a la colonia Martín Carrera y a Puente Negro donde viven muchos compradores de refacciones, chácharas y libros viejos que surten sus puestos con la mercancía del ropavejero.

Pero este es apenas uno de sus puntos de venta, pues al día siguiente (domingo) pasará al tianguis de San Felipe de Jesús con su carro lleno de cachivaches y artefactos en buen estado con su tradicional grito de ¡Ropa usada que vendaaaan!, que cada vez se escucha menos en la capital y se ha perdido en el tiempo o en el olvido.

De esas tradiciones de barrio de principios del siglo XX, están los organilleros, quienes sobreviven gracias a una herencia musical que se transmite de padres a hijos y

a diferencia de hace casi 100 años, ahora se refugian en algunos puntos de Coyoacan, en la plaza de la Ciudadela, en las cercanías del Zócalo y en la Alameda Central.

Así, entre semana en avenida Juárez puede verse a señores mayores acompañados de jóvenes, ambos vestidos con uniforme beige, que al girar la manija del organillo inundan el ambiente con ese sonido peculiar de canciones de antaño como "El choclo" o "Mi querido capitán", las cuales pasan desapercibidas para gran número de los paseantes, salvo para los turistas que se sorprenden por encontrar en plena ciudad de México una variante de cilindero italiano.

Hay ocasiones que el desaire se convierte en insulto, como aquella vez que a la entrada de Bellas Artes un cuarentón bien vestido y de apariencia educada empujó bruscamente al organillero porque le pidió una cooperación. "¡Deja de seguirme p...,no te voy a dar nada!", espetaba iracundo el seudo intelectual, en tanto que el músico palidecía a causa de la bochornosa escena. Los que estaban alrededor no hacían más que mover la cabeza en reprobación y murmurar: "eso se saca por molestar", "a ver si así aprenden toda esa bola de limosneros".

Luego de unos instantes, el episodio pasó a ser uno más de los que experimentan a diario estos "maestros de la pianola", que no siempre tienen tan mala fortuna, pues a veces se topan con personas amables que disfrutan de los acordes de su instrumento y gustosas regalan unas monedas como sucede en el centro de Coyoacán, "ahí, en domingo, casi siempre llenamos la gorra por lo menos seis veces", explica emocionado Juan, aquél organillero agredido.

Junto a ese joven está Don Luis, un obrero retirado que aprendió en su juventud a tocar ese instrumento, el cual desde hace un lustro es su fuente de trabajo; "yo era chamaco y me gustaba el organillo, como uno de mis tíos le hacía a eso, pus que me le

pegó y al rato ya tocaba un poco, entonces nos íbamos a Chapultepec pa' ganarnos unos centavos, luego que se muere el tío, pero yo le seguí a esto y aquí me tiene".

En un descanso, el sexagenario músico se sienta en una jardinera, donde dejó su almuerzo consistente en unas tortas de frijoles refritos con huevo, unos plátanos dominicos y un refresco de toronja, pues "ya hace hambre" y mientras engulle con dificultad los alimentos, que le preparó su esposa, platica como ha aumentado la competencia: "las cosas no son como denantes, hora hay hartos nortefios, tríos y mariachis y casi nadie quiere oirnos tocar".

Tras esa queja, el anciano da unos tragos a su bebida y se levanta para sustituir a Juan, quien para entonces a interpretado "La macarena", "El venado" y "El baile del perrito", a pesar del desacuerdo de Don Luis que sigue pensando que no hay nada como las canciones viejitas como "Pompas ricas" o "El can can" al estilo del organillo tradicional.

noviembre de 2000

4.8 El brindis del bohemio

Cerca del metro Salto del Agua, a una cuadra exactamente, se encuentra *El Quijote*, aunque no es aquel caballero de triste figura que cabalgaba junto con su fiel escudero Sancho Panza y luchaba por el amor de Aldonza, sino más bien es el nombre de un restaurante-bar, donde las batallas se libran frente a los tarros de cerveza y las copas de vino.

Lugar de reunión de ejecutivos, mujeres en grupo que celebran un cumpleaños y parejas de novios en busca de sitios de ambiente para comer, *El Quijote* posee como tantos otros restaurantes en su tipo en la ciudad de México la opción de pagar sólo los tragos, en tanto que la comida –servida en tres turnos– no se incluye en la cuenta de los parroquianos.

Si uno llega a las cuatro de la tarde, el salón de la planta baja está repleto y los comensales, en su mayoría hombres, voltean curiosos cada vez que un conjunto de mujeres jóvenes solas o acompañadas por un par de varones se dirigen al piso superior.

Uno de esos machos que aún subsisten en la actualidad no puede controlar su enojo y le espeta al amigo: "lo que nos faltaba, viejas que viene a invadir nuestros terrenos, ¿quien habrá tenido la idea de permitir a las mujeres el acceso a las cantinas?; ni aquí podemos estar en paz".

Si las jóvenes escuchan las quejas ni se dan por aludidas y prefieren instalarse en una de las mesas del fondo; enseguida empiezan a ordenar la comida a un mesero que las atiende las trata con especial atención, pues es preferible servirles a aquéllas

jovencitas que soportar los desplantes de los hambrientos clientes que después estarán ahogados en un mar de licor.

Como en opinión de esas muchachas los alimentos deben acompañarse con algún líquido, piden de principio una ronda de cervezas; las micheladas llegan a la mesa casi a la par que los consomés de gallina, los cuales fueron entregados por el mesero con los típicos condimentos: cebolla picada, perejil, limones, chile piquín y algunos aguacates.

Al parecer el hambre ha arreciado desde que las amigas entraron al restaurante, solo baste mirar como nada más colocan los platos para que ellas sorban, sopeen o en el mejor de los casos lleven con delicadeza cada cucharada del caldillo a sus bocas (no se olviden que las miradas voraces del sexo opuesto siguen cada movimiento del séquito de féminas).

En el menú por turnos siguen las carnitas y los totopos con frijoles, y a la misma velocidad que desaparecen los antojitos los vasos también se vacían, una vez que ellas se han percatado piden otra ronda de "Lagers" y una botella de "Cazadores", a falta de más dinero para comprar tequila "Don Julio".

El desfile de caballitos con sangría, jugo de limón e inseparable tequila comienza a mermar en la personalidad de las mujeres, la timidez y los prejuicios se dejan a un lado y las escenas de gritos desaforados, porras para tomar al vilo y los cantos de amor y contra ellos se vuelven comunes. El repertorio de melodías estilo Paquita "La del barrio" resuena en el salón, aparte de los improperios y el llanto esporádico de una que otra.

Pasan de las nueve de la noche, algunas se han quedado dormidas sobre la mesa no importándoles quien las observe, otras se van al baño a lavarse la cara y

darse una "manita de gato"; el resto están sentadas tomando varias tazas de café, bien cargado, para "cortar" la borrachera.

Luego de diez minutos, las más sobrias despiertan a sus compañeras y las envían al baño para que se repongan, mientras el mesero les entrega la cuenta, por su expresión parece que se excedieron y sólo de ver la cifra hasta la borrachera se les bajó. Es necesario que cada una ponga más de lo contemplado, de manera que se quedan sin dinero para el taxi, pero no desamparadas pues alguna de ellas compró suficientes boletos para el metro.

Una vez saldada la deuda las muchachas salen de *El Quijote* —lo más derechitas posibles—, no sin antes arremeter contra un anciano que las mira con cara de espanto; "¡oiga, viejito!, ¿nunca antes había visto a unas cuantas mujeres estar hasta las chanclas? o que ¿únicamente ustedes tienen derecho?". El señor permanece atónito por la respuesta y el grupo camina alborotadamente rumbo a Salto del Agua, en una escena por demás cotidiana en el 2000.

En estos tiempos son frecuentes las reuniones femeninas, cuyo único objetivo es la diversión, y aunque se crearon lugares exclusivos de ellas, uno de los mayores progresos en el esparcimiento de la ciudad ha sido el libre acceso de las mujeres a las tabernas y cantinas, a esos espacios dominados hasta antes de 1983 por los varones capitalinos.

Y así como los hábitos nocturnos y las conductas étlicas han cambiado vertiginosamente en las dos últimas décadas, también han desaparecido y surgido, en distintos puntos del Distrito Federal, un buen número de cantinas, cervecerías, peñas, centros nocturnos y hosterías.

De esa interminable lista de nuevos establecimientos, apareció uno en La Plaza Coyoacán que de principio sólo ofrecía cerveza a la concurrencia, pues fue planeado como un antro cultural para la intelectualidad del rumbo y los jóvenes aspirantes, se trata de *El Hijo del Cuervo* que ha llegado a convertirse en una cantina muy socorrida por la comunidad de artistas de la ciudad, además en un centro de impulso de proyectos artísticos.

Ubicado en una típica casa coyoacanense, estilo rústico, el bar evoca el ambiente bohemio desde la entrada, pues apenas se traspasa el zaguán y un pequeño vestíbulo conduce al salón de bebidas, donde unas mesas de madera con patas de hierro forjado y sillas de igual terminado recuerdan a las cantinas de pueblo, aunque esa decoración contrasta con la tenue luz de la habitación; al frente está una barra y unos cuantos meseros que atienden las peticiones de los parroquianos.

Esa taberna es un lugar idóneo para conversar, por ello no es de extrañarse que pintores, poetas, novelistas y hasta cantantes como Joaquín Sabina se refugien en esas paredes para dirimir los grandes asuntos nacionales o los dramas de la existencia diaria. Ahí, aunque allá música de fondo, sólo se percibe el murmullo de la gente y salvo ya entrada la noche puede escucharse la conversación de los ocupantes de la mesa de al lado.

El humo del cigarrillo enrarece aún más el penumbroso lugar, las volutas con aroma a nicotina se esparcen en ese saloncito e incluso puede distinguirse el aroma del puro que algún maestro del arte está disfrutando junto con una copa de coñac Martell, también algunos resquicios de cafeína que se dispersan entre las personas y el olor a cacahuates, queso y aceituna que sirven de botana.

Casi todos los rincones están ocupados y los recién llegados deben trasladarse al foro donde se organizan los eventos culturales, ese espacio de proporciones no mayores al del cuarto contiguo tiene una buena iluminación y paredes color naranja con cornisas en blanco, ahí las personas acostumbradas a la intimidad que provocan las sombras se cohibe ante otras miradas e incluso modera el alcohol que ingiere.

En caso de que haya alguna actividad como la presentación de un libro, los papeles se invierten y la acción se desarrolla en aquella zona cultural. Como en ningún otro día una pléyade de escritores, reporteros culturales, historiadores, filósofos y hasta políticos se reúnen en la habitación, junto con grupos de yuppies, universitarios, darks y otros interesados en el tema.

Antes que cualquier otra cosa se reparten los aperitivos, que en esta ocasión son cervezas con todo y el envase, pues a diferencia de los recintos de la alta cultura aquí los vinos de honor y otras formalidades están de más; los comentaristas empiezan a analizar las bondades del texto –un poemario erótico inspirado en las nalgas de una mujer– y para entonces el público está alegre y dispuesto a deleitarse con la lectura de unos cuantos versos cachondos y con las jocosas apreciaciones de los invitados.

Entre trago y trago, cerveza tras cerveza, la presentación concluye y el autor se acerca al público para firmar ejemplares e intercambiar puntos de vista, con unas copas de por medio, sobre las peculiares características del libro y su fuente de inspiración. Una parte de los asistentes se marcha, mientras que los demás se trasladan al otro salón para seguir la velada. Es ya medianoche y los desvelados aún no tienen para cuando irse del *Hijo del Cuervo*, aquel punto donde la cultura se bebe y el alcohol es una poción intelectual.

De los lugares tradicionales para beber, que a saber son las cantinas o los bares de moda, pasemos a un local de esos no embriagantes que existen en esta metrópoli como las cafeterías o una modalidad de abolengo como lo es la churrería *El Moro*, donde se sirven los chocolates líquidos más espumosos del centro, el norte y el sur de la ciudad.

Y es que nadie puede negar las propiedades afrodisiacas, reconstituyentes y fortificantes que posee, al igual que el vino, también el cacao, uno de los ingredientes predilectos en las comidas de nuestros antepasados y que se preservó por su delicioso sabor en la dieta de los habitantes de la Nueva España.

Es ahí, en el negocio de Eje Central Lázaro Cárdenas, antes San Juan de Letrán, donde los fines de semana, por la noche, las familias disfrutaban de una taza de chocolate ligero o concentrado con su respectiva orden de tres churros salpicados de azúcar glass, y de unos taquitos al pastor que se venden a un costado del restaurante (él cual dicho sea de paso no escapa al rechazo de los niños que preferirían comer en una de esas franquicias de hamburguesa, que en la churrería).

A *El Moro* asisten, aparte de familias enteras, desde parejas de novios hasta oficinistas que saborean ya sea una bebida dulzona o una semi amarga de acuerdo a su paladar y, aunque no existe una receta secreta, la sazón de los cocineros y el sabor inconfundible de la leche (que los españoles sustituyeron por el agua para darle mayor consistencia al líquido) obligan a los comensales a regresar más de una vez a ese negocio, rodeado de cabaretes de mala muerte.

De los asiduos a la churrería, que abre sus puertas los 365 días del año desde 1954, Doña Mari es una fanática del francés ligerito, aunque no niega que le gustan otras modalidades, "desde que vine por primera vez hace más de quince años han

inventado muchos tipos de chocolate, todos han tenido éxito, pero lo más rico han sido los churros sopeaditos en la nata".

Llegan a ser tan sugerentes el olor y el ambiente casero que los viernes por la noche las parejas de amigos, en vez de ir a cenar a uno de los *Sanborns* del rumbo, deciden adentrarse en ese lugar —adornado con talabartería poblana— para probar el especial espumoso, servido en tazas de plástico, originarias de los cafés de chinos, y charlar en un sitio más íntimo que la tienda de los tecolotes.

Además que los efectos de los néctares del *Moro*, como platica una mesera, no pueden compararse con las sustancias alcohólicas, ya que luego de sorber varios tragos del compuesto de cacao, azúcar, vainilla y leche cuando mucho la persona puede empalagarse con el dulce y no terminar de comer los churros o corre el riesgo de incrementar el peso corporal por el número extra de calorías ingeridas.

Como se habrá observado, en este recorrido por los sitios de convivencia nocturna especializados en bebidas existe una amplia variedad: pueden tomarse lo mismo las "mieles del Dios Baco" que unos elixires con sabor chocolatoso, en todo caso lo importante es deleitarse con los placeres líquidos de alguno de los establecimientos dispersos por la ciudad.

diciembre de 2000

4. 9 La vida es un condominio

"Está prohibida la entrada a cualquier automóvil ajeno a esta unidad, no hay estacionamiento para visitas", es la frase que se lee en un cartón rayoneado en la reja de una unidad habitacional del Infonavit, sobre Calzada San Juan de Aragón. Ahí, los muros llenos de graffitis dan la bienvenida al complejo de 20 edificios de interés social que albergan a más de 200 familias de clase media baja, quienes han encontrado en los créditos del Estado la vía para conseguir vivienda.

Después de pasar la puerta principal, uno encuentra a grupos de niños que juegan con una pelota en los corredores de la unidad o que pasean con sus bicicletas entre los autos estacionados, también se observa a las amas de casa que regresan presurosas del mercado con su bolsa llena de verduras, pollo, tortillas y otros alimentos.

En eso se oye el repique de la campana del camión de la basura, en los departamentos las personas recolectan los desperdicios de tres días, mientras que los más rápidos ya hacen fila para tirar los desechos y algunas mujeres mandan a sus hijos a vaciar las bolsas al furgón que pasa dos veces por semana.

Luego del ajetreo, vuelve la calma, aunque en una unidad habitacional como esa siempre se escucha toda clase de sonidos: radios a todo volumen, ruidos de licuadoras, canales de televisión, platos que se caen, peleas domésticas y muchos gritos. Mientras uno recorre los edificios en busca de la vivienda de un familiar se alcanzan a oír de refilón los chismes de lavadero de las vecinas, "que si la del dos ya dejó al marido o que la hija de Doña Gertrudis salió con su domingo siete", son las pláticas más frecuentes que se cuentan casi a alaridos.

Tanto alboroto sólo es opacado por los ladridos de los perros, que vagan por los prados y las jardineras en espera de un alma caritativa que les regale algo de comer o de un niño cuyo pasatiempo sea coleccionar animales y que no pueda resistirse a las fiestas caninas. Parecería indisoluble, pero no hay unidad que se aprecie de serlo si no cuenta con una prole de canes que persiguen a cuanto vehículo se atraviesa por su camino y algún minino descuidado que se interna entre las construcciones y los jardines.

Sin lugar a dudas la música es otro elemento primordial en cualquiera de estas viviendas colectivas, así que cuando uno se para a un costado de un edificio, por ejemplo el "F", puede observarse como los muros retumban con las canciones llenas de palabras altisonantes de *Molotov* y luego en el segundo piso del "E" comienzan a sonar a toda potencia los últimos éxitos de *OV7*, que en comparación con las frases irreverentes del otro grupo se oyen bastante melosos.

Y si las melodías del momento compiten con las de antaño todas los días, durante los fines de semana fiesteros aquello se convierte en un escaparate de los ritmos tropicales y gruperos de arraigo popular, sin olvidar que las improvisadas pistas de baile, en que se convierten las salas de los departamentos, hacen sufrir a más de un vecino deseoso de conciliar el sueño.

De regreso a lo cotidiano de las unidades, algo que parece perderse es la intimidad del hogar, pues nunca falta quien esté atento a cada uno de los movimientos del otro hasta da la impresión de que llevan un registro de todas sus actividades: ya salió, fue al mandado, compró el periódico, anda en fachas, se despertó tarde, llegó con unas copas de más, en fin, todos esos y otros asuntos personales inquietan tanto la

curiosidad de los vecinos que nunca sobran los comentarios inquisidores sobre ciertas costumbres caseras.

Pero no todo es el modus vivendi del chisme, también hay problemas en el pago a tiempo de los servicios baste con mirar en el edificio "G" a una señora desesperada porque es el vencimiento del pago del agua y la mitad de los inquilinos no ha entregado su respectiva cuota; ahí anda la mujer tocando las puertas de los morosos sin mucho éxito, porque los pocos que abren se niegan a cubrir la suma aduciendo cualquier cosa: que si el marido no ha dado el gasto, que tuvieron una emergencia y debieron tomar el dinero, pretextos sobran.

Pero si las excusas son características de este estilo de vida, la vagancia no se queda atrás, pocos son los jóvenes de estas viviendas que siguen sus estudios luego de la secundaria, pues la mayoría como se supondrá deja la escuela "porque no es lo suyo", así que durante la mañana los grupos de muchachos matan el tiempo en las canchas de basquetbol o en las máquinatas de la tienda de abarrotes que está dentro de la unidad.

También muchas jovencitas se encuentra en la misma situación, aunque ellas a diferencia de los varones se ocupan de los quehaceres domésticos y de ir por los encargos, pero nunca faltan las escapadas a casa de una amiga para platicar un rato, así como las visitas nocturnas del novio con quien les urge casarse para dejar su hogar.

Es precisamente la noche, el momento idóneo para que los adolescentes se reúnan cerca de las canchas para compartir unas cervezas, fumar unos cuantos cigarros y hasta darse unos cuantos *pericazos* (es decir absorber algo de cocaína) para entrar en ambiente, y ya cuando la adrenalina se encuentra a su máximo nivel empieza la tertulia en serio: se ponen a brincar y gritan como locos, suben el volumen del radio,

cantan desafortadamente y continúan aturdiéndose con el alcohol. Así transcurre la madrugada y al siguiente día los reclamos de los condóminos no se hacen esperar, mientras que los jóvenes duermen para reponer energías.

Y mientras la gente joven se preocupa por la diversión y el relajo, las señoras en plenitud –como se llama ahora a las personas de la tercera edad– se entretienen con círculos de lecturas bíblicas, rezos del rosario, clases de tarjetería española, sesiones de tejido en los jardines y hasta prácticas de tai-chi.

Las amas de casa tampoco pueden quejarse pues, aparte de todas las habladurías que comentan, organizan demostraciones de productos de cocina, cosméticos, ropa de cama y otras bellezas, al fin que en las refaccionarias comerciales hay una fonda donde pueden ordenar menús completos para que coma la familia.

Así, entre anécdotas y conflictos pasa la vida en las unidades habitacionales como esta de San Juan de Aragón, una de las miles que existen en el Distrito y que se han constituido en la única alternativa a los problemas demográficos y de vivienda de la urbe de los *Imecas*; sobra una rápida mirada a las calles de cualquier delegación para ver que están diseminadas por todas partes, en Rojo Gómez, Churubusco, Cecilio Róbelo, San Cosme, La Villa, Zaragoza, Iztacalco, San Juan de Aragón, Ticomán y anexas.

marzo de 2001

Nuevo milenio, nuevas crónicas de la capital (Conclusiones)

La crónica urbana actual es un género periodístico que recrea con vivacidad los sucesos diarios y las actividades de los habitantes de una comunidad citadina, como el resto de los tipos de crónica narra las atmósferas, los sitios y los personajes; no obstante, su práctica no se reduce a la reconstrucción de eventos específicos, sino que utiliza como tema cualquier situación habitual que podría parecer intrascendente.

De ese modo, las narraciones periodísticas de ciudad al relatar la cotidianidad en las calles escriben la microhistoria de una metrópoli, pues toman como protagonistas los sucesos en las colonias, los lugares de reunión pública, las costumbres, los hábitos sociales y culturales de los ciudadanos, al igual que las problemáticas urbanas.

Es así como esos relatos preservan la memoria de una ciudad al conservar aspectos de la idiosincracia y el comportamiento de sus pobladores en un periodo determinado, así como las transformaciones arquitectónicas, políticas, económicas y de convivencia que ocurren en la ciudad.

A pesar de que se les considera escritos hermanos de la historia, las crónicas urbanas no pueden considerarse documentos históricos, pues carecen de los rigurosos elementos de la academia, pero sí se convierten en fuentes testimoniales que dan cuenta de las formas de vida, la identidad, los valores y los conflictos de una sociedad, de una manera amena, sencilla, antisolemne y desenfadada.

En particular, las crónicas sobre el Distrito Federal tienen un estilo festivo e irónico que llega a caer en la irreverencia, ya que es imposible mirar las circunstancias

de esta metrópolis, y de los seres que transitan por sus calles, con frialdad e indiferencia. No obstante que los sucesos pueden ser desde una celebración hasta una tragedia, el cronista jamás podrá escribir acerca de lo que sus ojos captan de modo parco, al contrario se empellará en transmitir una parte de las sensaciones de los actores del relato, salpicadas con el colorido de los modismos de esos seres.

Ahora bien, existe una amplia variedad en los temas de las narraciones de la ciudad de México: los hay tradicionales como los textos sobre monumentos, lugares de interés, oficios, barrios y fiestas representativas; aunque también se han adherido otros asuntos de acuerdo a las transformaciones en la urbe, tales como protestas ciudadanas, problemas de crecimiento urbano, nuevos hábitos y creencias, profesiones novedosas, entre otros.

Al ser la crónica de la capital un género en constante cambio, a la par del devenir del D.F., es lógico que en la transición del siglo XX al XXI esos relatos han consignado el caos de esta megalópolis (la inseguridad, la contaminación, el tráfico, el decremento en los niveles de vida), pues quienes integran la generación de cronistas finiseculares han experimentado la crisis mexicana y la desesperanza sociocultural que ha resultado ser la ciudad para los jóvenes.

Esa visión está acompañada de un espíritu crítico y un compromiso social que pretende evidenciar los desatinos gubernamentales, la voracidad mercantilista, la pérdida de solidaridad ciudadana, la intolerancia y la discriminación en las calles y la falta de interés por los grupos vulnerables.

Hace más de un siglo, los cronistas de esa época (que eran en esencia escritores) buscaron con sus relatos construir la identidad nacional, exaltar los patrones culturales de la aristocracia y escribir estampas costumbristas de la vida en la capital,

mientras que en el comienzo del tercer milenio y del siglo XXI, los narradores periodísticos se han ocupado por retratar, lo más fielmente posible, con una mirada acuciosa y poco complaciente, los problemas de una urbe de la dimensión del D.F. y de los seres que deambulan por sus calles.

En distintos momentos, la crónica de ciudad ha cumplido con una encomienda social o cultural, en este caso en plena época finisecular tiene como razón de ser la presentación de la realidad social y de sus conflictos cotidianos, aunque, al contrario de otras etapas, en el momento actual el género no pretende vanagloriar o hacer una apología de una clase determinada, sino mostrar las complejas circunstancias de esta metrópolis.

Por ello, las percepciones sobre la condición de un personaje o de un grupo específico siempre están sostenidas en los testimonios de los actores de una historia, son las palabras de ellos, y no las del periodista, las que le otorgan ese carácter vivencial a las narraciones de fin de siglo.

Las palabras que se escuchan en la vía pública también permiten mostrar los giros lingüísticos y las peculiaridades del habla de un sector determinado, no podría entenderse la realidad de una ciudad, sin los modismos, los refranes, las consignas y los juegos de palabra de los pobladores de la localidad.

Como es de todos conocido, no existen recetas ni fórmulas para poder escribir cierto género, con las crónicas de la ciudad es mucho más complicado, pues además de que existe una variedad inmensa de temáticas, los estilos resultan tan eclécticos como la cultural juvenil actual; todo está permitido, siempre que sigan consignándose los instantes de la realidad; así, los textos pueden tener una visión apocalíptica,

plagada de desesperanza; un tono bucólico, lleno de metáforas; o un sentido irónico, donde abunde la mofa y el sarcasmo.

En medio de ese panorama de riqueza estilística, los relatos periodísticos urbanos presentan un importante trance, de principio porque han perdido presencia en los diarios capitalinos que durante mediados de los ochenta abrieron significativos espacios para el género, aunque esa circunstancia se ha visto recompensada con las recientes incursiones de jóvenes cronistas ciudadanos que han empezado a escribir en pequeñas publicaciones que se han vuelto un reducto para ese quehacer periodístico.

Por otra parte, existe un número minúsculo de mujeres dedicadas a las narraciones de ciudad, en comparación con los hombres, esta referencia nada alentadora obedece en buena medida a que las periodistas, casi siempre son ubicadas en fuentes "tranquilas", donde los riesgos son menores para ellas; sin embargo, la tendencia ha comenzado a revertirse en las revistas independientes y los suplementos culturales donde empiezan a figurar jóvenes colaboradoras, quienes escriben acerca de la condición de sus congéneres en el Distrito Federal.

Esas transformaciones en el género han llegado a incidir de forma directa en la libertad de los cronistas para tratar asuntos que hasta hace unos años eran censurables como la exposición abierta de las actividades amorosas de los capitalinos, la violencia en las calles, las palabras soeces, los modismos irreverentes, las conductas juveniles y la diversidad en las prácticas sexuales.

Pero no son los únicos asuntos que las narraciones ciudadinas actuales han incluido en su repertorio, también aparecen en sus páginas episodios donde la cibernética, el Internet y las comunicaciones satelitales son factores que inciden en la existencia diaria de los capitalinos. Como es de suponerse este rubro tendrá un fuerte

impulso en los años venideros, toda vez que el desarrollo científico en esas áreas aumentará durante el nuevo siglo.

Los cronistas finiseculares han privilegiado a los habitantes de esta urbe por encima de los sucesos y las costumbres; en especial el interés periodístico está dirigido a los hábitos, pensamientos e ideales de los sectores juveniles diseminados por la metrópoli y de los grupos desprotegidos, que han adoptado a las calles como espacio de supervivencia, todos esos testimonios permiten conocer nuevas formas de interacción social y comunitaria.

Estas predilecciones no impiden que se sigan consignando las estampas tradicionales de la ciudad de México, los sitios de interés y las visitas a las zonas típicas; sin embargo, los lugares emblemáticos ya no se perciben con un ánimo pintoresco, ahora el periodista los confronta con las condiciones de la vida real al ubicarlos en medio de la vorágine diaria.

En el umbral del siglo XXI, las crónicas urbanas abogan por la libertad de estilos y la multiplicidad de rostros, estas características conllevan un desafío para los nuevos cronistas del tercer milenio, una vez que el panorama para la creación es tan amplio; aún así, esa magnificencia temática tiene como punto de partida la recreación de la realidad cotidiana del Distrito Federal y de sus pobladores.

Fuentes de Consulta

Bibliografía

- AVILÉS, JAIME, *La rebelión de los maniqués*, México, Editorial Grijalbo, 1991, 309 págs. [Narrativa]
- BLANCO, Manuel, *Ciudad en el alba*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, segunda edición, 1995, 320 págs. [Colección Periodismo Cultural]
- CAMPBELL, Federico, *Periodismo escrito*, México, Editorial Ariel, 1994, 191 págs. [Colección Ariel-Comunicación]
- CARREAGA, Gabriel, *La ciudad enmascarada*, México, Editorial Plaza y Janés, 1985, 377 págs.
- CONDE ORTEGA, José Francisco et. al, *Amor de la Calle. Crónicas*, México, Tintas Editores S.C., 1990, 207 págs. [Colección Las mil y una historias]
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Vol. 1, México, Editorial Porrúa, 1955, 639 págs.
- DOMÍNGUEZ MICHEL, Christopher, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, Tomo II, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, 1393 págs. [Lecturas mexicanas]
- ESPINOSA, Pablo, *No por mucho madrugar, se redacta más temprano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, 379 págs. [Colección Periodismo Cultural]
- GALINDO, Carmen et. al, *Manual de redacción e investigación. Guía para el estudiante y el profesionalista*, México, Editorial Grijalbo, 1998, 365 págs.

GONZÁLEZ DE ALBA, Luis, *Los días y los años*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, 207 págs. [Lecturas mexicanas, segunda serie, número 41]

GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, *Las calles de México. Leyendas y sucesos, vida y costumbres de otros tiempos*, México, Editorial Porrúa, novena edición, 1998, 247 págs.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Sergio, *Los bajos fondos. El antro, la bohemia y el café*, México, Editorial Cal y Arena, segunda edición, 1989, 152 págs.

JIMÉNEZ, Armando, *Cabarets de antes y de ahora en la ciudad de México*, México, Plaza y Valdés Editores, 1991, 151 págs

LEDUC, Renato, *Obras Completas (Historia de lo inmediato)*, Fondo de Cultura Económica, 2000, 645 págs.

LEÑERO, Vicente y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Editorial Grijalbo, decimotercera edición, 1993, 315 págs. [Tratados y Manuales Grijalbo]

_____, *Talacha periodística*, México, Editorial Grijalbo, 1989, 328 págs.
[Narrativa]

Libro de estilo de El País, España, Editorial El País, decimoquinta edición, 1999, 661 págs.

MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis, *Curso general de redacción periodística. Lenguaje, estilos y géneros periodísticos en prensa, radio, T.V. y Cine*, España, Editorial Paraninfo, cuarta edición, 1998, 593 págs.

MARTÍNEZ RENTERÍA, Carlos (Compilador), *Érase una vez en el D.F. Crónicas, testimonios, entrevistas y relatos urbanos de fin de milenio*, México, Gobierno del Distrito Federal, 1999, 223 págs. [Serie Arte y Literatura]

MARTÍN VIVALDI, Gonzalo, *Géneros periodísticos*, págs.

MONSIVÁIS, Carlos, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Editorial Era, 1991, 366 págs. [Colección Crónicas]

_____, *Días de Guardar*, México, Editorial Era, decimoprimer edición, 1986, 380 págs. [Colección Ensayo y Testimonio]

_____, *Entrada Libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*, México, Editorial Era, 1987, 306 págs. [Colección Ensayo y Testimonio]

_____, *Los rituales del caos*, México, Editorial Era, segunda edición, 1995, 250 págs. [Colección Ensayo y Testimonio]

_____, *Amor perdido*, México, Editorial Era/SEP, 1986, 348 págs. [Colección Lecturas Mexicanas]

PONIATOWSKA, Elena, *La noche de Tlatelolco*, México, Editorial Era, decimocuarta edición, 1996, 84 págs. [Colección Ensayo y Testimonio]

_____, *Nada, nadie. Las voces del temblor*, México, Editorial Era, 1988, 310 págs. [Colección Ensayo y Testimonio]

_____, *Todo empezó el domingo*, México, Editorial Océano, primera reimpresión, 1999, 291 págs. [Primero vivo]

PRIETO, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México, Editorial Porrúa, octava edición, 1999, 312 págs.

SILLER, David, *Aquí, allá y en todas partes*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, 170 págs. [Colección Periodismo Cultural]

TREJO FUENTES, Ignacio, *Crónicas romanas*, México, Editorial Diana, 1990, págs. 206.

TREJO, Ángel, *¡Hey familia, danzón dedicado a...!*, México, Plaza y Valdés Editores, 1992, 123 págs.

VALVERDE ARCINIEGA, Jaime y Juan Domingo Argüelles, *El fin de la nostalgia. Nueva crónica de la ciudad de México*, México, Ediciones Nueva Imagen, 1992, 348 págs.

VERTI, Sebastián, *Tradiciones mexicanas*, México, Editorial Diana, segunda edición, 1992, 410 págs.

ZARCO, Francisco, *Escritos literarios*, México, Editorial Porrúa, decimaprimera edición, 1998, 490 págs.

Hemerografía

AUDIFFRED, Miryam, "Por revolucionar nuestra literatura, Monsiváis es tema de un coloquio", *La Jornada*, Directora Carmen Lira Saade, Diario, México, D.F., 19 de octubre de 2000, Año XVI, Núm. 408, Sección La Jornada de Enmedio pág. 2a

AUDIFFRED, Miryam, "La izquierda respeta a Moniváis por ser incómodo gurú antidogmas: Juan Villoro", *La Jornada*, Directora Carmen Lira Saade, Diario, México, D.F., 20 de octubre de 2000, Año XVI, Núm. 409, Sección La Jornada de Enmedio, pág. 3a

HERNÁNDEZ, José Luis, "La crónica según Armando Jiménez", *Humanidades. Un periódico para la Universidad*, UNAM, Directora Guadalupe Salcedo de Salgado, publicación quincenal, México, D.F., 23 de febrero de 2000, Núm. 180, pág. 20.

JIMÉNEZ, Eva, "Intentan desalojar al CGH de la Prepa 3", *El Financiero*, Alejandro Ramos Esquivel, Diario, México, D.F., 3 de febrero de 2000, Año XIX, Núm. 5383, Sección Sociedad, pág. 38.

LIÑÁN, Édgar, "Una crónica del Siglo XIX: Francisco Zarco", *UNAM Aragón. Revista Multidisciplinaria de Reflexión y Análisis*, Escuela Nacional de Estudios Profesionales

Aragón, Coordinadores Generales: René Rivas Ontiveros y Hugo Sánchez Gudiño, publicación semestral, San Juan de Aragón, Estado de México, tercera época, Invierno de 1998, Núm. 1, pág. 8

MONSIVÁIS, Carlos, "Instantáneas de la ciudad de México", *Humanidades. Un periódico para la Universidad*, UNAM, Directora Guadalupe Salcedo de Salgado, publicación quincenal, México, D.F., 23 de febrero de 2000, Núm. 180, pág. 21

TREJO, Ángel, "Las propuestas del gobierno se escurrieron en choques personales", *El Día*, Presidente del Consejo Editorial Alberto Beltrán, Diario, México, D.F., 9 de septiembre de 1999, Año XXXVIII, Núm. 13402, pág. 3.

Conferencias

CARBALLO, Emmanuel, Ponencia "El desarrollo de la crónica desde el siglo XIX hasta hoy", *Primer Encuentro de Cronistas de la ciudad de México*, Ex Convento de San Lorenzo, Centro Histórico, 10 de febrero de 2000.

LORENZO, Jaime, Conferencia. *Primer Encuentro de Cronistas de la Ciudad de México*, Ex convento de San Lorenzo, Centro Histórico, 14 de febrero de 2000.

MONSIVÁIS, Carlos, Conferencia "La ciudad a través de la crónica". Ciclo *Al filo de la literatura*, Sala Manuel M. Ponce, Palacio de Bellas Artes, 5 de julio de 1998.

Entrevistas

CABALLERO, Jorge, *Entrevista personal*, Instalaciones de *La Jornada*, Francisco Petrarca 18, Colonia Chapultepec Morales, 11 de abril de 2000.

CABALLERO, Jorge, *Entrevista personal*, *La Jornada*, Francisco Petrarca 18, Colonia Chapultepec Morales, 28 de abril de 2000.

GRANADOS, Gabriela, Cronista y colaboradora de distintos suplementos culturales independientes. *Entrevista personal*, Instalaciones Casa del Poeta, Álvaro Obregón 73, Colonia Roma, 24 de enero de 2000.

GRANADOS, Gabriela, Cronista y colaboradora de suplementos culturales independientes, *Entrevista personal*, Casa de la cultura La Pirámide, Calle 24, esquina Pirámide, Colonia San Pedro de los Pinos, 17 de febrero de 2000

LORENZO, Jaime, *Entrevista personal*, Centro Cultural José Martí, Dr. Mora 1 y avenida Hidalgo, Centro Histórico, 17 de marzo de 2000.

LORENZO, Jaime, *Entrevista personal*, Casa de la Cultura Jesús Reyes Heróles, Francisco Sosa 202, Barrio de Santa Catarina, 21 de febrero de 2000.

MARTÍNEZ RENTERÍA, Carlos, Director de la revista Generación, *Entrevista personal*, Instalaciones de la revista Generación, Álvaro Obregón 73, Colonia Roma, 21 de diciembre de 1999.

MARTÍNEZ RENTERÍA, Carlos, Director de la revista Generación, *Entrevista personal*, Centro Cultural de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Avenida Hidalgo, 10 de enero

SÁENZ, Jorge Luis, *Entrevista personal*, Revista Generación, Álvaro Obregón 73, Colonia Roma, 28 de febrero de 2000.

SÁENZ, Jorge Luis, *Entrevista personal*, Museo Universitario del Chopo, Dr. Enrique González Martínez 10, Colonia Santa María La Ribera, 10 de febrero de 2000.